

PARA TI
RAUL MANTEOLA
Precio en todo el país: CUATRO PESOS

MI SUEÑO "DORADO"



INDUSTRIA ARGENTINA



TORTA *de manzanas*

125 g. de manteca • 125 g. de harina 3 huevos • 100 g. de azúcar • 125 g. de azúcar molida • 1 cucharada de polvo de levadura • 3 manzanas • manteca.

Cernir harina y levadura 2 ó 3 veces. Batir en un tazón la manteca y el azúcar hasta formar una crema, agregar los huevos de a uno batiendo, añadir la harina y revolver hasta unir bien. Forrar con papel impermeable enmantecado un molde redondo de 25 cm. de diámetro. Quitar semillas, pelar y cortar en rodajas las manzanas hasta formar en el molde una capa, espolvorear con azúcar, otra capa de manzanas y así hasta terminar. Verter sobre las manzanas la pasta preparada y cocinar 30 minutos a fuego mediano. Pintar con mermelada o miel una vez fría.



...y como no va a ser también el sueño dorado de toda buena ama de casa una cocina **SIMPLEX.** Con sus **potentes quemadores** de calor parejo y llama azul... Ud. gana minutos preciosos cuando hay apuro. Con su sólido **marco interior,** se asegura una duración ilimitada. Con su **horno gigante** felicitaciones en cada horneada que se prepara... ...y es tan sencilla para limpiar que en contados segundos queda resplandeciente.

COCINA

SIMPLEX

A GAS DE KEROSENE

MODELO **M**

EN VENTA EN LAS CASAS DEL RAMO

ENVIE ESTE CUPON

Sírvanse enviarme GRATIS interesante folleto ilustrado.

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... F. C. .....

FABRICADAS Y GARANTIZADAS POR FANAL S. A. PERU 139 - BS. AIRES

...Y AHORA TAMBIEN CON VISOR Y ENCENDIDO A KEROSENE

BUENOS AIRES, MARTES 17 DE JUNIO DE 1958

PARA TI

TODO LO QUE INTERESA A LA MUJER

AÑO 37° N°. 1877

SUMARIO



SALVE, lábaro inmortal! Señora del Campo de las Carreras, madre fecunda de tres soberanías, que recibiste en los llanos enormes el beso de los amores radiantes y adquiriste en las cumbres el secreto de las fastuosas tremolaciones; emblema de amor, de benignidad y de heroísmo, que después de recorrer medio continente sembrando ideales y redimiendo pueblos —como si el límite de la propia tierra hubiera sido estrecho para la infinita ondulación de tu seda—, tuviste la suprema virtud de replegarte en el seno del hogar para presidir la vida de una gran raza; y de tal suerte solidarizada con las causas de la humanidad y de la ciencia que por la una y por la otra capaz fuiste, en día no lejano, de afrontar el desenfreno de los mares y los vientos y grabar la constelación de tus dos colores sobre el espejo virgen de las nieves polares, arrancando al seno helado de la Esfinge un puñado de náufragos que devolviste a la vida y a la ciencia, entre el aplauso unánime del mundo. Bendita tú eres entre todas las banderas, porque jamás, ungida por la victoria, inferiste a los vencidos un agravio; bendita tú eres entre todas las banderas, porque los llanos y las cumbres y los polos te saben la mensajera sacrosanta de la concordia y el amor.

1873 · BELISARIO ROLDAN · 1922

JUNIO 20: DIA DE LA BANDERA

Un mercado en el desierto

Los camellos de las leyendas de Oriente han desmerecido en esplendor. Y aquí se los ve próximos a la feria, sin la carga de tapices a que nos acostumbraron las estampas.

EL oasis ha dado tema luminoso y lírico a muchas novelas, poesías y films. Pero no todos saben que también el desierto cuenta con algo más positivo y menos irreal: un mercado.

Allí se compra y se vende con pugnas y reclamos, exigencias y protestas lo mismo que en las ferias de las ciudades grandes o chicas.

Este mercado es el centro comercial de los beduinos que viven cerca de Bersheba, en Israel. Y aunque la oferta y la demanda sean parecidas a las de otros sitios, hay muchas características en la feria de estos orientales. Ante todo el color y la diversidad de los objetos en venta y la circunstancia de que los clientes llegan montados



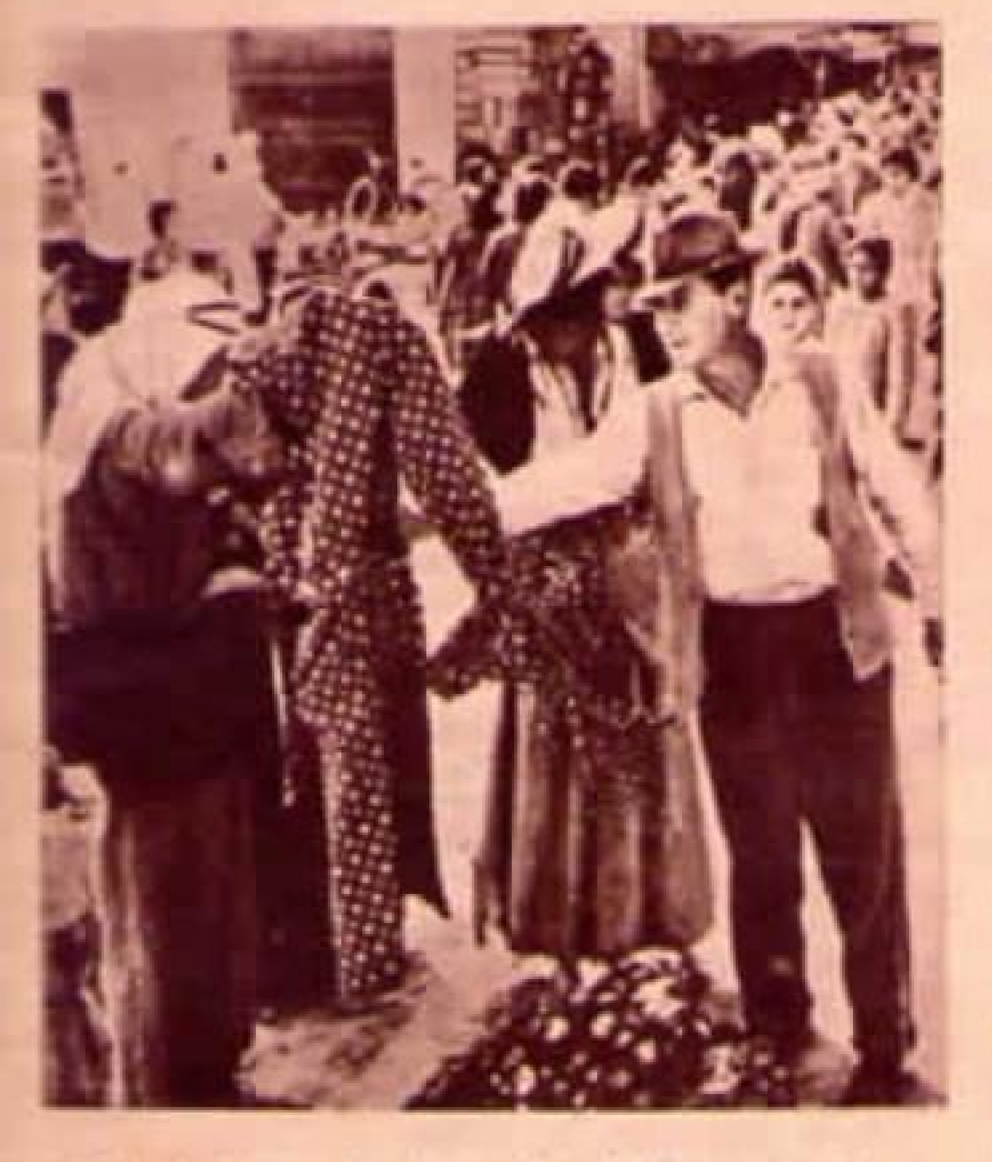
No; aquí no se vende la alfombra mágica de las "Mil y una Noches", aunque los matices brillan en exquisitas combinaciones, y las artistas que han tejido tales primores aguardan a quienes los compren, envueltas en sus tradicionales capas negras.



La eterna madre también nos sale al paso en el desierto con un lindo niño en brazos y otro que camina próximo a ella. La costumbre de celar el rostro le impone a esta mujer el gesto con que pretende ocultarlo del fotógrafo.



He ahí una de las tiendas de este mercado original. Mantos, velos y túnicas en muchos de los compradores; trajes occidentales, bultos, mantas y pocos rostros visibles...



Un beduino en traje occidental observa, estimándola en su precio, la vestidura que aún seduce su gusto ancestral. Este hombre, lo mismo que muchos de sus compatriotas, ha abandonado la túnica y el albornoz.

en camellos desde los horizontes encendidos del desierto, por los interminables caminos de arena.

El mercado se abre los jueves, y éste es un día de mucha distracción para los que vienen a "mercar" mantas llamativas, albornoces cándidos, joyas simples, aromas, tapices, frutas, especias y, en suma, todo cuanto se compra en un mercado oriental.



Rostros quemados por el sol y la arena bajo el turbante nítido que los protege de las reverberaciones; el gesto, la actitud, evocan historias de viejos derviches...



El amor

EN mil novecientos treinta y seis los Perry se trasladaron a esa localidad de Arkansas, provenientes del sur. La señora Perry, una mujer agradable, de buen carácter, pronto se hizo de amistades, entre las que sobresalía la señora Groves, esposa del director del periódico local.

Diana Perry estaba creciendo; tenía catorce años y por el momento carecía de todo atractivo, cosa que afligía sobremanera a su madre.

—Vaya, mujer, deja tranquila a la pobre chica —protestaba el padre—. Ya verás como termina siendo tan atrayente como cualquier otra.

Diana concurrió a clases en la escuela secundaria. A la terminación de los cursos la señora Perry acudió a su amiga, la señora Groves, y de ello resultó que ésta obligó a su hijo Jorge, de diecisiete años, a invitar a Diana a la fiesta de los graduados.

De mala gana el joven fué a la casa de los Perry en busca de Diana la noche del baile. Cuando la chica apareció en la salita, tímida y nerviosa, él reparó en sus ojos verdes con reflejos dorados, en su cabellera castaña, en la tersura de su piel, semejante al pétalo de una flor. Y se dijo que acaso no fuera tan grande castigo llevarla a la fiesta. Con una mano no muy firme le entregó la caja con las flores que su madre adquiriera, y luego partieron.

Los bailes de los estudiantes terminaban a la medianoche. Y era costumbre que las chicas y muchachos se reunieran después en algún bar lácteo para tomar refrescos y helados. Diana, que en el curso de la velada había perdido la nerviosidad y timidez de los primeros momentos, expresó a Jorge con su natural espontaneidad:

—Si quieres que te diga la verdad, la idea de tomar helado no me seduce. Prefiero un buen *sandwich* acompañado por una copa de cerveza fresca.

—¿De veras? —exclamó él maravillado de que una muchacha tuviese tanto sentido común—. ¡Pues yo también lo prefiero mil veces! Vamos a lo del viejo Louis... ¡Prepara unos *sandwiches* de *rosbif* como para chuparse los dedos!

A partir de esa noche fueron amigos.

En el verano de mil novecientos treinta y ocho los Perry y los Groves adquirieron dos cabañas vecinas cerca de la montaña para pasar los fines de semana durante el estío. Diana y Jorge estaban siempre jun-

es así

por MARNIE ELLINGTON

tos y gustaban de pasar las horas pescando. En el elemento de su edad se daba por sentado que ambos eran inseparables, pero se sabía también que entre ellos no había más que una amistad verdadera, sólida y desprovista de sentimentalismos.

Por entonces la señora Perry comenzó a preocuparse otra vez por su hija.

—En estos dos años se ha convertido en una verdadera belleza —confió a su marido—. Debería gozar de más popularidad en el colegio, tener más amistades y admiradores. Eso es necesario para las chicas de esa edad: las prepara mejor para saber elegir más tarde al que ha de acompañarlas en el camino de la vida. Pero a ella no le interesa nadie, fuera de Jorge. ¡Y de eso tiene la culpa él, que no la deja ni a sol ni a sombra!

—No seas injusta —replicó el hombre—. Bien que estuviste dispuesta a todo por asegurarte la compañía del muchacho para nuestra hija hace un par de años.

—¡Caramba, Harry, deja de decir tonterías! ¿Sabes qué haré? Voy a organizar bailes los domingos por la noche, para que Diana tenga ocasión de conocer y tratar a otros jóvenes.

Su marido torció el gesto. No le gustaba nada la idea; no quería ver a otros muchachos en la casa rondando a Diana. Le agradaba mucho Jorge Groves y alentaba la esperanza de que algún día se convirtiera en su hijo político.

Ese otoño el muchacho ingresaría en la Universidad del Estado, mientras que Diana iría a un pensionado para terminar su educación.

El verano transcurrió con rapidez. Ante la firme negativa de su marido la señora Perry renunció a su proyecto de los bailes de los domingos, y las dos familias continuaron pasando los fines de semana en sus residencias de la montaña. Diana y Jorge salían todas las tardes a pescar. Solían pasarse horas en su lugar favorito sentados sobre una roca, conversando o callados, mientras disfrutaban del paisaje admirable que los rodeaba. Poco a poco, sin necesidad de palabras, comprendieron que se querían.

Un día, por fin, Jorge besó a la muchacha. Después, el querer pareció afirmarse más en sus corazones. Sin embargo él no le hablaba de amor ni mencionaba el fu-



Esa belleza "Natural" que los hombres prefieren

Frescura y suavidad de color rosado en sus labios y en sus manos. Encantador efecto de NATURALIDAD logrado con el tono **NATURAL** del Lápiz Labial y Esmalte Para Uñas

Ann Dey

ANN DEY

turo. Se hubiese dicho que voluntariamente ponía un freno a sus sentimientos, a la fuerza de la pasión.

Experimentaba ansias de decirle muchas cosas, pero callaba. Ella era la mujer de su destino, mas consideraba que había tiempo de sobra para manifestárselo. Tenía por delante cuatro años de estudio, durante los cuales dependería de su padre. No era, no, el momento de pensar en el amor...

—¿Me escribirás, Diana? —le preguntó una tarde allí, en la roca.

—¿Cómo no he de escribirte? —exclamó ella, y le tomó una mano para llevarla a su mejilla. Luego, con profunda melancolía añadió—: Ya el verano toca a su fin. Hubiese deseado que durara eternamente...

—¡Diana, Diana! —murmuró él con acento ahogado, asiéndola con sus brazos. Ella lo miró en los ojos y aguardó con ansia sus próximas palabras. Pero el instante pasó. Temeroso de sí mismo, de decir las cosas que en su opinión aún no debían ser dichas, se puso de pie.

—Mira, el sol comienza a ocultarse. Debemos emprender el regreso. No estés triste, querida; el próximo verano volveremos aquí, y todo será lo mismo.

Pero llegó el próximo verano y nada fué lo mismo. Diana volvió cambiada del colegio. Era como si hubiese adquirido una experiencia de la vida que Jorge no podía compartir.

—Te noto extraña —dijo él preocupado—. Como si aún estando a mi lado te encontraras distante...

—¡Deliras, querido! —replicó ella con ligereza.

Ese verano Jorge comenzó a trabajar en el periódico que dirigía su padre. Muchos fines de semana debía permanecer en la redacción poniendo al día el trabajo atrasado; tal vez por tal causa esas vacaciones le parecieron distintas. A veces se reunía en la cabaña con sus padres, y en esas ocasiones también iba Diana. Salían de pesca, se sentaban sobre la roca, hablaban de las mismas cosas, se decían lo de antes. Y sin embargo él advertía una diferencia. Y así se lo manifestó un día.

—No puedes negarlo. Las palabras son las mismas; pero la música que las acompaña ha cambiado.

—Estás loco —contestó ella fríamente.

Pero el corazón no se engaña. Inquieto, él insistió.

—Dime la verdad, Diana. ¿Tengo algún competidor?

—¡Desde luego que no! ¿Crees que de ser así lo callaría?

—Sin embargo a ti te pasa algo...

—¡Nada, querido, nada! Ocurre simplemente que... a veces una se pone a pensar: ¿qué nos reservará el futuro? ¿Cómo se presentará la vida? ¿Qué pensaremos, qué sueños, qué ambiciones alentaremos dentro de unos años?

Empero él no tenía esas dudas; estaba seguro de cómo se le presentaría la vida dentro de, por ejemplo, diez años. Por entonces sería un ingeniero de prestigio, tendría un puesto importante en una gran empresa y estaría casado, con Diana por supuesto.

Quiso hablar, pero ella se había puesto de pie.

—Volvamos, Jorge. Estoy cansada.

Anduvieron en silencio hasta llegar a la vista de las cabañas. Entonces él la detuvo, tomándola de una mano.

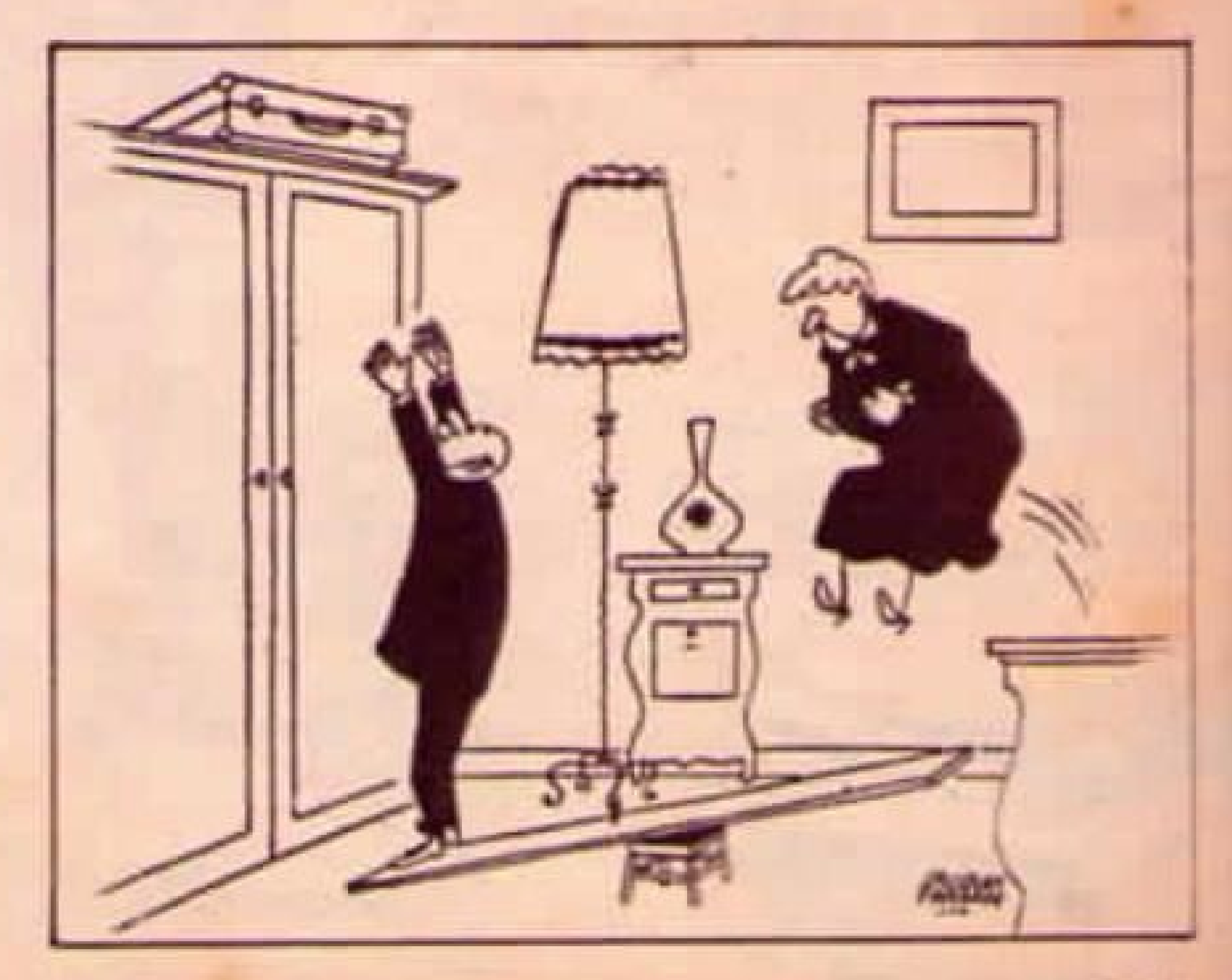
—Dime, ¿qué te parece si... si nos comprometemos?

Ella reflexionó un momento, y por fin replicó:

—Aún somos demasiado jóvenes. Tendríamos que esperar mucho tiempo para casarnos. ¿Y qué seguridad tenemos de que dentro de unos años pensaremos como hoy?

—Yo sé que de aquí a cinco, diez, veinte años, te querré como ahora.

—¡Palabras! ¡No puedes estar seguro! Y aun así, yo por mi parte no creo en la pru-





La princesa Margarita de Suecia cumplió hace unos días 18 años. Luciendo la Orden del Elefante, que también lleva su madre, la reina Ingrid, se dirige al lugar del banquete que se celebró en tan importante fecha de su mayoría de edad. El pueblo sueco no estuvo ausente en la solemne fiesta, pues la joven goza de gran popularidad, debida principalmente a las conocidas alternativas de su comentado noviazgo con el pianista de la nobleza británica.

✫ ✫

dencia de los compromisos demasiado largos.

Esto era justamente lo que pensó él un año antes. Ahora se admiraba de haber sido capaz alguna vez de imaginar otra cosa que no fuera ella y la gloria de saberla unida a él por una promesa firme.

Declaró apasionadamente:

—No tendría por qué ser un compromiso largo, querida. En cualquier momento puedo conseguir un empleo; para ello no necesito un título universitario...

—Hablas por hablar, Jorge. Sabes que debes terminar tus estudios.

Desesperado por la frialdad de ella la tomó en sus brazos y la besó. Diana no lo rechazó y hasta respondió a la caricia, mas su corazón no se engañaba; no había calor en sus labios. En algún momento, durante la separación, la había perdido. Acaso debió hablar aquel último día en la roca, el verano anterior; tal vez ella se sintió defraudada ante su silencio y se propuso, desde ese mismo momento, olvidarlo...

REGRESO a la universidad y ella al internado. Cuatro meses más tarde los Estados Unidos entraban en la guerra, y Jorge volvió al pueblo resuelto a ingresar en la Armada tan pronto estuviesen listos los trámites de rigor. Mientras esperaba el llamado trabajó en el periódico ayudando a su padre. Así fué como dos días antes de Navidad se encontraba en el aeropuerto para hacer un reportaje a una personalidad que llegaría en el avión de las doce.

Nunca supo sobre su arribo, porque la primera persona a quien vió apearse del aparato fué nada menos que Diana, acompañada por un joven con el uniforme de los pilotos de las fuerzas aéreas.

—Hola, Jorge —saludó ella al verlo, con una voz sin inflexiones—. Permíteme que te presente al teniente Hill. Bob —agregó hablando a su acompañante—, éste es Jorge Groves, un amigo de la infancia.

Estrechó la mano del desconocido embargado de un mal presentimiento.

Cuando el piloto se alejó en busca de las maletas, interrogó a Diana con la mirada y la vió ruborizarse. Después dijo ella, casi desafiante:

—Bob y yo nos comprometimos ayer; nos casaremos no bien le den la primera licencia. Ahora debe trasladarse en seguida al frente.

—Congratulaciones —murmuró él, y no pudo decir más. Sentía un dolor horrible en el corazón; todo se venía abajo de pronto: ilusiones, esperanzas, porvenir. Del cataclismo sólo surgía victorioso su amor por Diana, para atormentarlo...

Se sobrepuso y dijo:

—¿Queréis que os lleve al pueblo? ¿O vendrá alguien a buscaros?

—No; nadie sabe de nuestra llegada. Te agradecería mucho tanta gentileza.

DESPUES de saber que Diana ya no le pertenecería nunca, la espera se le hizo intolerable. Quería ingresar en la marina. ¿Por qué no lo aceptaban de una vez?

Pero había que someterse a los requisitos. Fué a la revisión médica. Los facultativos lo encontraron demasiado alto y delgado, y la radiografía reveló la existencia de un punto en un pulmón. Nada serio,

(*A la página 34*)

Neutraliza la acidez estomacal





Una copa rebosante de UVASAL proporciona una agradable sensación de bienestar, porque UVASAL es la sal de la salud. Tome UVASAL y siéntase remozada, dinámica y cordial.

Uvasal

a toda hora es la copa "sentadora"



tos infantil?

nuevo

TOSANTIL

...más activo!

La perfecta y equilibrada dosificación del nuevo TOSANTIL, garantiza una acción más expectorante, más calmante, más antiséptica, para combatir rápida y eficazmente la tos infantil. Y por su rico sabor, los niños la toman muy fácilmente.



Un momento de peligro

por ALBERTO INSUA

DESCONOCIO su rostro en el espejo, mientras pensaba en alta voz: "Nunca tuve esa sombra en la mirada, ni ese rictus en los labios".

Sintió que le pesaban los cabellos, y deshizo las trenzas con un gesto maquinal, despojándose luego del collar, de los pendientes y de las sortijas. Anduvo por la habitación, y los objetos le parecían distintos, ajenos, como si le demostraran enemistad. "Me he vuelto loca", se dijo confusa, con los nervios tirantes. "Una mujer noble, educada en sanos principios, no cede a la tentación de revelar sus sentimientos a un hombre... cuando es la esposa de otro".

Buscó atenuar su culpa: "Es que él los adivinó".

Se habían encontrado en una fiesta. No lo veía desde dos años antes de casarse. Y cuando él le tendió la mano, inclinándose, el antiguo y exquisito dolor volvió a punzarla, como en los días de su adolescencia, ante el hombre fino y singular que era su héroe secreto, pero que no supo adivinarla ni quererla.

¿Cómo descubrió él ahora en la mujer de otro aquel amor vuelto imposible por las circunstancias?

—¿Por qué te casaste, Enriqueta? No sabes qué daño me causó la noticia cuando la conocí en Londres. Entonces me iniciaba como diplomático y seguía considerándote una niña. ¿Por qué te casaste?

Aquella insistencia revelaba egoísmo.

—Lo hice porque Jorge me dió tantas pruebas de ternura que llegué a sentirme contagiada de su pasión.

—Eso significa bien claro que no le amabas.

—¿Y a ti, qué puede importarte eso?

El pareció calcular la intensidad de su mirada, apoyándola en los ojos tristes hasta oscurecer su trasparencia, y puso oportuna sordina a las palabras con su modo hábil de hombre de mundo:

—Me importa más de lo que puedes figurarte. Yo te amaba. Si entonces te hubiese propuesto que nos casáramos habrías consentido, ¿verdad?

Subyugada por el acento y dócil a la fuerza de su antiguo sueño, ella contestó:

—Sí...

De aquel monosílabo Mariano logró un arma fina, cortante. Y recordando la adoración callada de la jovencita se sintió deslumbrado ante la hermosa mujer ahora imposible. Desde esa noche tendió frente a ella las redes sutiles de un propósito. Comenzó para Enriqueta una terrible lucha espiritual. Veraneaba con sus tíos en un pueblo distante de la ciudad. Jorge, el esposo, había quedado en Madrid para atender sus negocios, muy preocupado por la salud de su mujer, y siempre solícito con ella buscándole solaz y esparcimiento.

En pugna consigo misma, Enriqueta evitó la presencia de Mariano desde que de un modo que se reprochaba había descubierto su alma frente a él. Para tranquilizarse pensaba: "Mariano es un caballero y yo conozco mis deberes".



SIN embargo, en días sucesivos se encontraron en la playa, en el casino, en el teatro. Disipada la nube del temor femenino, charlaron como amigos. "¿Qué mal había en eso?", fué el pensamiento de Enriqueta. En los primeros encuentros conversaron sin aislarse. Después fueron haciéndose más íntimas las conversaciones, y llegaron los apartes con fondo de mar azul en la playa dorada, o en la terraza musical del casino.

"Debo cortar mi amistad con Mariano", decidió la conciencia noble de la mujer. "Aunque no me habla de amor".

Y el ardid diabólico en toda pasión humana le sugería: "¿Esa actitud no le dará a entender que no estoy segura de mí misma y que le temo?"

De tal modo creía ella engañar a su conciencia y ocultarle el desmayo de la voluntad.

Al mismo tiempo que aumentaba en el alma de En-

riqueta la extraña fascinación que la uniera a Mariano en el pasado, su afecto por el esposo crecía suscitado por recuerdos y por inquietudes. Por eso, cuando Jorge llegó a San Sebastián y ella lo vió en el andén no experimentó angustia sino alegría.

"¡Qué buen mozo está y qué interesante resulta su palidez junto a estos semblantes quemados por el sol y el yodo!"

Examinándose a sí misma, reconoció que la presencia del marido le representaba un apoyo, una confianza extraña. Pero cuando profundizaba en los recuerdos se erguía junto a los más románticos y dulces el perfil del hombre que había sido el sueño de su juventud.

Era muy difícil resolver el conflicto, aclarar predilecciones. "A Jorge me une un afecto dulce y fraternal. Mariano es el amor", se decía ella en inquietos soliloquios.

Concluía el verano, y al despedirse de las playas ahora grises, donde chillaban las gaviotas, Enriqueta sentíase llena de tristeza. Ya en Madrid, Jorge retomó los negocios absorbentes y ella volvió a sus reuniones sociales. En una muy escogida y con fondo de orquesta y jardines de invierno volvió a encontrarse frente al ideal de ayer. Y ya no pudo resistir al sortilegio de los diálogos llenos de veladas intenciones, donde temblaba el amor como una estrella disimulada por la nube de la reserva. Este era el hombre que la niña había soñado tanto; ahora se le rendía con la mirada, con la actitud, con la promesa y hasta con cierta exigencia impaciente:

—¿No vas a ser por fin leal contigo misma, Enriqueta? Tú me quieres y yo te adoro. Respeto y admiro tu virtud; es más: te amo por ella. Yo no hubiese renunciado a la libertad que te ofrezco sino por una mujer como tú, capaz de quererme como me has querido siempre y al mismo tiempo tan celosa de su dignidad y de su virtud. Yo no soy un tenorio. Reflexiona: el caso nuestro dista mucho de ser una tragedia. Es un conflicto para el que hay una solución moderna y fácil.

—¿Moderna... fácil? —repitió ella en un soplo de voz—. ¿Cuál?

—El divorcio.

—¡No!

El insistió, persuasivo:

—¡Tú me amas!

—Yo soy una mujer cristiana.

—Pues el Evangelio concede tanta importancia a los pensamientos como a los hechos. No olvides que al amarme eres espiritualmente infiel a tu marido. Y que yo soy el único hombre al que en verdad quisiste. ¿Por qué no se lo dices a él, con toda lealtad? Es muy digno y no tratará de retenerte.

—Imposible —declaró Enriqueta, sintiéndose herida a la sola idea de lastimar al hombre que siempre la amara—, no puedo. No tengo motivos.

Mariano insistió con la elocuencia del sentimiento apasionado que iba creciendo pese a los obstáculos que le oponía el carácter vertical de la mujer.

—Motivos hay muchos. Jorge tiene en su despacho el Código Civil. Prométeme consultarlo a solas y sin que él lo advierta.

Fascinada por el acento, por los ojos, por su propio sueño, ella accedió, no muy convencida:

—Bueno...

Dos días después llevó el Código a su gabinete y puso una cintita azul entre las páginas que indican las causas de divorcio. Cuando Mariano la encontró en una reunión, ella le dijo:

—¿Sabes lo único que me decidiría por el divorcio? La infidelidad de Jorge.

Mariano sonrió:

—¿Nunca dudaste de él?

—Nunca.

—Porque eres muy buena y estás siempre en las nubes...

Ella sonrió débilmente como una enferma.

—¡Yo creo en Jorge de un modo absoluto!

Mariano tuvo un gesto agrio. Y respondió, escéptico:

—Puedes equivocarte...

Muy poco tiempo después le trajo la noticia:

—Escucha, no creí llegar tan pronto en mis pesquisas a un resultado concreto...

Y como Enriqueta lo mirase anhelante, prosiguió lento, para dar efecto a sus palabras.

—Tu mirlo blanco, el ser maravilloso a quien respetas como a un santo, el hombre a quien deseas sacrificar tu amor y tu juventud es... como todos.

—¿Me engaña?

Y en el grito de ella vibró una sorpresa dolorosa.

—Está muy claro. Ayer estuvo en casa de Fernández Lamas, el joyero, con una señora muy hermosa, a la que parece quería obsequiar una soberbia esmeralda rodeada de brillantes. No te digo más...

—¿Por qué? ¿Le compró la sortija?

—No se la habían llevado aún... porque tu marido, perdóname, es un poco mezquino y pugna por una rebaja. Pero... ya la comprará; cuestión de que "la otra" insista con mimos y exigencias. Conozco el paño; entiendo bien de eso. Por lo mismo me resulta increíble que una mujer como tú mantenga esa fidelidad grandiosa... al marido



CON RINSO en mi LAVARROPAS mi ropa luce BLANCO LUMINOSO!



"Realicé mi sueño: me compré un lavarropas! Y desde que le pongo RINSO, consigo un resultado asombroso! La ropa queda limpita... y con una blancura luminosa! Además, RINSO es muy suave: hace durar las prendas, conserva los colores brillantes y también me cuida la máquina de lavar, porque no ataca sus partes metálicas o de goma!"

RINSO *es aprobado para todas las máquinas de lavar!*

que compra joyas a . . . su amiga . . .

Enriqueta había palidecido hasta los labios; luego, rehaciéndose, halló una sonrisa débil y unas palabras firmes:

—Todavía no se la ha comprado . . .

La confusión que se produjo en el alma de la esposa era demasiado fuerte. ¡Jorge la engañaba! Entonces su amorculto era un mito! Se miró al espejo. "Estoy más linda que antes. ¿Por qué dejó de quererme? ¿Qué razón hay para que me sustituya y me olvide?"

Angustiada, confundida, tuvo que culparse: "Yo abandoné el clima afín y cálido en el que respirábamos acordes; yo lo dejé librado a sí mismo por pensar en otro hombre. El amor vale tanto por lo que da como por lo que recibe. Y últimamente . . . la ausencia de mi alma junto a él debió ser demasiado sensible para el amor que me dedicó siempre".

La idea de haberlo perdido se hizo de pronto conciencia desesperada en la mujer, y de toda aquella tiniebla afloró, como un cáliz de sol, la firme certidumbre del amor que la unía al esposo. "Lo quiero, lo quiero; es mío y soy suya. No lo supe hasta ahora, así como una ignora que tiene corazón hasta que el sentimiento lo traspasa, y nos habla con latidos o con esta asfixia que yo siento ahora . . ."

Escuchó los pasos inconfundibles de Jorge en la habitación contigua y compuso la actitud para recibirlo. Aquella noche llevó la conversación con evocaciones de la luna de miel y del pasado. ¡Cuánto se habían querido! ¡Qué feliz fué ella con aquel amor tan firme, tan generoso y tan ideal! Procuró sonreír, mostrarse halagadora y mimosa como nunca. Le palpitaban las sienes cuando se inclinó a besar a su marido, suplicándole como una niña:

—Jorge, tengo un capricho . . .

El parecía extasiado, mientras le buscaba en los ojos aquella expresión tan nueva que los sobredoraban, humedeciéndolos.

—Ya sabes que tus deseos son leyes para mí.

Echó los brazos en torno del cuello varonil, y luego, segura de su hechizo, de su victoria, balbuceó:

—He visto una esmeralda en la vidriera de Fernández Lamas; una preciosidad montada en platino con muchos brillantes . . .

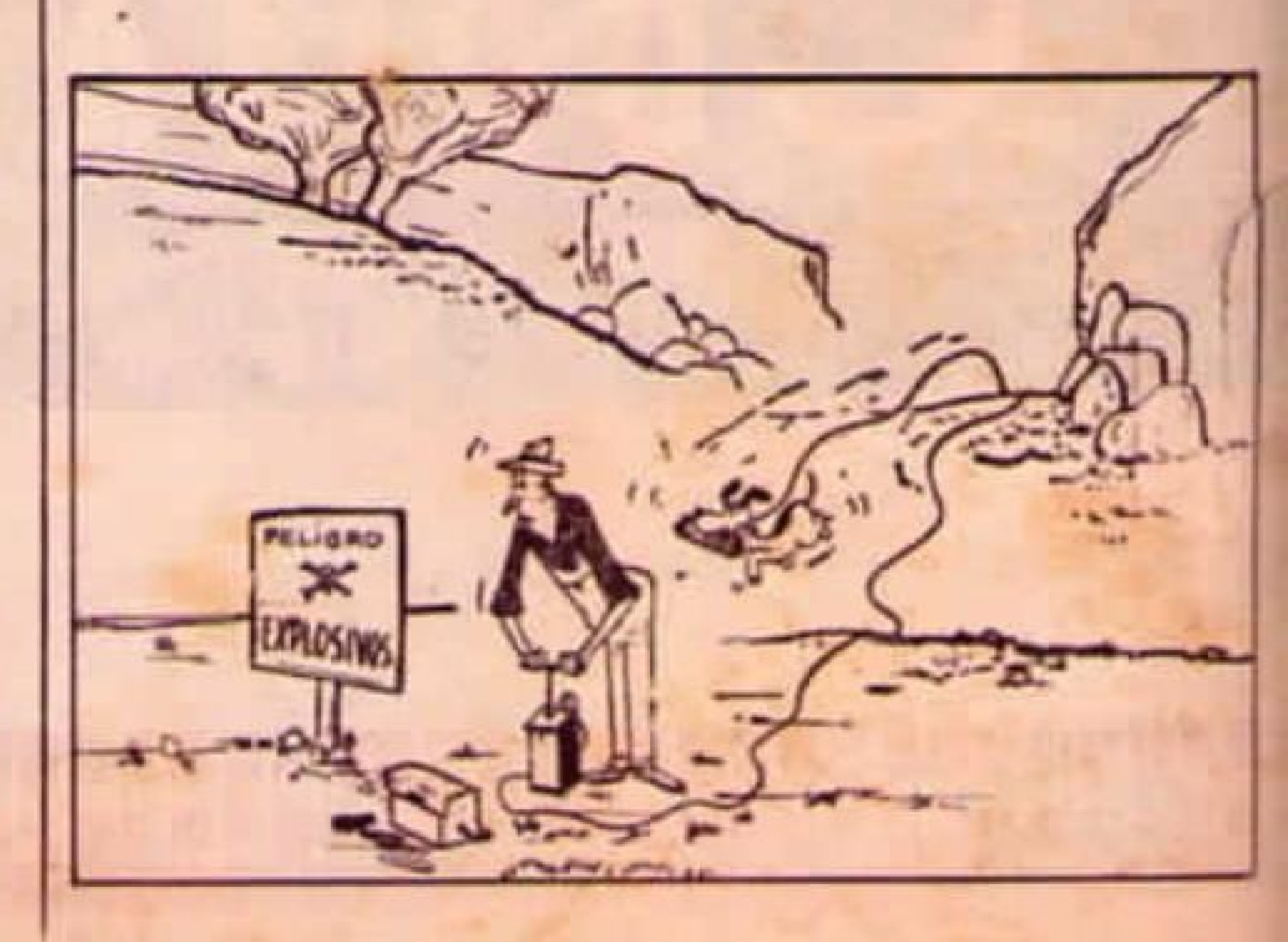
Espiaba el gesto del hombre, y al ver iluminarse el semblante lo besó muchas veces como jamás lo hiciera, en un arrebato de novia, a tiempo de oírlo contestar con ahogada emoción:

—Esa joya es tuya. Llama ahora mismo por teléfono, si quieres, y que te la traigan.

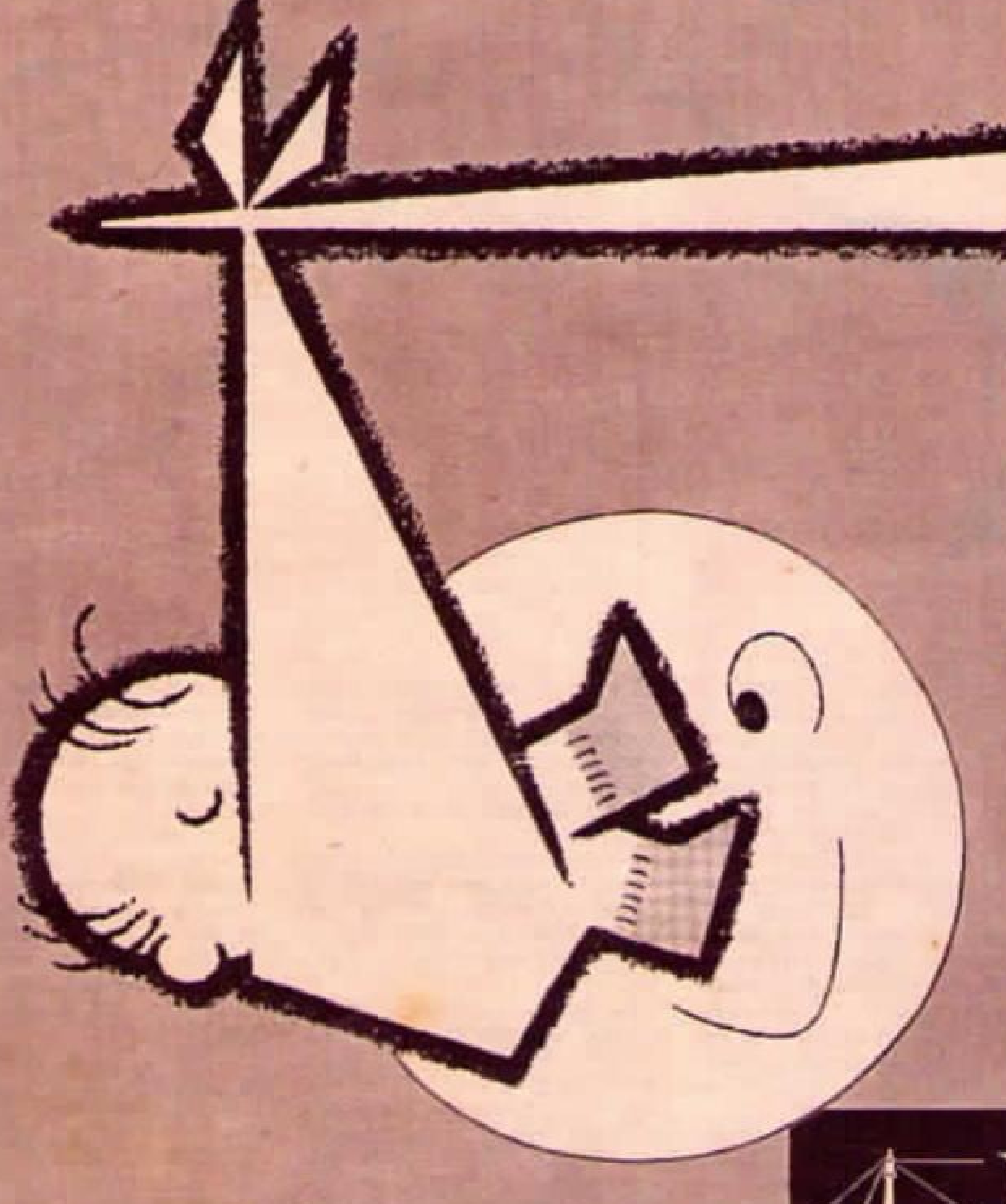
Antes de esas palabras ya ella se había sentido traspasada por una infinita, por una extraña felicidad.

UNOS días después Enriqueta leía con absoluta indiferencia la noticia del regreso a Londres de Mariano Alminar, agregado a la Embajada de España. "Sin embargo —pensó—, a él le debo el descubrimiento del amor que profeso a mi marido. ¡Qué cosa extraña es la vida!"

Por su parte, Jorge acababa de restituir a su biblioteca el tomo del Código Civil que hallara en la habitación de Enriqueta una tarde en que por cierto le sorprendió verlo allí, con la señal de la cinta en las causales de divorcio. Para un abogado sagaz a quien el amor da vista de lince aquello era muy significativo. Y para un hombre hábil en argucias legales no resultó nada difícil procurarse la complicidad de una amiga amable que lo acompañara a cierta joyería con el fin de jugar una carta que él juzgaba decisiva para salvar en su vida conyugal un momento de peligro . . .



Los niños
ya vienen
de París con...



...zoquetes de MEDIAS PARIS

Estas muchachas modernas

por KATHLEEN NORRIS



AFUERA, en la tarde otoñal, una fina garúa tendía un manto húmedo y brumoso sobre la ciudad. Adentro, en la cocina de la modesta vivienda, el ambiente era grato y acogedor.

Las dos mujeres sentadas cerca del fogón ofrecían un marcado contraste; delgada una, de mejillas arrugadas y cabellos grises; alta la otra, gruesa, el cutis todavía fresco y cabellos abundantes y oscuros. De igual edad, la primera representaba diez años más que la segunda. Sus caracteres eran tan distintos como sus físicos, y la perpetua melancolía de Rosa Patrick aparecía acentuada frente al alegre optimismo de Eileen Logan.

Ocupaban departamentos vecinos y para ambas el mundo estaba limitado por sus paredes; fuera de él sólo recordaban el pueblo y la chacra familiar en la lejana Irlanda. Las viejas amigas encontraban perfecta su casa, contentamiento en las posesiones humildes, felicidad en su familia y en el hecho de estar juntas y haber pasado unidas todas las pruebas de la vida. A través de los malos tiempos y de los buenos, de muchachas como de esposas, madres y más tarde viudas, se las arreglaron siempre para tener un fogón, una tetera, dos sillas y tema suficiente para charlar.

—No sé qué les pasa a las chicas de hoy —dijo Rosa tan quejumbrosamente como era su costumbre—. En nuestros tiempos no se conocían esas extravagancias... ¡Si hasta se quejan de los nombres que les pusimos argumentando que son anticuados! ¡Anticuado un nombre, válgame Dios!

—Si sólo fuese eso —murmuró su amiga con un suspiro que le dilató el pecho—. Pero mira a mi Elena, encaprichada con ese hombre. Ahora quiere pasar el fin de semana en su finca de campo. Se rió de mis protestas: dice que ella no es ninguna tonta y que por otra parte se trata de una reunión de parientes y amigos de él. Desde luego, no pongo en duda su palabra, pero no estoy tranquila, Rosa, no estoy tranquila. Estas criaturas creen saberlo todo, aunque en lo fundamental son tan inocentes como corderitos: ella no querrá hacer nada malo, mas las circunstancias, el ambiente, una inclinación inconsciente pueden empujarla hacia un abismo...

Rosa la miró llena de conmiseración.

—Comprendo, querida, y veo el peligro tan bien como tú. Y no sé qué decirte. Si tu Elena no fuese tan obstinada, si no tuviera ese carácter fuerte...

La madre sacudió la cabeza y hubo un silencio. De pronto se abrió de golpe la puerta de la cocina y apareció Elena Logan, alta, hermosa, de movimientos vivaces y risa pronta.

—¡Hola, chicas! —exclamó quitándose el abrigo y librando a su cabellera negra del gorrito que la protegía. —Ya las veo muy compungidas... ¿De qué hablaban? Apostaría a que recordaban la muerte del pobre tío Andrés, de noventa años, hace medio siglo allá en Irlanda...

—Siéntate y toma una taza de té —dijo su madre sin sonreír—. Está recién hecho. Y allí tienes pan con manteca y mermelada.

—¿Pan manteca y mermelada? ¡Horror de los horrores! ¿No adviertes, mamá, que estoy perdiendo la línea? ¡Tus famosos platos irlandeses alimentan una barbaridad! Es hora de que comience a hacer régimen.

Las dos amigas cambiaron una mirada. "He ahí la juventud moderna. En nuestros tiempos comíamos y dábamos gracias a Dios por la abundancia sin pensar en otra cosa", parecían decirse, y al unísono exhalaron un profundo suspiro.

—Pon la mesa, Elena —dijo la señora Logan—. Fíjate si hay suficiente pan. Tu prima Angela vendrá a comer.

—¡Ah..., Angela! ¿Irá Tomás a buscarla?

—¿Qué dices? ¡Si vive en la otra cuadra!

—¡Cierto! —la muchacha rió burlonamente—. Pero como Angela es tan perfecta, corre peligro de que la rapten para exhibirla en algún museo como un fenómeno.

Su madre le dirigió una mirada severa.

—¡Eso es..., ríete de quien vale mucho más que tú! Angela es un alma de Dios, un verdadero ángel... ¡Ella no corre peligro de arder en el fue-

go eterno, como algunas que yo me sé!

Pero la muchacha rió con ganas y al pasar le dió un pellizco en la mejilla.

—¡Tienes razón, Angela es un ángel! En el convento se llevaba todos los premios y las hermanitas querían hacerla profesar. Pero su madre la necesitaba, y luego por turno también su padre y la abuela. Su idea de la diversión consiste en ir a la iglesia y rezar el rosario... ¡Seguro que cuando se muera la canonizarán!

—¡Pues mujeres como ella son las que hacen falta en el mundo! —exclamó la madre indignada—. Ya abundan demasiado las que se pintan como payasos, se ciñen la ropa en forma escandalosa, no respetan a sus mayores, carecen de fe y no piensan más que en bailes y diversiones pecaminosas.

La señora Patrick se dispuso a marcharse y dijo conciliadora: —Vaya, no discutáis más. No vale la pena, porque no os pondríais de acuerdo. Eileen, si quieres Angela puede dormir en casa; tengo el sofá cama disponible.

—Y será mejor —comentó Elena mientras ahogaba un bostezo. —Porque antes de dormir acostumbra rezar el rosario a media voz y a lo mejor se me ocurre tirarle un zapato.

Rosa Patrick se alejó riendo, y la señora Logan interrogó a su hija, preocupada.

—Elena, ¿persistes en tu idea de ir a la finca de ese hombre este fin de semana?

—¡Claro que sí, mamá! ¡Y pasaré dos días maravillosos! Imagina, tienen hasta pileta de natación...

—Sí, pero... esa gente...

—¡Es la mejor gente del mundo, mamá! ¿Por qué esa prevención? ¡Tienen sus defectos, pero también sus virtudes... como nosotros! ¿O supones que todos los de nuestra esfera son santos? El señor Parry tiene madre, hermanas, y estarán presentes, por supuesto... —El timbre de la puerta la interrumpió.

—¡Ea! Tu preciosa Angela, sin duda. ¡No hay escapatoria!

Angela, una muchachita rubia de expresión realmente angelical, penetró en la cocina y besó con cariño a su tía y a su prima.

—¡Querida Elena! —murmuró dulcemente. —Estás más bonita cada día. Esta mañana rogué por ti durante la misa.

—Gracias —replicó la otra con acento seco. —Pero no te hubieras molestado.

—¿Cómo no? ¡Necesitas que recen por ti! Tu belleza te expone a muchos peligros.

Esta vez la respuesta fué un encogimiento de hombros. Elena sentíase molesta con su prima y enojada por lo que su presencia significaba. En efecto, sus tías, sus primas mayores, la abuela, su madre, la señora Patrick, preocupadas por su creciente amistad con Tony Wells, le enviaban a Angela para que influyese sobre ella con su ejemplo y sus consejos. ¡Como si necesitase una influencia beneficiosa! Tony Wells era un hombre bien nacido, un caballero, y no necesitaba ponerse en guardia contra él. La amistad de ambos no tenía nada de malo; su familia bien podía guardarse sus prevenciones, y Angela sus consejos.

MIENTRAS comían ésta habló de su trabajo y de lo cómodo que se sentía en él. Era institutriz y tenía a su cargo todo el día a un chiquillo, hijo de un matrimonio acomodado.

—El pequeño Bobby es un encanto de criatura, tan serio, con tan buenos modales... ¿Conoces a sus padres, Elena? Se apellidan Wilson.

Elena se arrancó a sus pensamientos con un esfuerzo para volver a la charla intrascendente y poco atractiva.

—No los conozco personalmente pero sé quiénes son. El hermano de tu patrón es abogado y tiene sus oficinas en el mismo edificio que nosotros; varias veces lo traté por asuntos relacionados con mi trabajo.

Llamó el teléfono y Elena acudió a atender. Oyó la voz familiar ya de Tony Wells y sintió que su aburrimiento y fastidio se desvanecían como por arte de magia. El le explicó que, a punto de salir con un amigo, no supo resistir la tentación de llamarla antes para llevarse el recuerdo de su voz.

—¡Muy buena idea! —comentó ella burlona.

—No olvides tu promesa de hacernos una visita este fin de semana para quedarte con nosotros hasta el lunes.

—No la olvidaré.

—El sábado, a la salida de la oficina, te esperaré frente al restaurante Italiano. Llegaremos a Long Island por la tarde, a la hora del té.

—Muy bien —asintió, y cortó la comunicación consciente de la presencia de alguien. Tomás, su hermano, terminaba de entrar de la calle y la observaba con expresión alerta y desconfiada.

Se reunió con los demás en el comedor, pero sus pensamientos volvían a estar lejos de allí. Tony se molestaba en llamarla por teléfono antes de salir de su casa y eso quería decir que pensaba en ella. Con éxtasis anticipado se vió entre sus parientes y amigos, tratada como una igual por todos ellos; oyó las voces animadas y cultas, la conversación brillante de esa gente; se imaginó viviendo por unas horas la placentera existencia de los mimados de la fortuna. Esa



Para una niña de 10 años se ha creado este conjunto ejecutado en lana color verde claro.- La casaca muestra un original recorte que da origen a los bolsillos.- La falda es tableada.-

CORDOBA 827 PISO TERCERO

Crisú LA CASA DE LA ELEGANCIA JUVENIL

La inauguración de los elegantes salones de CRISÚ, fué en todo sentido una brillante fiesta social, pero más lo fué para el mundillo feliz de las niñas y jovencitas que al fin pueden contar con la casa que cuidará exquisitamente de su atuendo para todas las actividades dentro de las edades de 10 hasta los 18 años.-

FOTOS DE [illegible]



Abrigo para jovencita interpretado en "tweed" de color rojo y gris.- La gracia del cuello capucha se logra por un hábil drapeado que se afirma sobre los botones de un amplio cierre cruzado.-

existencia que se deslizaba entre fiestas, cocteles, bridge, cenas y teatro, con mujeres encantadoras y hombres interesantes.

—Elena, querida...

Con un sobresalto dióse cuenta de que se había quedado a solas con su prima en el comedor.

—¿Qué quieres ahora? —dijo irritada.

—Bien sabes de qué deseo hablarte, querida —prosiguió la rubia sin desalentarse por esa actitud—. Debes tratar de no causar más dolor a la pobre tía. Tu madre es una santa. ¡Por favor, prométele que no irás el sábado a Long Island! Con ello le proporcionarás la mayor alegría de su vida... ¡prométeselo! Renunciar a ese paseo significará muy poco para ti y en cambio para ella...

La interrumpió friamente.

—No sé qué quieres decir.

—¡Oh, sí, lo sabes! Sabes que esa visita entraña un gran peligro para ti...

—Estás loca, mi querida Angela. ¿Qué crees que haré en esa casa? Bailar, nadar, escuchar buena música, conversar.

—Es peligroso, Elena —insistió su prima con dulzura—. Ese hombre te gusta...

—¡Claro que me gusta! Es joven, apuesto, rico.

—Rico, en efecto. Nosotros somos gente de humilde condición. ¿Supones que te propondrá matrimonio? Cosas así sólo ocurren en las películas y en las novelas. Te enamorarás de él y serás muy, muy desdichada, querida.

Elena se encogió de hombros mientras se dirigía a la puerta. Antes de salir volvió la cabeza.

—Hasta mañana, Angela. Te agradezco tus consejos, pero no los necesito. Ni las fiestas de Long Island son lo que inocentemente imaginas ni tu prima es la mujer débil y tonta que tú crees.

A la mañana siguiente, cuando salió de su cuarto, halló reunidos en la cocina a su madre, su hermano y su prima. Habían estado hablando de ella, sin duda, porque al verla aparecer Tomás murmuró algo sobre "las locas que sueñan con una vida que no les corresponde"; Angela anunció que iría a la iglesia para rezar por "una mente perturbada" y la señora Logan se volvió hacia el fogón enjugándose los ojos con la punta del delantal.

En ese ambiente de desaprobación general sintió que su firmeza comenzaba a flaquear. No estaba tranquila. Resultaba más difícil y amargo de lo que supusiera desafiar la opinión de una familia como la suya, desobedecer los deseos explícitos de su madre y hermano. Como lo manifestara a Angela, ella no era tonta ni débil y sabía mejor que ninguno de ellos a qué se exponía viendo a Tony Wells con frecuencia, tratándole en pie de igualdad, aceptando sus atenciones. El se sentía atraído evidentemente, mas ella no podía creer, no se animaba a creer que pensara en hacerla su esposa. ¿Por qué entonces le seguía viendo y aceptaba sus atenciones? Porque, pese a su reconocida sensatez, no tenía fuerza de voluntad para rechazar la ocasión de frecuentar un medio que no era el suyo, que jamás sería suyo. Tomás tenía algo de razón cuando afirmaba que el lujo la trastornaba. Aunque, desde luego, jamás la confundiría



Sobre las heladas aguas de la bahía de Tokio estos jóvenes japoneses conducen a nado un venerable relicario a los acordes de canciones tradicionales ejecutadas por hábiles flautistas, durante la fiesta del templo de Ebara, que se celebra todos los años el 8 de junio. Este templo se halla ubicado en el barrio Shinagawa, perteneciente a la capital nipona.



CREMA ANTIARRUGAS ARTEZ WESTERLEY

Hidroactiva, Hormonal y Vitamínica Concentrada, de total asimilación, penetra a través de epidermis y dermis. **Elimina grietas, manchas y enrojecimientos**, conservando la tersura juvenil de las manos.

LOCION PARA MANOS MING OPIUM

De instantánea acción Nutro-Protectora. Suaviza y blanquea la epidermis, activa la circulación sanguínea y evita el resecamiento. Restituye y prolonga la belleza de las manos.

CADA 100 CM³ DE LOCION PARA MANOS CONTIENEN

HORMONAS	25.000 U.I.
VITAMINA A	60.000 U.I.
VITAMINA D	40.000 U.I.

hasta el punto de hacerla olvidar sus deberes...

Los sábados, Elena entraba en la oficina una hora más tarde. Su madre había ido a la iglesia "para rogar a Dios que quite la venda de tus ojos antes que sea demasiado tarde", como le dijo al salir. Sentada frente al desayuno que se enfriaba, reflexionó sobre la situación. ¿Qué hacer? Pero en su fuero interno reconocía que la duda era sólo aparente, que a pesar de todo y de todos iría esa tarde a Long Island con Tony Wells para vivir dos días en el mundo maravilloso de los favorecidos por la fortuna.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Angela, una Angela desconocida, despeinada, desencajada, temblorosa.

—Elena... ¡Oh, gracias a Dios que aún estás aquí! —avanzó trastabillando y se dejó caer en una silla como si le faltasen las fuerzas.

—¡Angela! ¿Qué te ocurre? ¿Ha sucedido alguna desgracia? La abuela...

—No, no... ¡Oh, Elena, Elena! Ayúdame y te bendeciré hasta el fin de mis días... Pasa... algo terrible... ¡La señora Wilson se separará de su marido y me acusa de ser la causante de la ruina de su hogar! ¡A mí!

A pesar de la angustia de la pobre muchacha, Elena estuvo a punto a reír.

¡Angela... una mujer fatal! ¡Sí que resultaba gracioso!

—Cálmate, querida. Nada te sucederá. Vamos, deja de llorar y cuéntamelo todo desde el principio.

—No hay... no hay principio. La señora Wilson entró esta mañana en el cuarto de estudios y me dijo sin preámbulos: "Señorita, tengo en mi poder la carta que escribió usted a mi marido, y para que no la sorprendan las consecuencias le comunico que la pondré en manos de un abogado. Puede irse ahora mismo a su casa: está despedida."

Se miraron las dos y Elena repitió perpleja:

—La carta... ¿qué carta?

—¡Yo no escribí jamás carta alguna! —exclamó Angela apasionadamente, pero de pronto pareció recordar algo y su palidez se acentuó. —Excepto... ¡oh, sí, eso debe de ser! Yo... El señor Wilson es muy bueno y siempre venía al cuarto de estudios. Mientras Bobby hacía los deberes, él conversaba conmigo. Algunas veces llevaba a su hijo a almorzar afuera, al teatro o al circo, y yo tenía que acompañarlos, naturalmente...

—Angela, eres una idiota —aseguró Elena—. Ahora me explico la actitud de la Wilson. Dime, ¿y esa carta?

—Este... el caso es que el señor Wilson tiene afición a la poesía. Cuando supo que a mí también me gustaba y que solía escribir algunas cosas, me prestó libros de poesías y después solicitaba mi parecer. En cierta ocasión me pidió que escribiera algo poético sobre una cabaña que posee en la región de los lagos y cuyas fotografías me mostrara. Decidí complacerlo y escribí una especie de novela, en la que yo era la protagonista y se desarrollaba en aquel ambiente. No nombraba a nadie, pero describí un idilio..., ¡oh, Elena qué desgracia!... La señora Wilson creyó que eso había sucedido entre su marido y yo..., me acusó de haber estado en la cabaña... Yo no puedo probar mi inocencia como no sea recurriendo al testimonio de abuelita, de cuyo lado no me separé ni de día ni de noche durante mis vacaciones... Y el disgusto la mataría...

Elena estaba ahora seria y pálida.

—¡Oh, cielos! Las personas como tú, Angela, tan buenas y tan cándidas, se ven envueltas en peores líos que nosotras, las aturdidas y despreocupadas. Bien, trataré de hacer algo. Quédate tranquila y no hables con nadie de este asunto; no hay necesidad de alarmar a la familia. —Besó a su prima y la palmeó con cariño. Sentía por primera vez un im-

(*A la página* 19)

EL TESTAMENTO DE FORD

EN estos tiempos de conflictos graves entre el capital y el trabajo es interesante recordar al testamento de Mr. Ford, el gran industrial, fabricante de automóviles. Dice así:

"Mi capital no es para mí ni para mi familia, que se contenta con poco. El trabajo es de todos y para todos será mi capital. Y no dejaré fundaciones benéficas. No esperen tampoco bibliotecas ni museos. Todo eso es muy bello, pero nada práctico. Bien está la caridad para las dolencias del cuerpo y las necesidades del espíritu. Pero para mí es mejor el trabajo y la justicia. Dejaré mi dinero en minas y fábricas, pagando cada día más a mis operarios y concediendo cada día mayores comodidades, para que siempre trabajen con gusto y provecho. Hoy doy trabajo a medio millón de hombres, y de ellos doscientos veinte mil tienen automóvil propio. Con el tiempo lo tendrán todos. Todos ellos tienen participación en mis beneficios y en mis bancos, recibiendo el doble del rendimiento que cualquier banco les pudiera conceder... ¿Qué más puedo hacer? Mi testamento solamente dice que mi dinero es de ellos y para ellos, con una sola indicación: amor al trabajo".

Y éste es uno de los grandes trabajadores que fundaron el enorme poderío de los Estados Unidos de América del Norte.

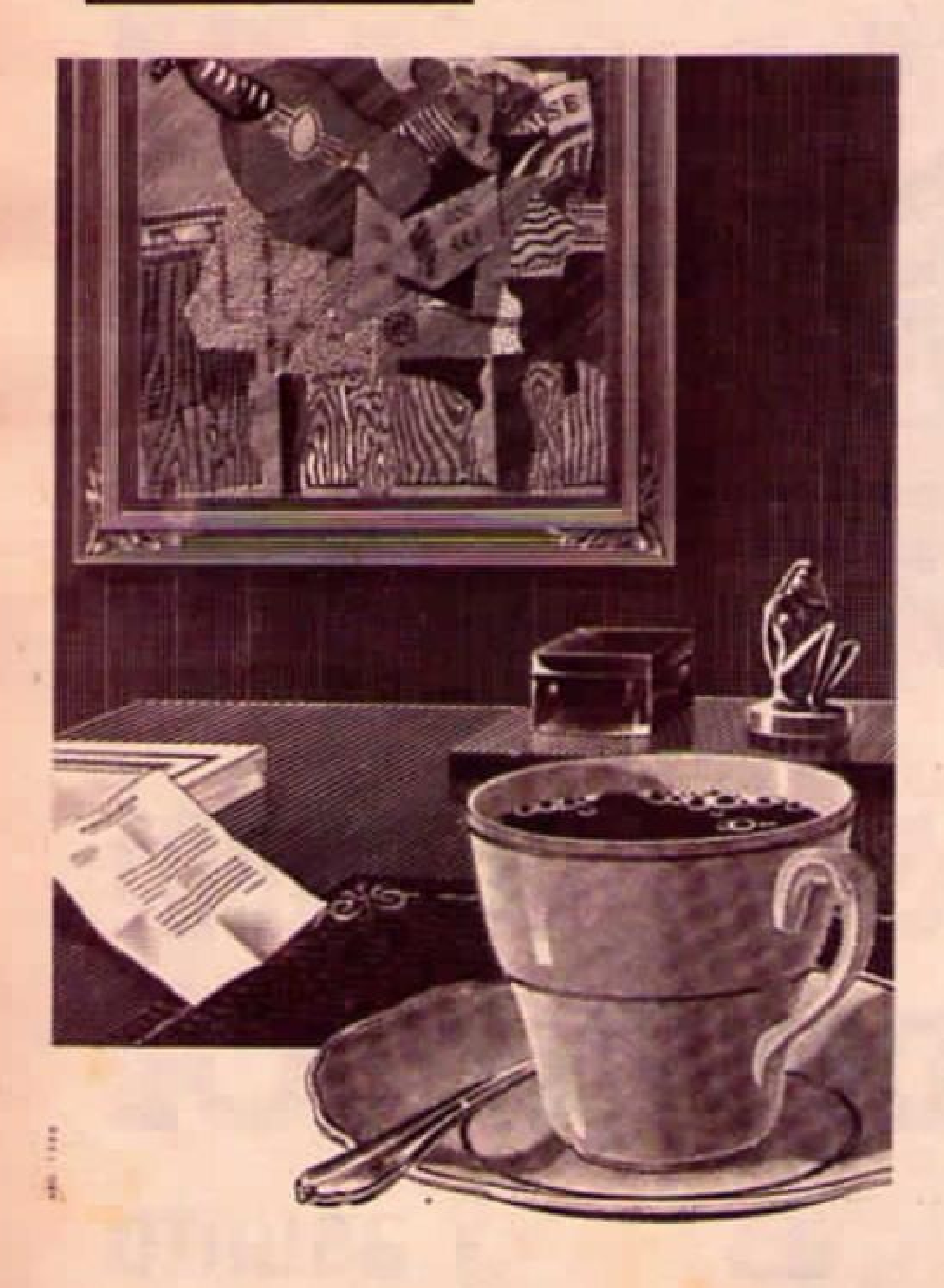


A la hora del buen café...

...cuando llega el momento
de hacer un alto
en la tarea,
para que el intervalo
sea grato y reconfortante
el paladar exige...



NESCAFÉ



NESCAFÉ

¡Es realmente 100 x 100 café!

Doña TREMEBUNDA

por LINO PALACIO

LINO PALACIO

pulso de verdadero afecto hacia ella—. Y otra vez apártate del camino de los hombres casados: son peligrosos, más peligrosos que los ricos solteros —añadió, sin poder resistir la tentación de burlarse un poco.

Se dirigió al edificio donde trabajaba y sin perder tiempo a la oficina del abogado, hermano del patrón de Angela. Se le ocurría que la señora Wilson podía haber recurrido a él en busca de consejo; si no era así le explicaría de todas maneras la situación y con seguridad el hombre se mostraría comprensivo. Mientras esperaba ser recibida se le acercó la secretaria del abogado, una buena amiga suya desde años atrás.

—¡Hola, Elena! ¿Qué te trae por aquí!

—Necesito hablar con tu patrón.

—En seguida te haré pasar. Oye, querida. ¿irás esta tarde a Long Island?

—Sí, iré, ¿por qué? —dijo con tono desabrido. ¡Cómo se preocupaban todos por su visita a Long Island!

Su amiga le dirigió una mirada penetrante y firme.

—Sé que lo que te diré me valdrá tal vez tu amistad, pero no importa. Considero mi deber hablarte con franqueza y lo haré, cualesquiera que sean las consecuencias. Elena, tú crees que habrá mucha gente en la mansión de los Wells,

ESTAS MUCHACHAS MODERNAS

(De la página 17)

y no es así. Cuando llegues allá, te encontrarás a solas con tu admirador. No sé si me comprendes.

Sintió que se ponía pálida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque escuché una conversación entre mi patrón y tu Tony. Son compañeros de correrías, ¿sabes? Tu Tony te considera una presa segura...

—¡No lo llames "mi" Tony! —protestó airada. Después se mordió los labios y trató de recobrar la serenidad—. Te agradezco que me hayas advertido, Julia.

—¿Sin rencor, Elena?

—¡Naturalmente sin rencor! ¿Por quién me tomas?

La otra muchacha pareció aliviada.

—Bueno, ven si quieres hablar con el doctor Wilson.

La entrevista con el abogado resultó más fácil de lo que supusiera. Este era un hombre de mundo y comprendió al punto la situación; admitió que no tenía interés en ver destruído el hogar de su hermano. Luego sacó de un cajón del escritorio y le entregó unas hojitas de papel rosado cubiertas con la escritura redonda e infantil de Angela.

—Llévele esto a su prima, señorita Logan, y aconséjele que otra vez tenga cuidado con lo que escribe —dijo sonriendo—. Esto habría provocado un lindo escándalo del que sólo ella habría salido malparada. No hay cosa peor que el romanticismo y la ingenuidad reunidos. En cuanto a mi cuñada, no se preocupen: ya arreglaré el asunto con ella.

CUANDO llegó a la oficina, Elena se dejó caer en una silla respirando con fuerza. Su rostro, habitualmente rosado, mostraba una palidez cenicienta.

—Y ahora— murmuró cuando se repuso un poco— a lo mío.

Sin esperar a oír el llamado del timbre penetró en el despacho de su jefe con la cabeza alta. Allí estaba Tony Wells, más buen mozo y elegante que nunca, sosteniendo con la mano en alto un collar de perlas.

—¡Hola, hermosa! —saludó alegremente—. Lindo día para hacer un viaje en automóvil, ¿verdad? —Al no recibir respuesta le dirigió una mirada penetrante y preguntó, con otro acento—: ¿Qué pasa? No te arrepentiste, ¿verdad?

El desprecio y la cólera se reflejaban en los ojos expresivos de ella.

—¿De manera que en su casa de Long Island estarán reunidos varios matrimonios amigos, además de su madre y hermanas? No fué usted hábil, señor Wells. Debió pensar que aun en el caso de no descubrir a tiempo su engaño, no pertenezco a la clase de mujeres que se intimidan o deslumbran con facilidad. No me hubiera comprado usted con un collar de perlas.

Había estupefacción en la cara de él. Era evidente que no hallaba nada qué decir.

—Claro que no le culpo. Cuando comenzó a distinguirme con sus atenciones y las acepté, creyó que quedaba abierto el camino para la conquista fácil... Pero dejemos eso. Las palabras están de más. Un solo consuelo me resta y es no haberme ilusionado en ningún momento; usted, como hombre, no existió para mí. Tan sólo existió el deseo, la curiosidad de saber cómo se vive en su mundo. La curiosidad está satisfecha con creces. Y ahora, adiós, señor Wells. ¡Ah, y búsquese otra secretaria! No volveré a la oficina.

Una vez en la calle comenzó a caminar rápidamente, deseosa de llegar lo más pronto posible a su casa para tranquilizar a su madre. Antes de entrar, empero, rompió en trozos menudos unos papeles de color de rosa que sacó del bolsillo de su abrigo y los esparció al viento. ¶

Nueva belleza para su cutis...



SATINADO

Luzca una nueva y fascinante belleza con Polvo Facial RYGREN, único en el mundo, satinado, y elaborado científicamente a base de cremas. Usted será más bella, más juvenil, y su tez se verá eternamente fresca y atractiva.

MITZI GAYNOR (Paramount Pictures)

Polvo Facial
SATINADO
RYGREN

Industria Argentina

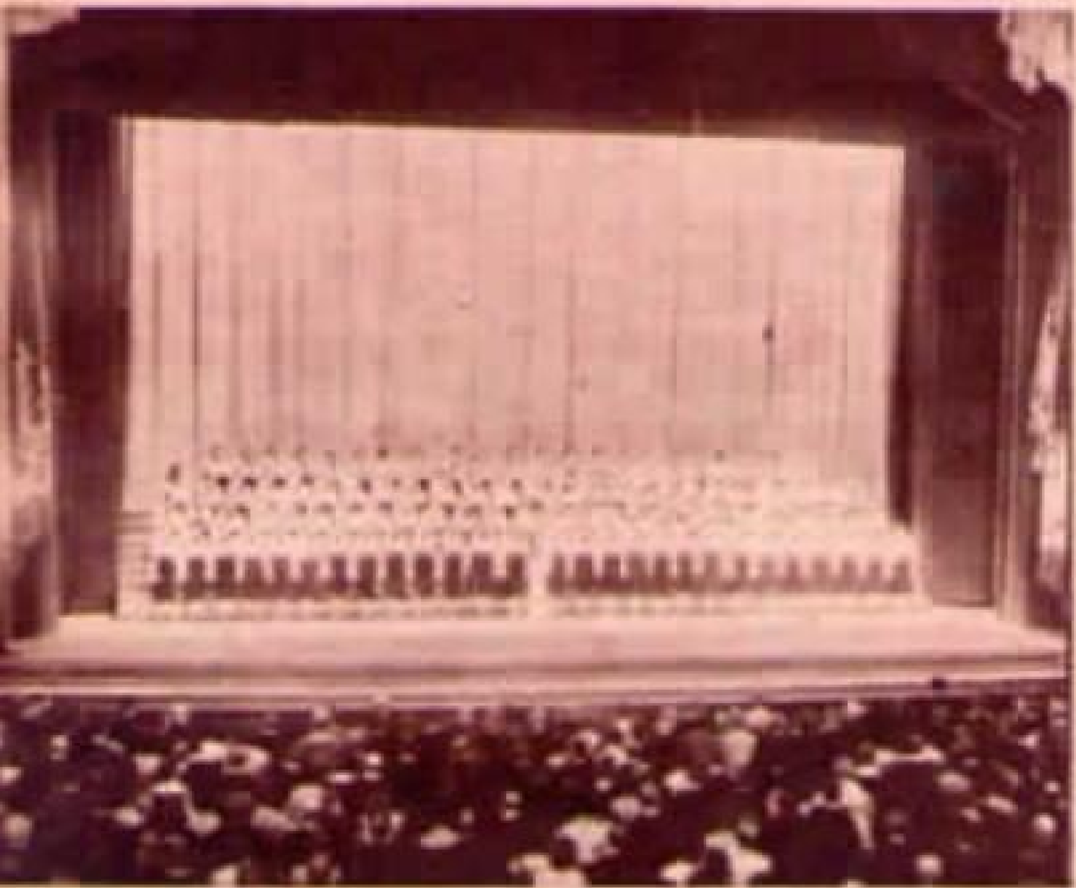
En venta en perfumerías, farmacias y en todas las sucursales



LA MAS GRANDE ORGANIZACION DE PERFUMERIAS DE SUD AMERICA

EL TEATRO COLON
En sus cincuenta años de existencia

por HEBE BOYER



DURANTE su medio siglo de vida varias generaciones de artistas y espectadores se han sucedido y concitado sus entusiasmos en el primer coliseo argentino, y por extensión numerosas generaciones de personas sirvieron al arte universal en las más diversas funciones, desde las más elevadas hasta las de modesta condición.

El teatro Colón, en cuyo estilo arquitectónico se combinó lo bello y sobrio de las escuelas francesa, alemana, renacentista italiana, junto a notables reminiscencias de la arquitectura griega, respondiendo a los gustos propios de un país cosmopolita, fué construído a través de ciertas alternativas que exigían la época y el progresivo crecimiento de la población. En el siglo pasado su escenario se hallaba ubicado en la calle Rivadavia, frente a la plaza de la Victoria (hoy de Mayo) y sus instalaciones resultaron exiguas en un momento en que el culto del arte lírico, de poderosa influencia en la civilización, era una de las necesidades más puras y elevadas del espíritu.

Con tal motivo, por ley del Congreso Nº 1969, del 11 de agosto de 1887, se autorizó a la Municipalidad la venta al Banco Nacional en la suma de 950.000 pesos del viejo teatro Colón, destinando ese importe a la construcción de un teatro municipal que llevaría el mismo nombre. Al año siguiente, y también por ley del Congreso cuya sanción tuvo efecto el 20 de octubre de 1888, llamóse a licitación para levantar

La ejecución del Himno Nacional por el coro del Conservatorio Nacional de Falla.

En un aparte los señores Jacques Singer, organizador de la orquesta del Colón; el señor Borovsky, maestro director del ballet de nuestro coliseo, y otras autoridades.

Figuras tradicionales en el recinto del Colón. Son ellos el señor Arturo José Pardeiro (con anteojos), encargado del personal de la sala, y el señor Augusto Frican, acomodador de los palcos altos. Ambos trabajan en el teatro desde su fundación, en 1908.



Inge Borkh, la heroína de "Turandot", en un momento posterior a su actuación la noche del 25 de Mayo último. A su lado se encuentran los señores Angel Piccolo, de 88 años de edad, primer maquinista que tuvo el Colón y que ingresó en el teatro dos meses antes de su fundación, y el señor Alemani, que levantó el telón por primera vez en la velada del 25 de Mayo de 1908.



Una amable reunión en el Salón Dorado durante un intermedio del espectáculo.

el edificio en el cual se invertirían, según los cálculos, unos tres millones de pesos. Sin embargo, muchas dificultades deberían demorar su construcción, y tres administraciones edilicias sucediéronse sin que ellas hubieran podido allanarse. Hasta que intervino una comisión, cuya presidencia sería ejercida por el entonces intendente municipal, don Adolfo Bullrich, quien llamó a concurso. El proyecto, ganado por oposición, estuvo a cargo del ingeniero Francisco Tamburini, procediéndose a demoler las instalaciones de la estación ferroviaria Parque, del ex Ferro Carril Oeste, existente en el terreno donde el teatro sería erigido.

Con motivo del deceso del referido ingeniero el proyecto pasó a poder de su colega Victor Meano, quien dió término a los planos definitivos en el año 1892, pero éste también falleció antes de ver realizada la obra, y el arquitecto Julio Dormal debió entonces hacerse cargo de los trabajos.

Distintas causas motivaron la paralización de las obras por cierto tiempo, hasta que por ley del Congreso del 4 de septiembre de 1899 se autorizó a la Municipalidad la transferencia de la concesión para la obra otorgada a don Angel Ferrari, y asimismo la emisión de títulos por valor de 4.000.000 de pesos, que fueron adquiridos por algunos particulares interesados en la rápida ejecución de los trabajos, conservando éstos para sí el derecho de propiedad sobre 26 palcos y 27 plateas por espacio de quince años.

Once años demandó la ejecución de la obra, cuyo plazo habíase estipulado en poco más de 4 años. Sin embargo, justo es reconocer que, pese a ellos y a las numerosas dificultades, pudo ofrecerse a la admiración de contemporáneos y posteridad una de las salas más amplias y elegantes del mundo, con alta perfección acústica y belleza de líneas que fueron el asombro de los artistas llegados de todas partes para actuar en ella.

Consta el teatro Colón de siete pisos y tiene cabida para 2.500 espectadores sentados y 1.000 de pie, y ocupa una superficie de 7.000 metros cuadrados; la araña central está compuesta por 600 lámparas, y cuenta el edificio con otros mecanismos de iluminación modificados de acuerdo con las sucesivas exigencias; un complejo sistema de maquinaria con telones de fondo, intermedios, bambalinas, bastidores y emparrillados laterales; camarines, salas de ensayo y de prueba, anfiteatro para ensayos corales, sastrería y dependencias afines, y un subsuelo de 8 metros de profundidad donde se halla la rotonda destinada a los ensayos del cuerpo de baile, los talleres, depósitos, vestuarios para el personal de comparsa, dependencias técnicas y taller de escenografía ubicados bajo la plazoleta adyacente, entre Viamonte y Arturo Toscanini.

Cuenta también, aparte del vestíbulo de entrada, con instalaciones lujosas, entre ellas la escalinata central, varios *foyers* y el de los bustos, destinado al homenaje a los creadores del teatro lírico universal; el Salón Dorado y el escenario giratorio, uno de los mayores del mundo, cuya boca mide aproximadamente 19 metros y permite la amplia evolución del coro y de las escenas de conjunto.

El espíritu con que fué creado nuestro gran coliseo respondía a la inquietud creciente de la época y al relieve cultural de nuestro pueblo, pero teniendo en cuenta las

(A la página 26)



Momento en que hace su entrada el primer mandatario en compañía de su esposa, la señora Elena de Frondizi, y del intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires.



En el interior de un palco, momentos después de la ejecución del Himno Nacional.



El presidente de la Nación, doctor Arturo Frondizi, en el coctel servido en la Sala de los Espejos durante la velada de gala.



Conversan animadamente la señora de Frondizi, el ministro de Educación y otras personalidades políticas y diplomáticas.



Amar sin esperanza

por CONCORDIA MERREL

(Continuación del número anterior)

NO puede escribirme el señor Parry, un hombre al que le salvé la vida?

—Sí; pero tratándose de usted, perdóneme, ello me inquieta, papá. Me duele decírselo...

Shirley permanecía junto a la puerta sin dejar salir a su padre. La actitud resuelta, firme, de la muchacha, enfureció a Tom. Ante la serenidad inquebrantable de la hija optó por echar a broma sus palabras.

—Vamos, vamos, mi niña de oro. Es increíble pensar en todo lo que te he mimado... para que te atrevas a hacerme frente, a mí, en quien debías venerar a un patriarca. Bueno, pues.... sin duda estos renglones me traen una excusa de los Parry. Yo no iba a dejar que te señalaran las puertas de Pinewoods sin pedirles cuenta de ese agravio. Tú desciendes de reyes irlandeses, y tu belleza es digna de una corona, lo mismo que tu inteligencia. Todo esto se lo escribí al tal señor Parry. Y en estos renglones debe de reconocerlo.

Shirley sonrió con amargura.

—¿Por qué miente, papá?

Retrocedió él llevándose una mano al pecho como si lo hubiesen herido aquellas palabras. Y con habilidad suma y gesto melodramático rompió en pequeñísimos trozos la carta.

—¿Mentir yo? ¿Mentir tu padre, Shirley? ¿Así me conoces, así me tratas?

Dejándose caer sobre el diván próximo a la chimenea arrojó a la llama los papeles arrugados y fingió después agobiarse de dolor:

RESUMEN DE LO YA PUBLICADO

Shirley Collier sirve de señorita de compañía a Muriel, hermosa joven ciega, en Pinewoods, dominio de los Parry. Allí conoce a David Quayne, prometido de Muriel, del que se enamora.

Entre la gente que visita a los Parry se cuenta el apuesto Leslie Graham, quien festeja a Evie, hija menor de los dueños de casa.

Leslie está en situación difícil por deudas, y Anderson Kent, financiero americano, al tanto de ello, busca al joven para proponerle que intercepte la correspondencia de Quayne para adelantársele en un negocio.

Evie ha recibido un telegrama para David, y Leslie le exige que se lo entregue como prueba de amor. La joven se niega, pero al fin, arrepentida, durante un baile de disfraz, creyéndolo reconocer, junto al pinar, lo abraza y gime diciéndole que en seguida se lo traerá. Cuando llega a la casa identifica a Leslie en otro dominó. No obstante, horrorizada al comprobar que había confiado su secreto a un desconocido, le hace entrega del telegrama a su novio. Luego propone a Shirley trocar los disfraces. Esta acepta y Evie la hace prometer que no dirá nada a nadie.

El hombre del dominó a quien había confundido Evie en el pinar era Quayne, que al dar las doce y descubrirse los invitados ve por el disfraz que la joven desesperada por Leslie es Shirley. Ante el tremendo equívoco, que nota por las frases de David, la joven suplica a Evie liberarla de la palabra empeñada. La muchacha se niega.

La intriga hace sospechar a Shirley de algo grave y vuelve a rogar a Evie que aclare su actitud, sin lograrlo.

Sobreviene una crisis de angustia y violencia por parte de la menor de las Parry, y Shirley debe dejarla para acudir a la voz de Muriel, quien tiene con ella confidencias que la inquietan mucho. La ciega no ama a Quayne, aunque lo necesita. Al mismo tiempo le comunica que empieza a ver. A Shirley le queda la certeza de que Muriel ama a Kent. Robinson, secretario de Quayne, que no ceja en su empeño por conocer lo ocurrido con el telegrama, llega a comprometer a Shirley. David lo ignora. Pero el mismo día en que Muriel recobra la vista aparece el despacho en la cartera de Shirley, la grave sospecha recae sobre ella y abandona la casa. Quayne, que la visita, le promete investigar. Evie, enamorada ahora de Robinson, se niega a confesar, por temor a ser rechazada por el pelirrojo.

Shirley se ha empleado en la empresa de los padres de Leslie, y este, enamorado de la joven y apremiado por los remordimientos de su acción, la visita en su casa. El le confiesa su pasión, y ella, sabiendo ya perdido a David, por regenerarlo, accede a ser su novia.

Pero una noche, después de la visita de Leslie, aparece Quayne. Viene a comunicarle que Muriel ha roto su compromiso con él porque ama a Anderson Kent. David emprende en seguida un viaje.

Otro dolor aguarda a Shirley cuando advierte que su padre recibe correspondencia de Pinewoods.

—Usted acaba de demostrarme algo, papá. Esa carta contenía una verdad que yo no debía saber, algo indigno. Estoy muy fatigada de ... sus comedias. Buenas noches.

Se encerró en su cuarto, arrojándose vestida sobre el lecho. Pero no hallaba posición cómoda ni consuelo. Su sensibilidad ahíta de desilusiones y desengaños estaba avisándole que el padre había sumado otra negación a las muchas que injustamente cayeran sobre ella en Pinewoods. Y le era imposible soportarlo. Después de una noche de cavilaciones decidió con firmeza preguntar al señor Parry lo que su padre le había callado. Y muy temprano se vistió para el viaje a Pinewoods.

El tren iba cruzando pueblecitos sonrientes de verdor, chalés amables con sus tejas rojas y sus jardines llenos de árboles floridos. En cualquiera de esas moradas simples la vida podía ser tan noble y sencilla como Shirley la soñara desde que era una niña, anhelando siempre una existencia que pareció huirle. Y al acercarse a la mansión de los Parry un torbellino de angustias y de dudas clavó su paso bajo el dosel de los árboles frondosos. Tuvo que recobrarse merced a un esfuerzo, y al atravesar el prado recordó la linde del bosque de pinos donde aquella tarde un hombre le saliera al paso con unas palabras inolvidables: "¿Puedo ayudarla en algo?"

Sacudió la cabeza dialogando consigo misma: "No, querido, aunque estabas dispuesto a ello, Dios no permitió que me ayudaras en nada, y es terrible pensar en todo lo que llevo sufrido por tu causa".

Cubría aquel sendero como si cada paso le costara una gota de sangre, un latido, al divisar desde lejos las terrazas del baile y el camino de los rosales, todo el reino del cual fuera expulsada.

Aquel paisaje verde, impreciso, era un tormento febril; lo estaba mirando sin verlo, ardientes las sienes y sacudida por un frío lancinante. Su intuición alcanzó una máxima alarma cuando el mayordomo, a quien preguntara por el dueño de casa, la condujo hasta la biblioteca.

El señor Parry acudió casi en seguida; muy cortés, pero reservado en su actitud. Indicándole una silla frente a él, dijo:

—La familia aún no regresó de la iglesia.

Luego pareció aguardar las palabras de Shirley. Y ella, de pronto serena, pronunció con lentitud:

—Mi padre recibió ayer una carta suya.

El señor de Pinewoods asintió con la cabeza, visiblemente inquieto.

—Le pedí que me la leyese y no ha querido hacerlo...

Se detuvo antes de proseguir, ordenando en su mente el difícil discurso. A despecho de su bravo corazón, una os-





juventud... color... romance... para sus labios

Ponga en sus labios el tono de gran moda,
ROJO RUBIO de BOHEMIA

Ponga en sus labios el tono de la juventud,
ROJO RUBIO de BOHEMIA

Ponga en sus labios el tono del romance,
ROJO RUBIO de BOHEMIA

ROJO RUBIO de BOHEMIA, impuesto en los centros elegantes, es un ROJO claro, brillante, luminoso, que se adapta magníficamente a la moda de la presente estación.



...Y COMO TODOS LOS ROJOS DOMINANTES DE
BOHEMIA
ROJO RUBIO contiene CETINA que lo hace más firme y duradero.

LAKME S. A. - COLOMBRES 51 - T. E. 88-4085-4086

tensible debilidad pareció agrandarle las ojeras, empalideciéndola como el síntoma de un gran cansancio.

—Esa actitud me prueba que en la carta había algo enojoso...

El señor Parry tosió, un poco nervioso.

—¿Sí?

Y ella, estrechándose las manos frías, estoica en su infortunio, adelantó las palabras vergonzosas que viniera madurando como un fruto amargo en su vigilia y en su viaje:

—Conozco a mi padre. Y se me ocurre que ha tratado... de obtener dinero de usted, sabe Dios cómo...

Su dramática angustia contuvo heroicamente las lágrimas y sin apartar los ojos límpidos de la mirada de su interlocutor interrogó:

—¿Es cierto eso?

El hombre, confuso, dudaba; mientras movía en sus manos un cortapapeles, respondió:

—No es necesario que hablemos de tal cosa.

Las palabras afirmaban el temor de Shirley, que dijo tranquila:

—Sí; es necesario, porque me preocupa muchísimo. Yo no pensaba volver a verlo a usted hasta... que aquel otro asunto... se aclarase. Y si no, hasta que usted creyese que yo no había mentido.

El señor Parry la interrumpió con cierta rudeza.

—¿Vino usted para defender su causa?

La vergüenza enrojeció el rostro pálido de la antigua señorita de compañía de Muriel.

—¡No, señor! Lo que usted denomina "mi causa" no tiene atenuantes sino en la fe que puedo merecer a quienes me tratan. Usted sólo conoce a mi padre. Excúseme si para defenderme tengo que echar sombras sobre él. No me queda otro remedio. Y sólo Dios sabe cuánto sufro. Vine para rogarle que me explicase por qué le ha escrito usted.

El hombre pareció alcanzado por la tiniebla de aquellos ojos, por el ahogo de las palabras.

—¿Desea verdaderamente que se lo diga?

—Se lo repito: a eso vine.

—Está bien.

Lentamente el dueño de casa sacó un llavero del bolsillo y abrió uno de los cajones de la mesa, tomando de él un paquete de cartas.

—¿Conoce usted esta letra?

—Sí —respondió Shirley—, es de mi padre.

El señor Parry separó una carta, empujándola hacia ella.

—¿Quiere usted leerla? Yo no la obligo. Basta con una para que... se haga cargo de lo que dicen todas las demás.

La joven inclinó el rostro blanco sobre la hoja que le temblaba entre los dedos, y al leerla sus mejillas se calentaron con el rubor de la vergüenza. Las frases eran un tejido sutil de mentiras y de súplicas, en las que aparecía de tanto en tanto la vanidad del "descendiente de reyes", su tosca egolatría, su impudor, su malicia y su falta de delicadeza, porque él invocaba como asidero la circunstancia de haber salvado la vida al señor Parry. Shirley, conocedora de tantas humillaciones, apuró hasta las heces el cáliz, sintiendo que su conciencia acusadora decidía transparente y fría esta única idea: "ser la hija de un hombre se reduce a una casualidad".

Después levantó los ojos.

—¿Y dice usted que las otras cartas son todas como ésta?

—Lo mismo.

Hubo un silencio que ella interrumpió suspirando:

—Lo cual quiere decir que... él trató de explotar algo que debió considerar como un privilegio.

—No tanto —repuso el señor Parry, sin apartar la vista de Shirley—. ¿Por qué ha de ser un privilegio el haberme salvado la vida?

—Porque es Dios quien lo concertó, valiéndose de un impulso incontrolado de mi padre.

—¿Incontrolado?

Y Shirley sonrió con amargura.

—Voluntariamente no lo creo capaz de ninguna grandeza, pero en aquella circunstancia fué Dios quien dispuso así las cosas. ¿Le ha dado usted dinero?

—Sí. Después de todo, él siempre recuerda que le debo mi vida.

El tono irónico hizo enrojecer a la muchacha, que alzó la voz para interrogar con entereza:

—¿A cuánto asciende esa suma?

—Seiscientas libras, quizá. Pero eso no tiene importancia.

—¿Seiscientas libras? —repitió Shirley.

Aquella cifra le resultaba abrumadora.

—No se acuerde de eso. Ya le dije que carece de importancia.

—Para mí la tiene en grado sumo...

Los ojos del señor Pary se clavaron en los de la muchacha, penetrantes en la duda que expresaban.

—¿Puedo creer lo que usted dice?

—¡Oh, señor!

Entonces apartó otra carta, extendiéndola a Shirley. Esta vez Collier apoyaba en su hija una petición de dinero. Lo más terrible: hacía mención de una supuesta carta que ella le había escrito cuando vivía en Pinewoods y en la cual le confesaba tener muchas deudas; no atreviéndose a pedir dinero al señor Parry, encargaba a

su padre que lo hiciera en su nombre, terminando con unas palabras que, según él, había copiado de la carta de Shirley: "Después de todo, usted le salvó la vida".

La perfección del embuste sobrecogió a la muchacha, como si por vez primera tuviese la absoluta certeza de la ruindad de su padre, una ruindad ya sin atenuantes.

Y se produjo en el ánimo de la joven con la celeridad de un vertigo toda la tribulación de su vida, corta en años, larga en experiencias y asombros, palpitante de angustias. Por un momento pensó desatinadamente en un maleficio, en una fatalidad...

Pretendió ahora erguirse, pero le fué imposible. Al señor Parry alcanzó en aquellos ojos la intima zozobra de un espíritu que se hunde y el grito mudo y terrible de su inocencia, mientras Shirley, agitando los brazos, caía desmayada a sus pies.

NO me consuele, señor Parry. Dígame toda la verdad.

Suplicaba como una enferma, después de beber unas gotas del cordial que el hombre le alcanzó muy conmovido.

—¿Cuándo recibió esa carta?

—El día antes de que se encontrase en su bolso el telegrama dirigido a David Quayne.

—No me extraña que usted me creyese culpable. ¿Por qué no me habló de esto? Hubiera sido... mejor.

Y él la miró confuso.

—¿Qué hubiese podido responder usted?

—La verdad. La verdad que nos hace libres.

—Si así lo piensa —dijo él, suave—, ¿por qué entonces no quiso ser explícita cuando la culparon?

—Porque no pude. Y porque deseaba y esperaba ser creída. Pero usted dudó entonces, y tal vez duda ahora. No me queda sino pedirle perdón en nombre de mi padre. Y rogarle que bajo ningún pretexto le dé ni un céntimo más.

—Eso fué lo que le dije ayer en mi carta.

—Me alegro. ¿Cuánto le había pedido esta vez?

—Una indemnización por haber privado a usted injustamente de un puesto de confianza en mi casa.

Ella se llevó las manos al pecho.

—¡Si usted supiera lo que es haber tenido que ocuparme toda la vida de él!

Y la sinceridad entrañable de aquella queja no pasó inadvertida para el dueño de Pinewoods.

—Shirley..., si he sido injusto —empezó a decir, pero ella lo contuvo con un gesto.

—No le pido que me crea hasta que pueda ofrecerle pruebas convincentes. En cambio le suplico una sola cosa: dígame exactamente la cantidad que le adeuda mi padre.

El señor Parry quiso protestar.

—No prive de ese consuelo a mi dignidad tan herida, señor. ¿Cuánto le... debemos?

El consultó una libreta.

—Quinientas sesenta y cinco libras.

—Gracias. ¿Me promete que nunca le dará nada más?

—Prometido.

—Eso es todo lo que quería.

Se puso de pie reuniendo todas sus fuerzas y aun procuró animar con una sonrisa su palidez conmovedora:

—Gracias, señor Parry.

—¿Ya se marcha usted?

—Sí...

—Pero mi mujer y las chicas sentirán que se haya ido sin verlas.

—Y yo les agradezco de corazón esa bondad..., pero... tengo que irme.

El la acompañó hasta la puerta, conmovido como si viese gravitar sobre aquella juventud la injusticia, las acusaciones, la opresión exigente de un padre inicuo, las sospechas. Acaso tanta crueldad en ese destino proviniese de un hecho innegable: Shirley tenía un alma intrépida y solitaria de las que a menudo son heridas sobre la tierra.

Con viva emoción retuvo la mano fría de la muchacha.

—No se me alcanza el propósito de su secreto, pero no dejo de admirar su carácter. Perdóneme si fui duro.

PINEWOODS naufragó en la distancia como una ribera que se hunde en el mar. Y ella no quiso mirarla desde el tren como al paraíso del que fuera arrojada y al que había vuelto como a un alto de calvario. Mientras rodaba el tren rumbo a la ciudad iba pensando: "Ojalá no pise nunca más estos umbrales verdes. ¡Ojalá nunca los hubiese traspuesto ni aun para conocer a David!"

Endureció la voluntad en un solo propósito: restituir.

"Trabajaré como una esclava, sin pausas de reposo; es preciso que devuelva. Y que ese dinero salga de mis manos y de las de mi padre". Ni por un momento pensó en que Leslie, su prometido, la ayudase. "Nadie. Yo sola".

Cuando puso los pies en el umbral de la casa, irguió la frente. Salía a recibirla el humo del tabaco tan conocido: el de Tom Collier. Y lo vió en su elegante *robe de chambre* con alamares suntuosos, apoyados los pies en el hierro de la chimenea, próximas la copa de licor, la caja de habanos y la radio con el melodrama.

Saludándolo, se mantuvo de pie, indiferente, helada, como si en sus venas fuese distinta

(A la página 36)

COMPROBACION INMEDIATA

Manos nuevas en dos minutos!

con los elementos **tenso-activos** de

NACAROL



Compruebe usted mismo cómo, **en sólo dos minutos,** NACAROL deja sus manos lindas, blancas, suaves, nuevas. NACAROL contiene eficaces elementos **tenso-activos** que penetran rápidamente y son absorbidos con avidez por su piel.

Por eso, señorita, señora, trabaje tranquila en las tareas de su hogar: pele verduras, cocine, lave platos, sumerja sus manos en detergentes, haga toda la limpieza de su casa, seguro de que sus manos, protegidas por NACAROL, quedarán en sólo 2 minutos, puras, lindas, blancas, nuevas.

Convénzase de los efectos inmediatos de NACAROL que en sólo dos minutos transforma sus manos ásperas en manos lindas. Pregunte a sus amigas o compre hoy mismo un frasco pequeño de prueba. Quedará encantada.

Distribuye:
LAKME S. A.
COLOMBRES 51
T. E. 98-4083 4084

3 TIPOS DE FUENTES ORIGINALES



La LOZAdización confiere a la melamina -materia prima 100 °/o importada de EE. UU. e Inglaterra- una resistencia y hermosura nunca logradas por otro producto plástico.



- No se "cacha" ni "cuartea".
- No afecta al gusto.
- No es porosa ni absorbe grasas.
- De fácil lavado.
- Colores modernos inalterables.

...Y MAS DE 40 PIEZAS DISTINTAS!

PRACTICAMENTE IRROMPIBLES



6 tipos de TAZAS: para café, café con leche, chocolate, té, desayuno y consomé.

3 formatos y 9 piezas distintas de PLATOS - Jarra de litro - Jarrita para leche o crema - Mantequera - Bols para compota - Bols batidor gigante - Ensaladeras - Azucareras.

Adquiérala pieza por pieza en todos los bazares y buenos negocios de su localidad.

UNICOS DISTRIBUIDORES **LIBRA** S. A. I. C. LAVALLEJA 1070 - Bs. As.



Observaciones de Mamá Isidora

EL arreglo de la casa en que se vive es una cosa importante. Existen muchos detalles que deben tenerse en cuenta para conseguir que el conjunto sea práctico, higiénico y confortable.

Muchas personas sacrifican la comodidad y el bienestar a la apariencia; pero a mí me parece que siendo el hogar el sitio en que se vive en realidad, en el que se descansa, en el que se crían los hijos y en el que nos ocupamos de mil agradables cosas, merece toda la atención posible desde un punto de vista positivo. El hogar debe hallarse en relación con nuestro modo de ser, con nuestros hábitos y nuestros gustos.

Más que de la apariencia de la casa hay que preocuparse de que el aire, la luz y la alegría reinen en toda ella. Son numerosos los detalles que contribuyen a hacer más agradable la vida.

Es francamente absurdo sacrificar la comodidad y el buen vivir al tonto halago del qué dirán.

Se argüirá que todo esto es sabido. Lo será, pero yo lo digo para quienes, si lo saben, lo olvidan.

EL TEATRO COLON

(*De la página 21*)

futuras perspectivas de la República. La velada inicial del teatro Colón —acontecimiento de verdadera significación artística y social— conjugó en la época tres momentos solemnes de su historia: la inauguración oficial del edificio, el comienzo de la temporada lírica y la función de gala correspondiente a la efeméride patria del 25 de Mayo de 1908.

Asistieron a la velada, para la que fué puesta en escena la ópera "Aída", de Verdi, con la soprano Lucía Crestani y el maestro director Luis Mancinelli, el presidente de la República, doctor José Figueroa Alcorta, ministros, embajadores y representantes extranjeros, el intendente municipal, don Manuel Güiraldes, y lo más destacado de la sociedad de entonces. Desde su velada inaugural la sala del Colón ha sido prestigiada con la presencia de las figuras de mayor renombre en la lírica de cada época entre directores, compositores, coreógrafos, danzarines, escenógrafos, conjuntos de cámara, orquestales, corales, solistas, y *regisseurs*, habiendo sido representadas todas las óperas extranjeras del repertorio, así como numerosas obras argentinas, *ballets*, obras sinfónicas, etcétera.

En la velada de su cincuentenario se puso en escena la ópera "Turandot", de Puccini, con la asistencia del presidente de la República, doctor Arturo Frondizi, sus ministros, representantes del cuerpo diplomático y figuras de significación de nuestro país.

Elimine de sus manos paspaduras y enrojecimientos

con

Angel Skin

de Pond's



DE SORPRENDENTES RESULTADOS INMEDIATOS

- ***Acción suavizante profunda***

Los ingredientes penetrantes especiales de Angel Skin llegan hasta el tejido cutáneo vivo donde se originan realmente los procesos de irritación y paspado. Su acción suavizante no es sólo superficial y momentánea sino que restaura positivamente la salud natural de la piel.

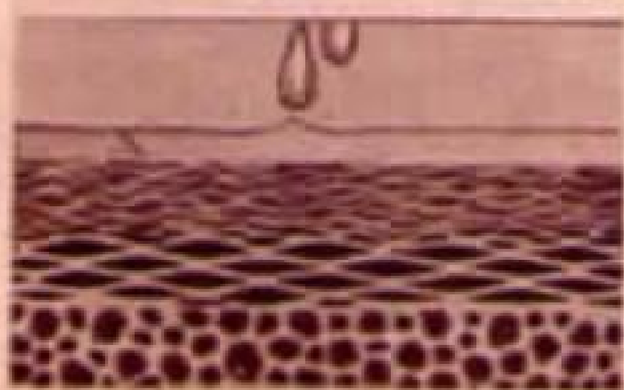
- ***Neutraliza la acción resecante de jabones y detergentes***

Angel Skin — de fórmula exclusiva, científicamente adecuada a las características de la piel — es el primer producto creado para neutralizar la acción alcalina resecante de jabones y detergentes.

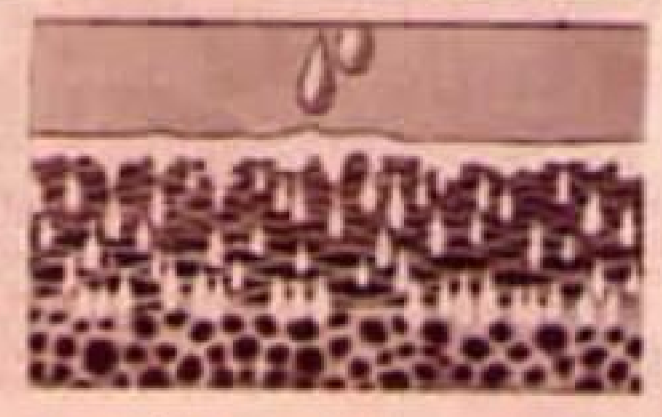
- ***Rápidamente absorbida, no deja residuo grasoso***

Angel Skin no contiene agregados gomosos; la piel absorbe al instante todo su rico contenido y se pueden continuar las tareas habituales y hasta calzarse los guantes para salir, inmediatamente después de aplicarse Angel Skin.

Nota a los médicos
Angel Skin es la única emulsión cutánea de uso cosmético, con un pH igual al pH de la piel humana: por eso es la única que puede regenerar sus defensas naturales.



Las lociones comunes detienen su acción suavizante en la superficie de la piel.



Angel Skin llega hasta el tejido cutáneo vivo donde realmente comienza la irritación.



En frascos de 60 c.c.
y de 160 c.c.



EN EL AMBITO DE LA VOCACION

El ser humano ha sido creado no para sí mismo y para el goce íntimo de las facultades que le fueron conferidas al nacer, sino para servir y ser útil a la colectividad en la proporción de sus posibilidades. ¿Y cómo lograrlo? Con una acertada orientación del individuo desde que apuntan en él las primeras inquietudes. Porque hay cierta propensión en la juventud a elegir la carrera que definirá sus destinos sin detenerse a considerar la vocación. Ese estado del alma, esa concentración del sentimiento o de la profunda individualidad determinante del éxito del hombre, como unidad de la especie y como espíritu, en la ardua función de vivir. También hay padres que prefieren atender a su vanidad o a sus propias ambiciones e intereses sin reflexionar en el porvenir de sus hijos y en la necesidad de favorecer su vocación.

Sin embargo, la falta de orientación de los jóvenes es un grave mal que debe corregirse con premura para evitar el tremendo daño de los destinos truncados.

En un estudio realizado por el Círculo Universitario de Derecho sobre estadísticas proporcionadas por la Facultad, se revela con cifras categóricas lo fundamentales que son para la juventud la aptitud y buen sentido para la profesión.

El número de inscriptos en la referida casa de estudios registró un paulatino aumento, acentuado en especial desde la supresión del examen de ingreso en 1953. En ese año se estableció la cifra de 19.305 inscriptos. En los dos últimos años la cantidad de estudiantes que rindieron por lo menos una materia —requisito para figurar en el padrón— es de 8.383. En 1956 registrábamos, en primer año, en el padrón, 8.674 alumnos; en 1957 sólo hubo 2.434 en segundo año.



La elocuencia de las cifras es reveladora, pues señala el número sensible de los que quedan en el camino, hecho corroborado con la cantidad de egresados; en 1955 graduáronse 198, y en 1956 lo hicieron 258 estudiantes.

La mayoría de los ingresados en la Facultad de Derecho abandona los estudios en los primeros años, después de haber dedicado dos o más, con los consiguientes gastos, a un esfuerzo inútil, resultando improbable que inicien una nueva carrera universitaria. Así se ha perjudicado un número considerable de personas que equivocó la elección de su carrera por ausencia de quien los orientara en sus aptitudes. Se ha malogrado también a los estudiantes con verdadera vocación por el Derecho pues, al decir del Círculo Universitario en su declaración del 8 de octubre de 1957, la enseñanza que reciben es realmente deficiente, debido, sobre todo, a que la Facultad carece del personal docente para enseñar a tan crecido número de estudiantes inscriptos en los primeros años. Se ha perjudicado también al país al formar un ejército de fracasados, perdiendo elementos útiles para otras profesiones. Y, finalmente, se lo ha dañado asimismo con la deficiente preparación de los egresados.

Todo esto sin contar con las sumas enormes que invierte el Estado en el funcionamiento de sus universidades. Porque el hecho que consignamos de la Facultad de Derecho es similar en otros establecimientos. El estudiante fracasado en determinada carrera pudo ser un buen odontólogo, un brillante arquitecto o un estudioso ingeniero.

No se trata, pues, de enviar al hijo a la Facultad con el propósito de lograr un título, sino de conocer previamente sus inquietudes y ambiciones, así como sus posibilidades en tal o cual carrera. La sola enunciación de los antecedentes difundidos por el Círculo Universitario de Derecho, aparte de no requerir mayores aclaraciones, invita a reflexionar en el destino de los hijos y en la necesidad de beneficiarlos mediante estudios realizados por los padres sobre sus vocaciones.

AVANT LA FÊTE

COLONIA

Cuando la ocasión exige un perfume de categoría...

LOCION

EXTRACTO

ROSALIND RUSSELL en "Hotel Flamingo" (Paramount)

Industria Argentina

En venta en perfumerías, farmacias y en todas las sucursales Ivonne LA MAS GRANDE ORGANIZACION DE PERFUMERIAS DE SUD AMERICA

UN LUGAR PARA LA ARTESANIA HOGAREÑA

por Eduardo Kornreich

TODA mujer sueña con un lugar "todo suyo", donde pueda comenzar a trabajar sin antes tener que armar su máquina de coser, desocupar la mesa para poder cortar, en fin, un lugar donde no sean necesarios preparativos que l'evan tiempo y desaniman.

Muchas mujeres, dueñas de casa, disponen su tiempo de tal manera que una parte de la tarde les queda libre para una de las múltiples ramas de la artesanía hogareña, ya sea costura, bordado, encuadernación, cerámica, confección de muñecas, de títeres, en fin, tantas manualidades que suponen habilidad pero también gusto artístico. En muchos casos es sólo para obsequiar a familiares y amigos. Pero otras veces es para obtener un ingreso que aumente el presupuesto familiar.

Estas actividades tienen la ventaja que la madre puede realizarlas sin alejarse del hogar no perdiendo así la supervisión de los chicos y de la casa en general.

A veces no es necesario un cuarto separado, sino que puede ser parte del dormitorio, por ejemplo, en el caso de un rincón de costura, tejido o bordado. En cambio la cerámica o la encuadernación necesitarán un lugar del galponcito o del garaje.

En todos los casos hará falta una amplia superficie de trabajo, armarios o estantes especiales para guardar los objetos terminados. Y otros anaqueles para almacenar la materia prima necesaria para la confección de dichos objetos.

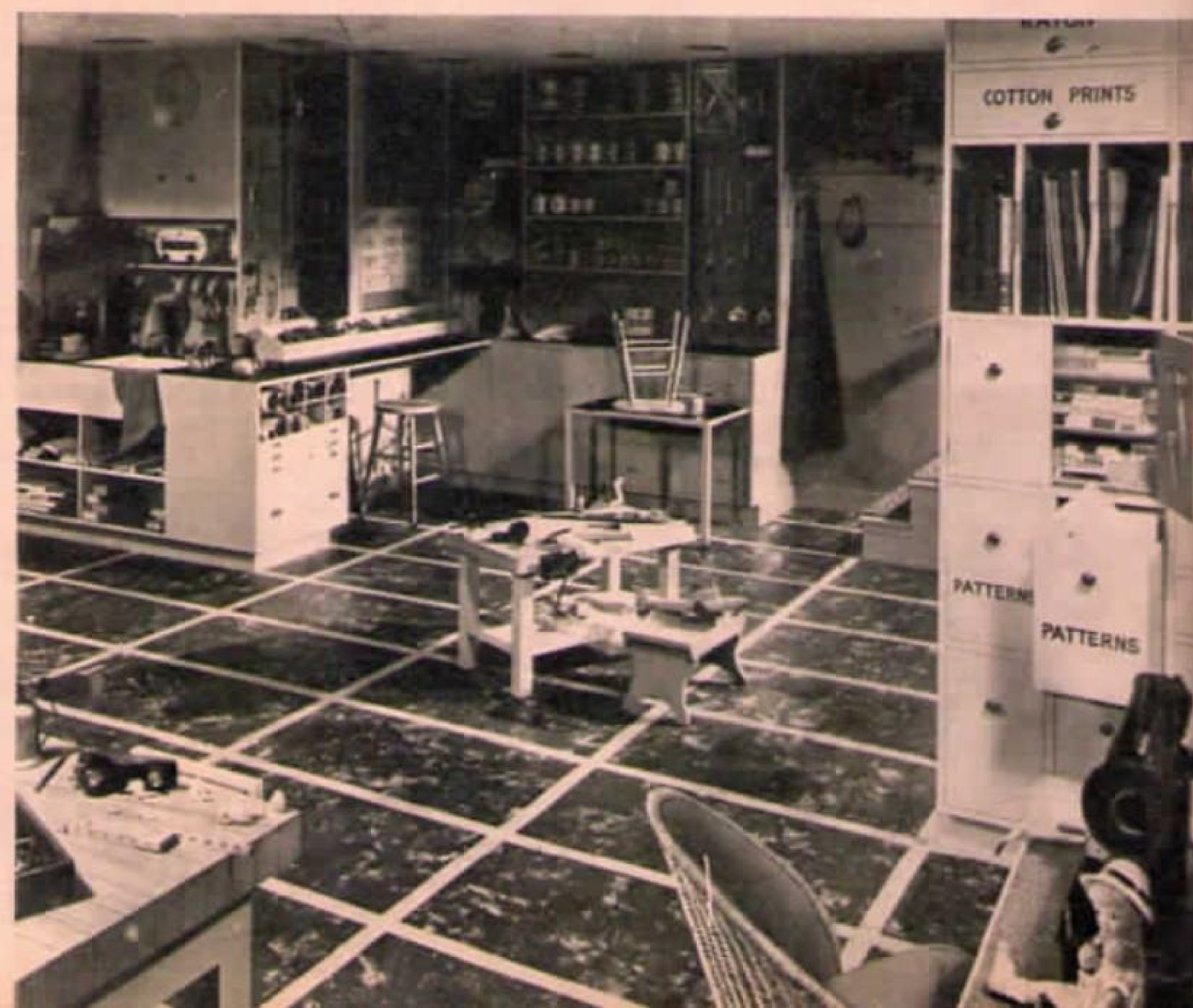
Analicemos un cuarto de costura norteamericano: está instalado en un antiguo sótano. Las paredes (todas con *placares* empotrados) tienen revestimiento de madera, lo que resulta muy agradable. Un centro de costura bien compacto incluye: la máquina de coser, una buena mesa de trabajo con dos cajones amplios y profusa iluminación. Frente a la máquina un panel de celotex para pinchar recortes, mo'des, figurines, etcétera.

Encima se dispuso una fila de armarios para guardar materiales. Al fondo, una pared-armario para colgar la ropa confeccionada o semiterminada.

Todas las superficies de trabajo se han cubierto de fórmica blanca. Hacen juego con este material las manijas redondas de porcelana blanca. Completan el conjunto un cómodo sofá, una mesa y un aparato de televisión. Creemos que sin llegar a estos detalles de lujo una mujer puede arreglar su rincón de trabajo cómoda y prácticamente. Aunque signifique una primera inversión bastante "salada", redundará indudablemente en beneficio de su actividad.

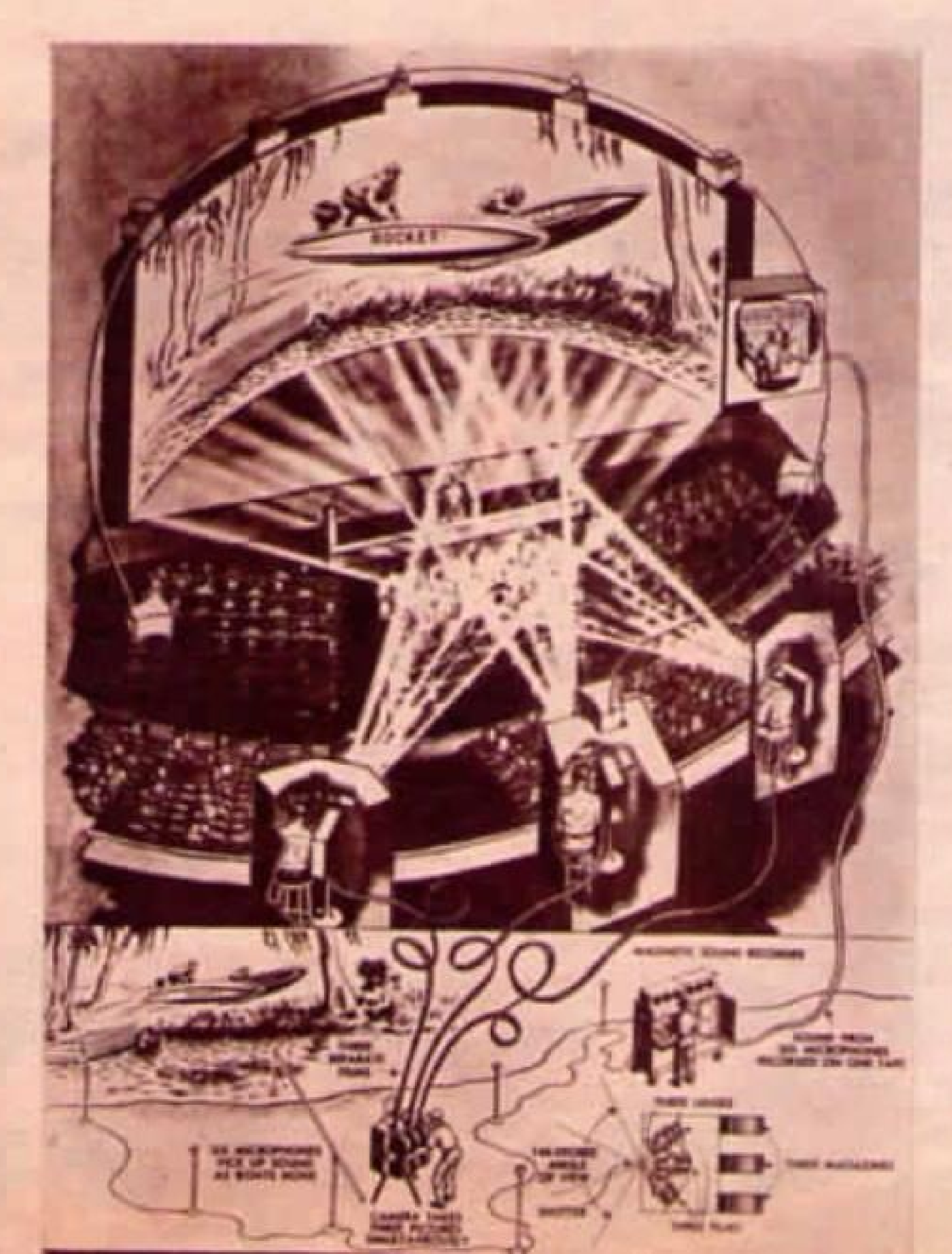


En un sótano se instaló este cuarto de costura a simple vista norteamericano, por su lujo.



Un galpón o garaje, transformado en un lugar de trabajo para toda la familia. En primer término, el rincón de costura de la mamá, con suficiente espacio para mantener ordenado el equipo de moldes y materiales. Al fondo, el taller del papá, que incluye carpintería y pinturería. Y en el medio, un banco y una mesa para el "trabajo" de los chicos.

Se instala el Cinerama en Buenos Aires



Esquema del funcionamiento del novedoso espectáculo, en el que se observan las cabinas y demás complicados dispositivos que permiten la fabulosa visión.

EN su empeño de ganarle la batalla a la televisión el espectáculo cinematográfico se supera buscando las formas más atrayentes de expresarse. Así, hemos asistido a diversas innovaciones, que desde el tridimensional y el cinemascope nos han llevado al fabuloso cinerama, modalidad con la que el film inicia una nueva y positiva forma de vida como espectáculo. Si bien la pantalla de esta novedosísima presentación es detamaño gigantesco (25 m. por 10), la diferencia con la TV no resulta de carácter dimensional, como en el caso de los otros avances del séptimo arte, que ya citamos, sino de movimiento. Las fórmulas empleadas por la TV y el cine —aun en sus más modernas concepciones— tienen como consecuencia el mero entretenimiento en un grado de menor o mayor emotividad, conforme a la calidad del film, pero en el cinerama se agrega al esparcimiento la parti-



La orquesta del Metropolitan de Nueva York es tomada simultáneamente por ocho bandas de sonido, lo que da una asombrosa fidelidad a la escena.

cipación directa del espectador no sólo en las consecuencias tristes o alegres de los hechos sino también en las experiencias vitales representadas por los protagonistas. Es decir, que el asistente pasa a formar parte de la acción, viviendo personalmente los sucesos como si estuviera ubicado dentro de las aventuras que desarrolla la pantalla.

A tales cualidades debe el cinerama la razón de su existencia, ya que ese sistema fué inventado por Fred Walter en la última guerra para facilitar el adiestramiento de los futuros pilotos de aviones — su pantalla de 25 metros tiene la visión o la extensión visual del ojo humano — porque puede medir sus reacciones emocionales. De esa manera el novel piloto, sentado en la platea frente a la pantalla, experimentaba las mismas reacciones emocionales que le producía el estar desempeñando su labor a bordo de un avión de combate.

El resultado de múltiples experimentos, en especial dificultosos para la adaptación y fusión de las tres imágenes y sincronización perfecta en luz e intensidad, se vió coronado por el éxito, contribuyendo al entrenamiento de los pilotos en tierra con la seguridad que daba la experiencia en vuelos reales. Finalizada la guerra se estudió su aplicación en el terreno comercial, y en 1953 debutó en Nueva York con "Esto es cinerama", que es el primer espectáculo que ahora juzga nuestro público en el teatro Casino, preparado especialmente para tal cometido.

En el primer momento este procedimiento recuerda el seguido por Abel Gance para presentar su famosa película "Napoleón". Como se recordará, el vanguardista realizador de "La rueda" lo exhibía con tres cámaras que al mismo tiempo proyectaban el film, el cual se componía sobre la pantalla como un rompecabezas. También en cinerama la proyección se hace con tres cámaras dispuestas en sendas cabinas diferentes dentro de una sala ancha (en el Casino hubo que demoler los palcos laterales para lograr el medio adecuado) y no demasiado profunda, y con siete canales de sonido estereofónico (cuatro en la pantalla y tres en la sala) y dos comandos de sincronización de sonido e imagen ubicados a los costados del gigantesco lienzo.

La pantalla está formada por tiras plásticas verticales, en número de 1.100, que se asemejan a las cortinas de tipo "veneciano", lo cual contribuye a lograr el efecto de relieve que se produce en el espectador haciéndole retroceder o apartar la cabeza cuando en el desenlace se reproduce una rotura de vidrios o un movimiento de agua de cierta intensidad. Por su parte, los lentes de toma de proyección (27 mm.), de extraordinaria profundidad de foco, hacen que la visión resulte perfecta, cualquiera que sea la distancia de los actuantes en el campo óptico. Es decir, que a la inversa del cine, donde só'o se observan con claridad los personajes enfocados en primer término, en cinerama todos los planos pueden distinguirse con nitidez.

Estas cualidades convierten a este procedimiento en un espectáculo excepcional, cuya atracción ha sido demostrada fehacientemente con el estreno de la película en cuestión, film que junto con "Fiesta con cinerama" y "Las siete maravillas del mundo" se mantuvo en cartel durante cinco años. En Nueva York acaban de ser presentadas ahora dos nuevas producciones: "En busca del paraíso" y "En los mares del sur", para cuya exhibición se venden las localidades con tres meses de anticipación. En París la primera novedad de la serie que ahora veremos nosotros lleva ya dos años en cartel, y con el mismo éxito se mantiene este espectáculo de dos horas y media de duración en sus exhibiciones de Roma, Milán, Madrid, Caracas, La Habana, Barcelona, Zurich y otras importantes ciudades del mundo. En síntesis, cinerama se define como un espectáculo con escenas de gran despliegue, captadas en interiores y exteriores con tal realismo y veracidad que el público reacciona como si estuviera viviendo las emociones en el mismo momento e intensidad con que las registró la cámara.



Enormes dificultades deben salvarse para llevar a cabo las filmaciones en este sistema. El rodaje dura de dos a tres años y exige una inversión tres o cuatro veces superior al costo de una película.



Otra dificultosa escena es captada desde la proa de una veloz lancha de motor en movimiento. Esto hace que el espectador experimente desde su butaca el consecuente vértigo.



Una monumental versión de "Aida", la famosa ópera de Verdi, sobre el drama homónimo de Sardou, es también admirada por el público en el nuevo sistema.

El afecto
de su marido



está en
sus manos...

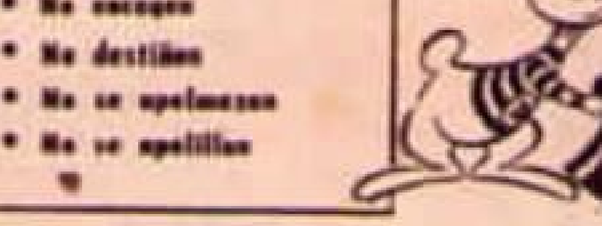
Tejiendo con ellas ese
pullover suave y
abrigado con que sueña!

Téjalo Ud. misma con

LANAS



definizadas



De pura lana en 2, 3 y 4 hebras y **también ahora** con rayón, con pelo y nylon, con alpaca, con angora y con pelo multicolor

Gotitas

Linda Cristal al regresar de La Habana declaró que se habían divertido muchísimo los invitados a inaugurar el Habana Hilton, pero que todo el tiempo estuvieron custodiados por guardaespaldas...

Jackie Coogan, aquel actor infantil que se cubrió de fama junto a Chaplin en "El pibe", film rodado en 1919, vuelve ahora a la pantalla en "La máscara del dolor", con Frank Sinatra. Coogan tiene 42 años.

Anthony Quinn, que es de origen mexicano, rechazó encarnar a Pancho Villa, alegando: "Creo que sus botas me quedarían demasiado grandes"...

Burt Lancaster rodará en Londres un film acompañado nada menos que por Laurence Olivier y Kirk Douglas. Título: "El discípulo del diablo".

Mientras su esposo, James Hill, marchaba hacia Hollywood en avión, Rita Hayworth lo hizo por tren. La estrella de "Gilda" le tiene horror a los viajes aéreos.

Una frase de Lauren Bacall: "Me gustan mucho los niños y quiero tener más..., pero claro, primero habrá que casarse de vuelta...". Frank Sinatra no dijo nada.

Un pensamiento de Bob Hope: "A los 20 años las mujeres son adorables; a los 30, irresistibles, y divinas a los 40. ¿Y después de los 40?... ¡Ah! no, no hay mujeres de más de 40".

Con viejos films de Keaton, Langdon, Laurel y Hardy y "Tripitas" han hecho en Hollywood la película "La edad de oro de la comedia", siendo excluido Charles Chaplin...

Mickey Rooney sigue triunfando como en sus mejores tiempos. Un dirigente del F.B.I. protestó acerca de que "Hollywood glorifica el crimen" por la interpretación "fría, cruel, llena de sevicia" que hace Mickey de un criminal en "Baby Face Nelson".

Cuando John Huston y Humphrey Bogart andaban por la selva filmando "La reina Africana" escucharon intrigados un extraño sonar de tambores mandando mensajes, pero el guía les aclaró: "Tambores dicen: dos americanos van para allá. Llevan dólares, cóbrenles caro".



Desde "Los héroes están cansados" el vertiginoso ascenso de Curd Jurgens —que ya era famoso en su país (Alemania)— ha sido inusitado. Premiado en Venecia por "El general del diablo", logra ahora otra magnífica creación en "Tamango", film en el que le acompaña Dorothy Dandridge, la "Carmen de Fuego".

AGUA VA..!

...y ya está la riquísima

TORTA DE CHOCOLATE *Instantix*



Para preparar esta deliciosa torta usted no necesita recetas ni ingredientes. En cada paquete de **INSTANTIX** todo viene preparado, medido y pesado en su justa proporción: **usted sólo tiene que agregar agua a INSTANTIX, poner en el horno y... saborear!**

OTROS PRODUCTOS *Instantix*

Torta Espuma de Oro - Budín Inglés (Pasta Frola - Pan Dulce) - Scones (Pizza) - Panqueques (Buñuelos - Canelones).



INSTANTIX S.R.L. - San Martín 50 - Tel. 33-9159 - Capital



Esperado!

Totalmente **NUEVO** en su género

Jabón de Tocador

PINO REUTER

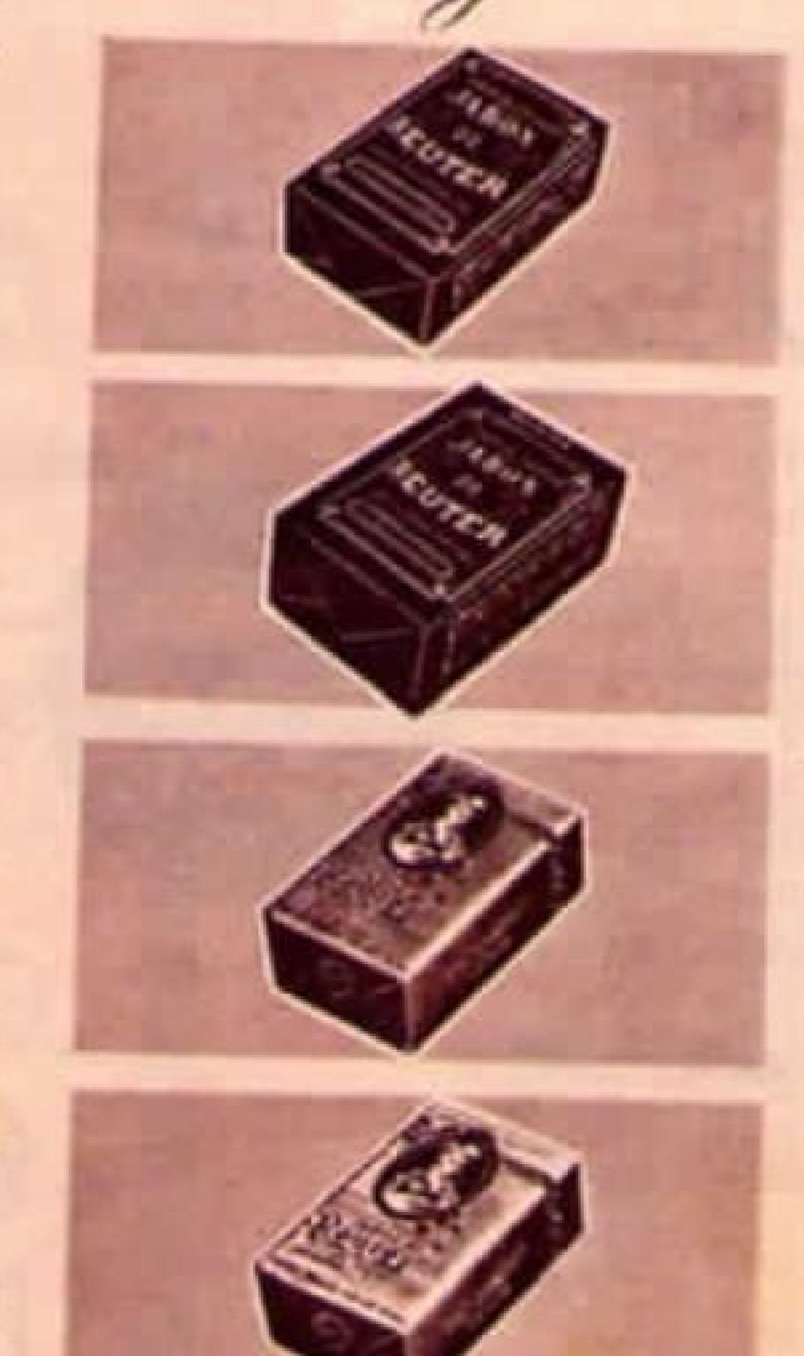
de Lujo

Elaborado con aceites esenciales de los resinoides de *Pinos de los Alpes:* La más fina expresión en el tan buscado tonificante aroma natural del Pino.

LA ULTIMA SENSACION INCORPORADA A LA FAMOSA LINEA DE



el nombre de más prestigio en jabonería fina



JABON DE REUTER ETIQUETA NEGRA. *Desde hace 70 años la mejor calidad.*

JABON DE REUTER GIGANTE. *Conviene más por su gran economía.*

JABON DE REUTER DE LUJO. *Elaborado con los más finos ingredientes.*

JABON DE REUTER A LA LAVANDA. *Con el cautivante aroma de la flor de Alhucemas.*

LANMAN Y KEMP - BARCLAY & CO. - CORDOBA 3600 - BS. AIRES - N. YORK

En el 150° Aniversario de su fundación

Fernández • Balzo

EL AMOR ES ASI

(De la página 9)

nada para tomarlo de manera trágica; sin embargo fué suficiente para su rechazo. Por el momento debía reposar, medicarse. Cuando se hubiese repuesto del todo, acaso lo aceptarían.

Sólo esa esperanza le hizo soportable la inacción. Con estoicismo resistió los días inacabables de reposo. Así vió las ramas de los árboles desnudas en invierno y cubiertas de verdor en el estío. Cuando esas hojas volvieron a caer pudo distinguir otra vez el techado de la casa de los Perry. Trataba de no recordar a Diana y no pensaba en otra cosa. Se acostumbró tanto a sufrir que se le antojaba a veces que si de golpe hubiera podido recuperarla y conocer la felicidad su corazón no lo habría resistido.

LLEGO el año mil novecientos cuarenta y tres. Por el pueblo cundió la noticia de que Bob Hill, el prometido de Diana, regresaría por fin en uso de licencia para casarse.

Jorge ya estaba repuesto, pero igualmente las autoridades militares rechazaron su pedido de incorporación. Convencido de que nunca sería admitido bajo banderas, debió resignarse.

—Tu padre y yo pensamos que ahora podrías terminar tus estudios —le dijo un día su madre—. Con los cursos acelerados te graduarías en dos años.

—No —respondió—. Prefiero seguir en el diario con papá.

El periodismo lo había conquistado definitivamente.

Poco después llegaba la noticia de que el teniente Hill se había perdido en acción de guerra. Haciéndose violencia fué a visitar a Diana. Era la primera visita desde el último encuentro en el aeropuerto.

—Hola, Jorge —saludóle ella, evidentemente sorprendida y emocionada. Estaba, si cabía, más hermosa—. Eres muy bueno, muy noble al venir a visitarme...

—No, Diana. Nadie merece menos esos calificativos. Te guardé rencor mucho tiempo; debía haber venido antes...

—Quise verte cuando estuviste enfermo, pero tu madre me disuadió. Dijo que mi presencia te haría sufrir.

—Olvidemos eso ahora; vine para decirte que no debes desesperar, Diana. Sabes que "perdido en acción de guerra" no significa necesariamente lo peor.

—Lo sé, Jorge; más aún, tengo el presentimiento de que Bob se ha salvado y volverá. Pero no puedo menos de sentirme triste. Desde que nos comprometimos no hemos vuelto a vernos.

—En este mundo hay que tener paciencia —contestó él, y lanzó un suspiro.

De Bob Hill no hubo más noticias. Ni se confirmó su muerte ni se lo encontró. Diana, que al principio sufrió mucho, luego pareció resignarse, y llegó el día en que empezó a salir otra vez con Jorge. Hacían largas caminatas o conversaban sentados en el porche de la casa de ella.

Las respectivas familias no veían esto con buenos ojos. Al fin, decían, Diana había dado su promesa a otro hombre y era posible que éste viviese. Pero ellos no hacían caso. Hallaban consuelo y satisfacción en la mutua compañía; habían vuelto a ser los buenos camaradas de la adolescencia, cuando no los atormentaban los problemas del amor.

Una noche en que Jorge se encontraba en el diario sonó el teléfono.

—Jorge, por favor, ¿puedes venir? Mis padres salieron y he recibido una noticia... ¡Necesito ver a alguien, hablar con alguien!

—Quédate tranquila; salgo para allá.

Tal como lo supusiera al anunciarle Diana que había recibido una noticia, ésta se relacionaba con Bob Hill. En efecto, la familia del joven había telegrafiado para comunicarle que estaba sano y salvo y que pronto iría a verla.

Diana estaba aturdida. Lo recibió en la puerta y con lágrimas en los ojos le tendió el telegrama.

—Lee tú y dime si es verdad. No puedo convencerme. Siempre pensé que no había muerto... ¡Gracias, Dios mío!

Fué en ese momento para ella su amigo, su hermano. La llevó adentro, la hizo sentar, le preparó café caliente y se quedó hasta el regreso de sus padres.

Diana no quiso esperar y partió para Ohio con el objeto de aguardar el avión militar en que regresaba su prometido. Por su parte, Jorge decidió invitar a un baile a Marge Brewer, una de las más lindas muchachas del pueblo. Tenía que distraerse.

ESE sábado tuvo que ir al aeropuerto para hacer un reportaje. Como en otra ocasión no pudo cumplir su cometido porque se lo impidió la inesperada aparición de Diana.

Pero esta vez ella no venía acompañada. Al verlo corrió hacia él, le echó los brazos al cuello y con lágrimas en los ojos susurró:

—Dios escuchó mi súplica, Jorge! Recé durante el viaje para que al llegar fueses la primera persona que vieran mis ojos...

—Pero, Diana, no te entiendo —balbuceó el—. ¿Y el teniente Hill?

—Está en Ohio con su familia. Rompimos el compromiso, ¿sabes? Lo hicimos de común acuerdo, convencidos los dos de que lo nuestro no había sido amor sino un entusiasmo juvenil y transitorio. Bastó la separación para que en nuestros corazones no quedara más que un afecto amistoso, y fué suficiente que volviéramos a vernos para comprenderlo.

—¿Estás segura, Diana? —preguntó él con ansiedad mientras subían al auto—. ¿Estás bien segura?

—¡Oh, sí, sí! Segura como no lo estuve nunca de nada en mi vida entera. Y ahora, Jorge, por favor, llévame allá, a la montaña, a nuestra roca. Necesito asegurarme de otra cosa...

Llegaron en el preciso momento en que el sol se ocultaba. Sentáronse sobre la roca de los recuerdos, emocionados, pensando en todo lo acaecido en esos diez años desde que llegaran por primera vez a ese lugar, alegres, despreocupados, felices.

Por último Diana murmuró con tierno acento:

—Querido, tú eres el verdadero elegido de mi corazón. Siempre lo fuiste. Pero la juventud es a veces alocada y tonta. Cuando conocí a Bob lo encontré tan gallardo con su uniforme de aviador que creí enamorarme, sin comprender que el amor es algo muy distinto. No me animé nunca a mirar en el fondo de mi corazón por temor a descubrir la verdad; no quería motivar la desdicha de Bob como acarrearía la tuya. Pero bastó que mi boda con él se convirtiese en cosa inminente para reaccionar; estando a su lado sólo podía acordarme de ti y de esta roca. Le confesé la verdad, y a su vez él admitió que no había sido verdadero amor lo que sintiera por mí... ¿Podrás nunca perdonarme el mal que te causé, Jorge? Fuí una tonta...

—¡Diana, Diana! —No pudo decir otra cosa. Pero a ella le bastó, porque ahora sabía comprender las cosas que él no decía y que no obstante se reflejaban en sus ojos, en el temblor de sus labios, de sus manos. ¶



Usted, como yo, querrá ver siempre sus visillos impecables, con esa caída "souple" que hace la paquetería de la tela nueva. Entonces, como yo y como millones de amas de casa en todo el mundo, recurra a Almidón Colman. *Una simple agüita* de Almidón Colman hace prodigios en la conservación de visillos, cortinados, stores, etc., dejándolos cada vez como recién estrenados. Y para el lucimiento y protección de la ropa blanca, mantelerías, guardapolvos, camisas, etc., ¡nada sustituye *un buen almidonado* con Almidón Colman!

ALMIDON COLMAN

- No forma grumos ni aureolas
- No se pega a la plancha
- Rinde muchísimo más
- Es mucho más económico

Si almidona con agua caliente.
Haga una pastita con Almidón Colman y un poco de agua fría. Agregue agua caliente hasta que quede como una gelatina liviana.



Si almidona con agua fría.
Vierta el agua fría directamente sobre la cantidad de Almidón Colman que vaya a utilizar. El líquido debe quedar totalmente blanco.

La plancha "vuela" con **ALMIDON COLMAN**



vitAminice

su cutis
seco
de día
y de noche

Dé a su cutis el toque de suavidad y encantadora frescura que le brinda la ***Vitamina A***. Use ***Crema HINDS Rosada, especial para Cutis Seco*** que nutre de noche y suaviza de día, rejuveneciendo constantemente los tejidos ... y ***siéntase protegida las 24 horas del día***.
Es ideal también para sus manos ásperas.



Crema
Hinds
rosada
con VITAMINA A

—La Vitamina de la Belleza—

AMAR SIN ESPERANZA

(*De la página 25*)

la sangre, ajeno el origen. Y él pareció encogerse, deponiendo mucho de su actitud gallarda e insolente.

—Shirley, mi lucecita, ¿a dónde fuiste?

—¡A Pinewoods!

—¿A esa... cueva?

La chica respondió amargamente:

—Así se llama a la casa de los prestamistas, ¿verdad?

El hermoso Tom arrugó el ceño.

—¿Prestamistas?

—¿No lo ha sido el señor Parry para usted?

—Ignoro por completo lo que quieres significar.

—Padre, basta ya de disimulos. Sí; estuve en Pinewoods; me impuse por usted esa penitencia. Y regreso fortalecida. Conseguí que el prestamista no le cobre intereses. Los únicos que existen en esa deuda los he pagado yo con la vergüenza y el deshonor.

Collier adoptó una actitud vencida, llevándose las manos al rostro.

—Su niña de oro, como me llama, su luz, su princesa descendiente de reyes, nunca hubiera sido capaz de extorsionar a nadie.

—Explícate... si no quieres matarme.

—¿Matarse? Escúcheme. Yo le enviaba dinero todas las semanas para que viviese con dignidad. Y usted vendió mis muebles, enajenó las cosas de valor adquiridas penosamente con mi trabajo. Y luego llevaba la comedia de la dignidad hasta el extremo de decirme que abominaba de que yo sirviese de institutriz en Pinewoods. Pero ese orgullo no le ha impedido robar seiscientas libras al señor Parry. Y todavía se atreve a pedirle más dinero y mancha mi nombre atribuyéndome la vileza de mentir y extorsionar. —Se detuvo, dominada por una especie de náusea—. Mis fuerzas han llegado a un límite justo y ya ni siquiera puedo llamarle padre. Ojalá me hubiese muerto el mismo día en que cerró los ojos la pobre criatura que sin duda lo conoció tal como yo lo conozco ahora. Ha hundido toda mi fuerza, toda mi esperanza, toda la alegría de mi lucha... Solamente me queda algo: el propósito de restituir.

—¿Restituir?

—Hasta el último centavo y aunque nos cueste el hambre y la sed.

Resuelta, casi fiera, se plantó delante del padre.

—¡Déme ahora mismo todo lo que tenga! Por vez primera no me importa el origen. De cualquier modo gastará usted ese dinero en la ignominia del juego. ¿Ha oído? Si pretende que viva aún bajo su mismo techo entrégueme lo que tenga. De lo contrario, me iré en este mismo instante, y puede ya considerarme muerta.

POR primera vez en toda su vida el hombre sintió la garra de un carácter más fuerte que el suyo, palpitante, vivo. Aquel rostro duro, pálido, no era el de su hija, pero guardaba un parecido extraño con el de otra mujer muchos años atrás desesperada, y luego muerta en la flor de la juventud. También aquélla se había erguido una noche delante de él con los puños y el rostro crispados, con expresión de asco, de repudio y de vergüenza, gritándole su desilusión y maldiciéndolo.

Collier metió la mano en sus bolsillos. El gesto era maquinal, tembloroso. Después de abandonar sobre la mesa una cartera con billetes y un puñado de monedas de plata y de cobre, salió de la habitación sin pronunciar una sola palabra.

Shirley pudo observar que el llanto fluía de los ojos del padre, iluminándolos con un brillo raro. Sin conmoverse, ella se preguntó: "¿Cómo saber si esas lágrimas brotan de un dolor anímico o son una lamentación del egoísmo"?

Callada y más serena reunió el dinero, que ascendía a treinta y siete libras. Al día siguiente añadió diez de sus ahorros y los giró al señor Parry con una hoja de papel donde escribió: "Restan 518 libras". Abajo firmó.

LESLIE en sus visitas volvió a lamentar la ausencia de alegría en su novia, la reserva de sus efusiones. Alarmado por el desfallecimiento advertido en ella, le habló de su intensa palidez, de la perdida calma de sus ojos.

—Insisto en que trabajas mucho. Y debes descansar.

—No puedo, Leslie.

—Parece que te propusieras algo así como aniquilarte, olvidar...

Y la duda lo descubrió receloso y sombrío.

—¿Es que no me quieres? ¡Y ahora que todo me hace esperar un feliz epílogo para nuestras esperanzas! Mi padre quiere incorporarme como socio a la firma, pues está satisfecho de mi trabajo. Y hay algo más, que resultará halagador para ti: mi madre y él saben que te debo este modo noble de encarar la vida. Me han dicho que desean conocerte y sospechan, alegres, que nos casaremos.

Aquellas palabras significaron un misterioso alivio para la muchacha, porque le devolvían la confianza en sí misma, el ajeno reconocimiento de la propia dignidad.

—Eres muy bueno, Leslie. Muy bueno. Te quiero con todo mi corazón. A veces pienso qué sería de mí si no te hubiese conocido.

El le representaba una ayuda consoladora, una proximidad que le iba serenando el corazón, que la impulsaba a recobrar su aplomo, a urdir otra vez la red de sus esperanzas.

—¿Hay algo que me ocultas, Shirley?

—Nada.

Se había propuesto callar la deuda y la restitución, imponiéndose muchos sacrificios que empezaban por la vigilancia estricta cerca del padre y por el límite impuesto a sus propias necesidades: el lujo de un vestido nuevo, de una flor, de un paseo.

Y para silenciar las preguntas amorosas de su novio levantaba las manos hasta los labios de él, siempre sedientos de aquel contacto.

Transcurría claro y dulce el idilio, sin impaciencias por parte de Shirley, con arrobos y adoración constantes del muchacho, cuya actitud reverente y sumisa conquistaba despacio el alma esquiva de la novia. Era frecuente que él viniese por las noches, cuando la visitaba, y guardara silencio, mirándola, como si de aquella contemplación se nutriesen las fuentes de su cariño. Shirley andaba de aquí para allá en sus quehaceres, sintiéndose acompañada por el mirar fijo y ardiente de Leslie. Pero una vez llegó él con semblante nublado, extraño, casi enemigo, y ella desconoció al hombre desde el saludo amargo.

—¿Qué tienes, Leslie? ¿Algo anda mal en tu trabajo?

La respuesta la conmovió hasta lo indecible.

—Encontré a Anderson Kent. Hemos bebido juntos un wisky o dos.

Shirley buscó disipar aquella tensión con una broma.

—Puede que fueran tres, ¿verdad? Porque nunca te he visto así.

Entonces él soltó sus palabras, ceñudo, amenazador.

—Kent me ha descubierto tu secreto.

Tembló ella bajo el aviso íntimo de una temible conjetura.

—Yo no tengo secretos.

—Sí; bien sabes a cuál me refiero.

—No, no lo sé, Leslie, si tú no me lo dices.

SENTANDOSE muy próxima a él le tomó las manos, abrigándolas con las suyas. Entonces advirtió la desesperación en los ojos del muchacho.

—Shirley, yo soñé que eras transparente para mí...

—Lo soy, querido.

Pero él negó con violencia.

—No lo eres. Anderson me dijo... me dijo que estás perdidamente enamorada de David Quayne, que vives sujeta a su recuerdo como a una servidumbre, que lo quieres como una esclava desde ayer, desde siempre; que todos podían haberlo visto si no hubieran estado ciegos cuando trabajabas con él en Pinewoods. Me contó también que él te arrancó esa confesión. Sí, Anderson Kent. Juzga que tu cariño es una enfermedad, que un día lo amenazaste con arrojarte debajo de su automóvil si hacía algo que perjudicase a David y que hasta le dijiste que estabas dispuesta a morir por él...

Las últimas palabras se ahogaron en un profundo sollozo. Y Shirley, sin hablar, dramáticamente callada, se inclinó sobre Leslie para acariciarlo, atraída por el influjo de aquella devoción, y sintiendo como una especie de seductor espejismo que la dominaba sin reservas olvidóse de su propia duda, imprecisa ahora y nublada, tensa en su pensamiento como un dolor tenebroso y desleal...

(Continuará en el próximo número)



¡Gracias, Dios mío!

por MARIA DEL CARMEN TOLEDO

TODA mi vida, aunque viviera mil años, recordaré el horror de aquel minuto. Llevo grabados al rojo en mi memoria sus mínimos detalles, sin olvidar ninguno: la mirada azul, incisiva, detrás del grueso cristal de los anteojos del doctor Macé; el olor penetrante de los antisépticos; el calor húmedo, oprimente; el zumbido incesante de aquel moscardón prisionero en esa salita del hospital...

—He recibido el resultado del análisis de sangre —dijo el médico con reticencia—. No puedo ocultarle, señora, que esto es grave, muy grave. Su marido está peligrosamente atacado, y ya que usted exige la verdad...

Con el corazón palpitante esperé el veredicto del célebre especialista a quien nos enviara nuestro médico en consulta. Hacía algunos meses que Francis había comenzado a adelgazar, a empalidecer, a sentir desgano por todo, hasta por su trabajo. Yo adivinaba lo que me diría el médico: "Anemia aguda... Mucho reposo, cuidados constantes"...

—No hay la menor duda, desgraciadamente. Es leucemia —agregó la voz despiadada de mi interlocutor.

Mi corazón dejó de latir; se me aflojaron las piernas... "¿Francis con leucemia?... ¡No, no es posible!", pensé con espanto. Sentí la escalofriante sensación de caer a un abismo, como si me precipitara de lo alto en vertiginoso ascensor sin freno. Mi mente era un torbellino donde giraban en confusión trozos de conversaciones vagamente escuchadas, párrafos de artículos leídos hacía tiempo y olvidados luego... Recordé de pronto el llamado angustioso que lanzara un hombre desde un diario: "Mi hijo está condenado. Apelo al mundo entero para salvarlo... Si alguien conoce un remedio...". ¿Llegó a curarse aquel niño? Nunca lo supe.

Comprobaba ahora con zozobra que todas esas horribles cosas que hasta entonces sólo habían alcanzado a los demás, sin rozarme, esta vez me sucedían a mí: se trataba de Francis, ¡de mi marido!

—¿Leucemia? —grité enloquecida al médico—. ¿Hay alguna esperanza de salvarle? ¡Contésteme..., contésteme, por favor...! Hace un año que nos casamos. ¡No quiero perderlo...!

—Lo sé, hija mía, lo sé —replicó con voz calma.

Estallé en sollozos. No, él no sabía nada. ¿Cómo podía saber este desconocido lo que Francis representaba para mí? Más que un novio o un marido era mi universo...

—Es imposible, injusto que Francis esté condenado —continué fuera de mí—. ¡El no..., él no...! Si usted lo conociera mejor, doctor... ¡Ama tanto la existencia...!

AQUEL día, al entrar en el comedor de la universidad, atrajo mi atención un muchacho que discutía animado en el grupo de mis compañeros habituales. Su vehemencia —que sugería una poderosa vitalidad, una fuerza interior incontenible manifestada en sus nerviosos ademanes y en la pasión puesta en sus palabras— me impresionó vivamente y sentí el deseo de conocerlo. ¡Era tan diferente de todos!

No reparó en mí cuando me senté a su lado. Yo era una pequeña estudiante sin atractivos, vestida con sencillez y, sobre todo, tímida. No obstante, ese día para atraer la atención de mi encantador vecino de mesa dejé caer un vaso, lo que dió motivo a nuestra primera charla. Pronto descubrimos que ambos éramos pobres y huérfanos y que nos costeábamos los estudios dando lecciones particulares, y esta similitud nos acercó. Cuando le dije que yo estudiaba simultáneamente Derecho y Contabilidad no pudo contenerse, y exclamó:

—Es admirable, pero le confieso que yo sería incapaz de hacerlo. Alinear cifras... Brrr..., eso no es para mí. Pronto seré ingeniero y mi ambición es hacer algo grande. Quiero llegar arriba, a la cumbre. Hay que apuntar alto en la vida, no conformarse con una sórdida mediocridad.

Yo, que ambicionaba conseguir un empleo regular, bien retribuído, le respondí que no consideraba mezquinas mis aspiraciones, y esto dió origen a una larga discusión... Sin embargo, a los pocos meses éramos marido y mujer.

—¡Mi pobre mujercita —solía decirme Francis riendo—. No has hecho un buen negocio casándote conmigo. Tú, tan razonable y sensata, y yo, atormentado por mis sueños, por mis confusas ambiciones... Eres como un refugio tibio y apacible que ya no se abandona cuando se lo descubre. Por eso, lo que en un comienzo fué camaradería se transformó en amistad, para terminar luego en amor...

Callaba oyéndole. Nunca me atreví a decirle que esa transformación no se operó en mí por la sencilla razón de que lo amé desde el día en que lo conocí, y que cada hora, cada minuto que pasaba a su lado me hacía inmensamente feliz.

Yo había encontrado un empleo fijo y Francis, terminada su carrera, ingresó en una importante compañía de construcciones. Nuestros sueños comenzaban a realizarse y a menudo hacíamos proyectos para ese porvenir que acababa de derrumbarse delante de nosotros. Ya no teníamos futuro.

COMO en una pesadilla me vi de pronto en una sala de hospital, flotando en una atmósfera de irrealidad que el calor sofocante hacía aún más abrumadora. Poco a poco reconocí al doctor Macé en esa figura borrosa, que me decía:

—Domínese, señora. Comprendo que ha sufrido una terrible impresión, pero ahora es necesario afrontar con calma la realidad...

Tomada de las manos del médico escuchaba sus palabras, estremecida de terror, tratando de descubrir en ellas un atisbo de esperanza:

—...en la actualidad la ciencia avanza a pasos de gigante —continuó—, y si bien es cierto que aún no hemos encontrado un remedio para la leucemia, quién sabe si en este momento, en algún lejano laboratorio, no existe un sabio a punto de descubrirlo. En espera de ese remedio vamos a luchar con el arsenal de que disponemos para prolongar la vida de su marido... Fósforo radiactivo..., inyecciones endovenosas...

Percibía aturdida estas palabras cuyo sentido se me escapaba en parte, pero que muy pronto iban a ser tan terriblemente familiares para mí.

Recuperé la serenidad, cuando el médico prosiguió con voz grave y emocionada:

—Y ahora, señora, présteme atención. Dentro de un momento su marido estará aquí. Una enfermera lo ha retenido con el pretexto de un formulario que debe llenar. Le hemos ocultado la verdad, pues forma parte del tratamiento el cuidado de sus nervios. Desde ahora comienza la lucha, y es usted, señora, la que debe iniciarla. De su calma y valor depende en gran parte su vida. No piense en el pasado ni en el futuro. Imagine sólo el rostro que debe mostrar dentro de un instante.

En forma automática abrí mi cartera buscando el espejo, y me contemplé. ¡No, Francis no debía ver ese semblante desencajado, de ojos extraviados donde brillaba la locura! Con manos que temblaban saqué la polvera, el lápiz de los labios...

—¡Coraje! —exclamó a mi lado la voz del facultativo—. Cuidado... Viene...

Ese minuto fué el más terrible. Francis apareció en la puerta, y por la primera vez lo miré con ojos de despedida, pensando que quizá pronto me sería arrebatado. Jamás lo amé tan hondamente, con tanta pasión desesperada como en esos segundos. Sentí como nunca la dolorosa necesidad de correr hacia él, de refugiarme en sus brazos. Y, sin embargo, en la hora más grave de nuestra existencia tenía que mentirle. En adelante no podríamos ya compartir nuestras penas y alegrías. Desde ese momento comenzaba nuestra separación.

Mi incertidumbre duró lo que un relámpago. En seguida advertí su mirada de ansiedad, la crispación de sus facciones, y comprendí que lo dominaba una mortal inquietud. Como por milagro acudieron a mis labios las palabras precisas:

—El doctor me estaba hablando de tu enfermedad —le dije con tono tranquilo—. Una anemia que debiste cuidar y que ahora te obligará a seguir un riguroso tratamiento. Dentro de unos meses estarás bien. —Y agregué con fingida indiferencia—: Menos mal que las consultas no nos llevaron mucho tiempo; así podremos ver la película desde el comienzo.

—¿Qué película? —balbuceó sorprendido.

—Pero, querido, ¿olvidaste que hoy es sábado? ¡Con el deseo que tengo de ver actuar a Gérard Philipe!

En rápida sucesión vi reflejados en el expresivo semblante de mi marido los sentimientos que le embargaban: el estupor, la sorpresa, el alivio, un inmenso alivio... Luego, una sonrisa divertida, indulgente, apareció en sus labios.



Hilos Perlé y Mouliné ELEFANTE

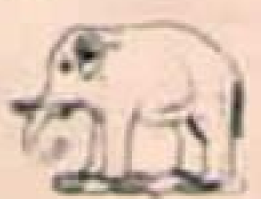


Perlé Elefante en ovillos, por sus preciosos y firmes colores – de brillo intenso y durable – y por la extensa gama de tonos matizados, es ideal para bordar a mano.

Mouliné Elefante en madejas, por su mercerización y suavidad asegura el lucimiento de sus bordados a mano. Tiene un surtido atractivo de colores. ¡Todos inalterables!

Labores siempre como nuevas con

Hilos Perlé y Mouliné ELEFANTE



Fuertes... Firmes... Brillantes...



—Te confieso que lo había olvidado —contestó exhalando un leve suspiro, aligerado ya de la sospecha que, sin duda, le torturaba.

Leí su pensamiento: "Luego, el médico no ha diagnosticado nada grave".

—Tranquilízate, querida —agregó con aire condescendiente—. Iremos a ver esa película que tanto te interesa...

GERARD Philipe me concedió una tregua de dos horas y cuarenta y cinco minutos. Durante ese tiempo permanecí rígida, con las mandíbulas apretadas, intentando mantenerme a flote en ese océano de horror en que acababa de naufragar.

Como lo hacía siempre, Francis me tomó de la mano en la oscuridad y tuve que contenerme para no gritar a su contacto. Angustiada, me preguntaba: "¿Hasta cuándo estará conmigo, tibia y viviente?".

Mi razón se extraviaba. Era necesario no pensar en nada...

—¿Tanto te impresiona esta película que me aprietas así? —susurró a mi oído— Toma, cómete un bombón.

Acepté. Eso me concedía un segundo de descanso, un pretexto para un ahogado sollozo.

—¿Qué tienes, Isa? ¿Estás llorando?

—No querido, no es nada. Por culpa de este bombón me mordí la lengua...

De esta manera dispuse del tiempo necesario para ensayar mi papel, para encontrar el tono de nuestros futuros diálogos, con sus mentiras y ambigüedades. Aprendí en ese lapso el arte de eludir una respuesta y de cambiar de conversación. Descubrí con espanto qué fácilmente podemos mentir a quien amamos...

El no sospechó nada. Sin embargo, a la salida, viendo mi semblante desencajado, me dijo con una sonrisa:

—¡Qué pálida estás! ¿Sabes que comienzo a tener celos de Gérard Philipe?

Encontré fuerzas para sonreír yo también:

—Tú me interesas más que todos los actores del mundo... —y agregué con tono ligero—. Pero... tú tampoco tienes buena cara. Tendrás que pedir licencia por razones de salud. Debes comenzar en seguida tu tratamiento.

Francis aceptó mi sugestión y dejó su trabajo a los pocos días. Aunque simuló hacerlo para ceder a mis exigencias, creo que en realidad había llegado al límite de sus fuerzas, que estaba totalmente agotado.

Es raro, pero apenas recuerdo esas semanas que transcurrieron en un espantoso torbellino de consultas y visitas al hospital, en una frenética lucha contra el tiempo. Debía estar en todo: cuidar a Francis, distraerlo y ganar dinero, mucho dinero. No era el momento de regatear el precio de una radiografía o de una serie de inyecciones, ni de pensar en la suma que nos reembolsaría el seguro social. Comencé a llevar trabajo para hacer de noche en casa a fin de ganar unos francos más, y despedí a la sirvienta porque me pidió un aumento.

Para apartar a Francis de los pensamiento que lo asaltaban en sus largas horas de soledad y de ocio, le dije un día:

—Ahora que dispones de tiempo ¿por qué no reinicias esa monografía sobre la resistencia del acero que tanto te interesaba? Te conseguiré los datos que te hagan falta.

Con mucho entusiasmo se dedicó de nuevo al estudio. Yo le procuraba los libros necesarios y le pasaba a máquina sus anotaciones. Y por la noche, al entrar en la cocina, me encontraba con pilas de platos para lavar y montones de ropa sucia... Sin embargo, no me consideraba desdichada. Vivía en esa tensión continua, en una febril espera que no me dejaba tiempo para reflexionar. Un desayuno tomado con apetito, un leve aumento de peso eran minúsculos rayos de esperanza que me infundían fuerzas para seguir luchando.

Pero Francis se tornaba cada día más taciturno. Quizá el prolongado reposo comenzaba a minar su resistencia, a exacerbar su espíritu inquieto, y una o dos veces me hizo una escena violenta, hasta que una tarde, rechazando colérico los medicamentos, gritó:

—¡Basta de remedios! No soy un adolescente al que hay que fortalecer mientras se desarrolla. Todas las mujeres son iguales... Les encanta tratar a los hombres como a chicos... Iré a ver al doctor Macé y ya verás cómo me autoriza a volver a la oficina.

Al día siguiente no me permitió acompañarlo al hospital. Regresó sombrío y no habló más de volver a su trabajo. Creo que esa mañana comenzó a adivinar la verdad.

AQUELLA noche volví muy tarde de mi oficina, retenida por una tarea urgente. El departamento me pareció extrañamente silencioso y vacío. Francis no estaba en el comedor ni en el dormitorio... Lo descubrí en la cocina. De pie, impresionante en su inmovilidad, estrujaba entre sus dedos crispados un prospecto médico...

Comprendí lo que había sucedido. Con espanto pensé: "Ha encontrado el folleto que acompaña a sus inyecciones". Sin embargo, yo lo había ocultado siempre en el fondo del recipiente de la basura.

Pero ya él se precipitaba a mi encuentro:

—He registrado todo buscando esto —gritó fuera de sí—. ¡Tenía que saber la verdad! ¿Por qué me la ocultaste, Isa, por qué? Ahora sé qué tengo...

Traté de interrumpirle, pero él prosiguió alzando aún más la voz:

—¡No mientas más! Es inútil ya. Hace muchas semanas que comencé a sospechar... A escondidas he leído todo: tratados de medicina, diccionarios, revistas especializadas... ¡todo! Esta era la prueba que me faltaba. ¡Tengo leucemia!

Comprendí que ya no podía seguir fingiendo. Y sin embargo, a pesar de mi angustia, de mi dolor, experimenté una extraña sensación de alivio. ¡Nada se interponía ahora entre nosotros! Podría, al fin, estrecharlo en un abrazo desesperado, apretarlo enloquecida contra mi pecho, gritar alto las fervientes plegarias que había sepultado en lo hondo de mi ser...

—No tengas miedo, querido —le dije con suavidad—. Te curaremos. Hoy la ciencia, los médicos...

—Sí, me curarán como al chico aquél... —me interrumpió con furia.

La amargura, el tono salvaje de su voz me hicieron retroceder temblando.

—Sí, como el padre de aquel muchacho, ¿lanzarán un patético llamado al mundo entero?... ¿Recuerdas? Escribió a todas partes..., removió cielo y tierra... ¡y el chico murió seis meses después!

—Pero..., desde entonces han aparecido nuevos remedios... —le mentí.

—¿Cuáles? ¿Tú también quieres escribir a los diarios? ¿Pretendes que empecemos un peregrinaje de hospital en hospital, consultando a oportunistas y charlatanes, como tantos otros desdichados? ¡Ah, no! ¡Prefiero morir! Hace tiempo que pienso en eso... —Bruscamente, la voz se le quebró en un sollozo—. Lo más terrible, Isa, han sido las semanas de duda, de incertidumbre que acabo de pasar. No podría...

Avancé hacia mi marido y asiéndolo de los hombros le dije con voz firme:

—Tienes razón, querido. Ha sido abominable el engaño. Estábamos separados, no osábamos mirarnos a la cara. Pero ahora todo eso terminó. Nos hemos vuelto a encontrar y estamos más unidos que nunca. Yo también he reflexionado y...

Le confesé un proyecto maravilloso, loco, que había acariciado durante muchas noches de insomnio. Quemaríamos nuestras naves..., romperíamos todas las ataduras..., huiríamos juntos. Mi abuela me había legado una modesta casita, rodeada de una hectárea de terreno, cerca de París. Un agente de propiedades me había ofrecido por la tierra una pequeña fortuna.

—La venderemos —continué entusiasmada— y nos guardaremos la casa para nosotros. Dejaré el trabajo y dedicaré todas las horas y minutos a cuidarte, a...

—¿Quieres decir que lo pasaremos entre cuatro paredes, rodeados de frascos y jeringas? —respondió fuera de sí—. ¡Estás loca..., loca..., loca!...

Trastabillé, empujada violentamente por su brazo. No alcanzaba a comprender su reacción...

—No tengo miedo de morir. Ya acepté la idea. Unos meses más y la farsa termina. Lo terrible, entiéndeme, es pensar que me marcharé sin haber vivido... ¡Dios mío!... Yo que esperaba tanto de la vida... ¡Irme sin haberla saboreado, sin conocer sus placeres!...

Lo miraba con ojos desorbitados, pero él no reparaba en mí, presa de una especie de frenesí:

—¡Tantas cosas ambicionadas y que ya jamás poseeré! El éxito..., viajes..., el mundo a mis plantas...

Yo temblaba con violencia; quería pensar que mi marido había perdido el juicio, que no estaba en sus cabales, pero íntimamente sabía que expresaba la verdad. Su desesperación hacía que me revelara sus más secretas esperanzas, sus sueños más acariciados.

—¿Qué me ha dado hasta ahora la vida? —gritaba enloquecido—. Días y noches de trabajo e insomnio..., humillaciones... Una existencia incolora, con su mezquino pan cotidiano...

Las lágrimas corrían por mi rostro angustiado. ¡Era yo el mezquino pan cotidiano, la modesta compañera de esa existencia incolora!

COMPRENDÍ en ese instante que nunca me amó. Yo no había logrado realizar sus sueños, colmar sus ambiciones. La costumbre, una tierna amistad lo habían aprisionado insensiblemente con lazos que no tuvo el valor de romper. Y se había casado conmigo porque era un muchacho bondadoso, sensible, que experimentaba una gran ternura por mí, nada más. Creo que si no hubiera sido tan grave su enfermedad yo habría ignorado siempre la verdad de sus sentimientos.

Pero estaba condenado a morir a corto plazo, a morir insatisfecho, en plena juventud. Por eso gritaba su angustia.

—Perdóname, Isa. Soy un miserable. Tú has sido siempre tan dulce, tan maravillosa. Debí callar..., pero, ya ves..., estoy perdido sin remedio...

Al decir esto se arrodilló a mis pies y vi pintadas en ese rostro altivo que yo tanto ha-

(A la página 66)





De hebra resistente, brillo durable y en una extensa gama de colores Hilo Elefante es insustituible para bordar a máquina.

Viene en carreteles de 500 metros y también en conos de 3.000 metros, que resultan más económicos.

PIDA

Hilo para bordar a máquina

ELEFANTE

Fuerte... Firme... Brillante...



Hecho con leche NESTLÉ...
por eso es tan buen chocolate

¿Qué es la pintura?

El MILAGRO ELEVADOR

por ENRIQUE AZCOAGA



"Flores" de Paul Cézanne

CUANDO se entiende que ponerse a pintar significa, antes que nada, esforzarse por perpetuar en un lienzo la eterna palpitación de lo absoluto, algo pierde importancia de repente en la conciencia del aficionado: los motivos de que se vale el artista para llevar a cabo su tarea. Lo primero que hay que quitarse de la cabeza cuando se quieren estimar los verdaderos valores de la obra de arte, es el "argumento" de los cuadros y esa idea de que un lienzo es superior a otro por lo que representa de manera más o menos fiel. "Los mamelucos" de Goya, partiendo de un suceso histórico; "La ronda de noche" de Rembrandt, o una "Nature morte" de Cézanne, pongamos por caso, no están en los museos para que nosotros admiremos la capacidad de reproducción de tres pintores, sino para que nos sirvamos de lo que ellos eternizaron en sus respectivas creaciones. La pintura —como la escultura o el grabado— no se realiza por un artista para decorar palacios o habitaciones burguesas, sino para que los hombres, necesitados, como los espíritus superiores (aunque en otra medida), de una categoría dignificadora, entendamos nuestra vida con mayor dimensión.

Lo que suele llamarse realidad aparente no es sino la piel poco importante de las cosas. El artista, que una vez dominado el oficio se sitúa ante un paisaje o ante un cuerpo humano dispuesto a cultivar el importante ejercicio de la pintura, debe entender la naturaleza como un ejemplo en vez de como un mo-

(A la página 84)

LOCION **Mirage**

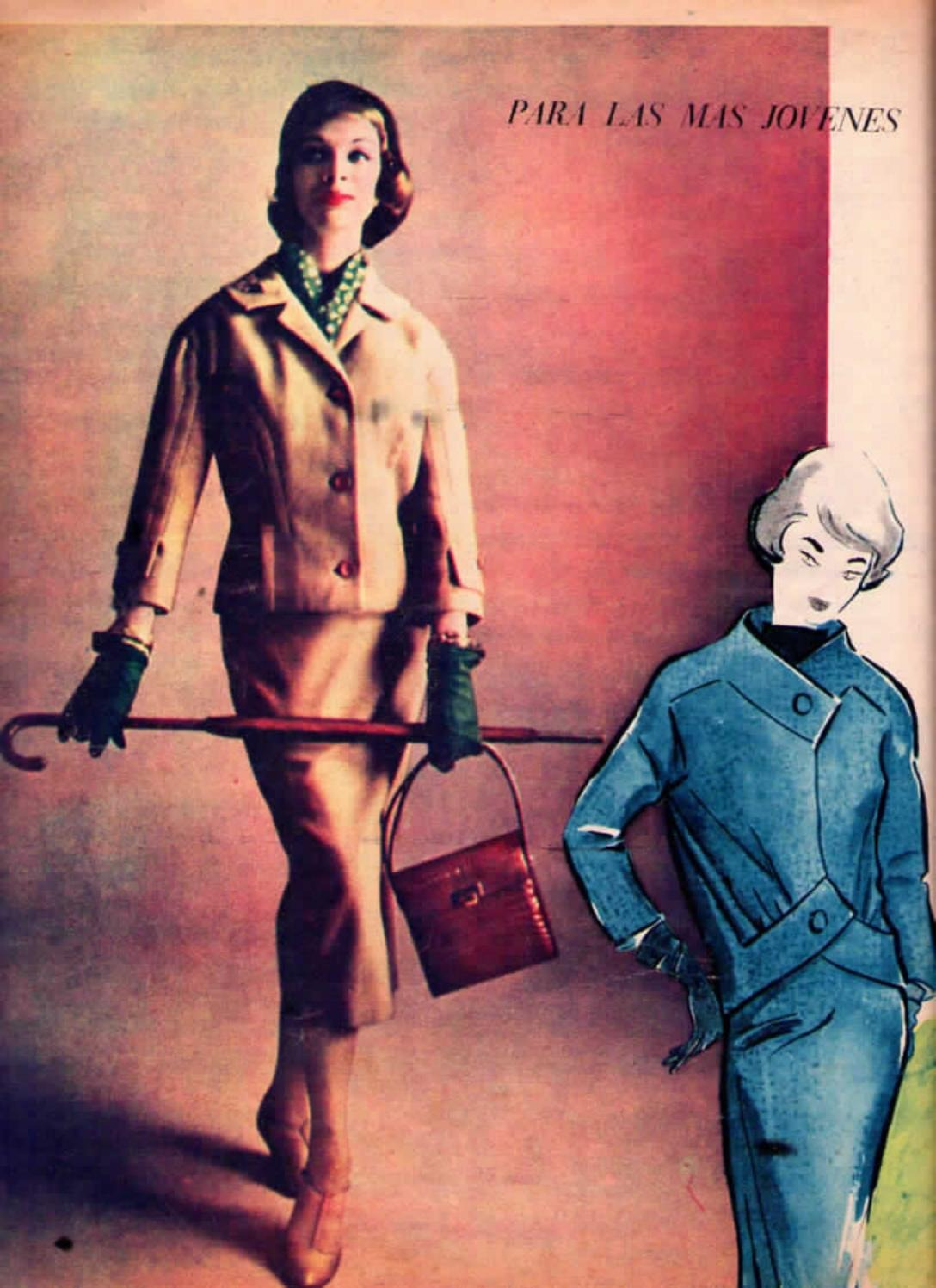
ATKINSONS





CREACIONES DE LA MODA

Tailleur de tweed verde chiné. *La chaqueta, que aparenta doblada en el bajo, se afirma a un costado con dos nudos de la misma tela. Se acompaña con una blusa de muselina de seda de color de naranja. La firma Christian Dior.*


PARA LAS MAS JOVENES



Dentro de las nuevas líneas más en boga se hallan aquellas que por su simplicidad se adaptan a las mujeres de tipo juvenil. En estos tailleurs se destaca una discreta souplesse, lograda en algunos casos por medio de pinzas, trabas o cinturones que retienen el vuelo en las caderas, marcando el talle alargado. En la foto de la izquierda, modelo que corresponde a la colección de Jean Pierre Gattegno, el movimiento flou ensancha la parte superior de la chaqueta y se entalla, dibujando levemente la cintura. Los colores desempeñan también su papel importante en los trajes destinados a las más jóvenes, siendo preferidas las tonalidades claras, color de mostaza, azul claro, verde vivo, amarillo de maíz y rojo vivo de sandía. Son diseños de Angélica de Trabuco.

BIEN CONTROLADO!...



La absoluta pureza del famoso Algodón Estrella Zig-Zag es rigurosamente controlada en nuestros Laboratorios, para que usted pueda usar el más higiénico y blanco de los algodones. Tan extraordinariamente limpias son las fibras de este algodón, que ha merecido ser declarado "Apto para Uso Medicinal". En su hogar, que no falte nunca un paquetito de Estrella Zig-Zag, el más puro y el más cómodo de los algodones!

Cada paquete lleva un número de control que certifica su pureza!

ESTRELLA ZIG-ZAG

VENTA EXCLUSIVA EN FARMACIAS

ALGODON ESTRELLA ZIG-ZAG

20 GRS. $ 3,40 - 40 GRS. $ 5,20

100 GRS. $ 10,40

200 GRS. $ 18,90 . 400 GRS. $ 35,50



Para esos días en que el sol entibia el aire y se puede salir sin los abrigos se ha diseñado este sencillo conjunto de jersey rojo de coral. El pañuelo es de un tono azul brillante.



Tailleur de lana de color de mostaza. El vestido lleva un alto cuello collar y cinturón de la misma tela. El gorro es de piel. Exhibido por Madeleine de Rauch, de París.

TEMA DEPORTIVO

Conjunto de chaqueta y marinera de jersey chevronné *negro y blanco, acompañando un pantalón de lana negro. El cuello de la casaca y el gorro son de fina piel de astracán.*


Firmetex
BUSQUE LA MARCA EN EL ORILLO!
COLORES FIRMES GARANTIZADOS POR SUDAMTEX



LABORES ELEGANTES

La aplicación de grandes bolsillos como adorno de las blusas ha favorecido la vuelta de las iniciales bordadas, detalle de singular belleza y fácil de realizar. Las letras que damos como modelo se trabajan en punto relleno chato, con hilos a dos tonos. Como complemento se agrega un delicado pañuelito de linón blanco, decorado con una guarda en punto filtiré y florecitas del tipo de las miosotas bordadas de realce.

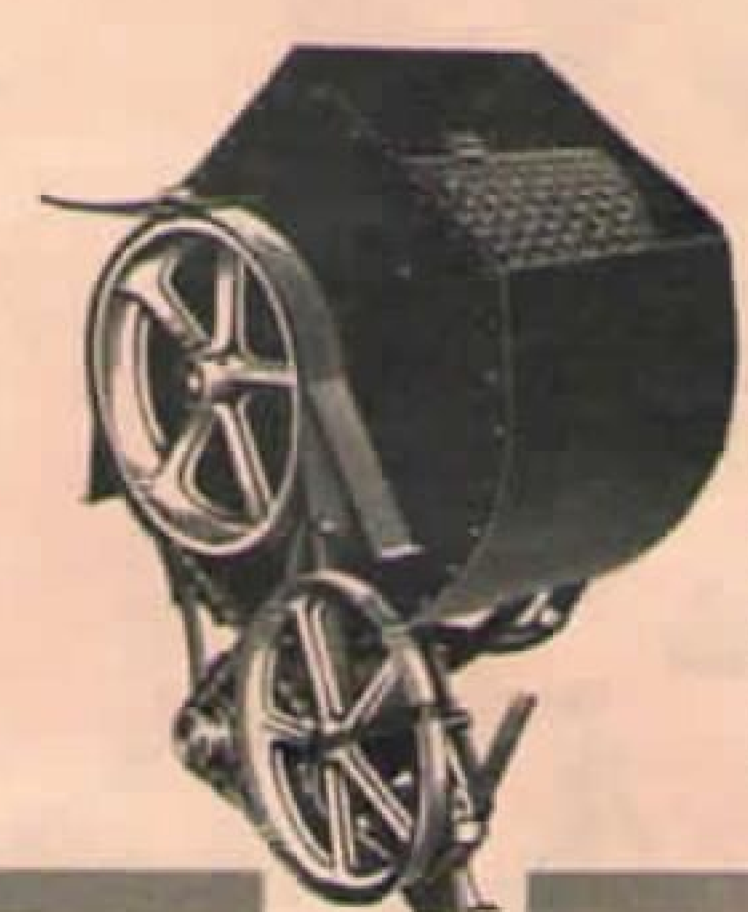
CASTIGNANI y BURO

RENDIDOR como lavarropas industrial...!



Su poderoso DOBLE EJE de 25 mm., permite que el lavado y centrifugado se apoyen en **dos** potentes bases equilibradas, obteniéndose así

MAS SOLIDEZ y MAS VELOCIDAD



LAVA POR FRICCION DE ROPA CON ROPA evitando el **"tira y afloja"** desgastador. Es como si lavaran sus manos multiplicadas por mil!

3 modelos que lavan a ventaja tendida





Modelo DE LUJO: "El Broche de oro en lavarropas" Lava 4½ Kg. **$ 6.880.-**

Modelo ESPECIAL: Con todas las ventajas del De Lujo Lava 3 Kg. **$ 4.590.-**

◀ **Modelo AUTOMAGICO:** Con reloj interruptor automático, que detiene la marcha cuando la ropa está limpia .... **$ 5.590.-**

POR LA SIMPLEZA Y SEGURIDAD DE SU MECANISMO LAVARROPAS COMETA NO REQUIERE SERVICE



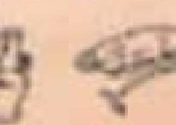
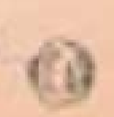
RENDIMIENTO VERIFICADO
Sometido a la dura prueba de muchos lavaderos comerciales, **COMETA** sigue rindiendo años de esforzada y satisfactoria tarea **SIN REQUERIR ATENCION MECANICA.** Calcule entonces que para su lavado familiar con **COMETA** le **"sobra"** lavarropas para toda la vida.

Adquiera su lavarropas

COMETA

con extraordinarias facilidades




BORIS GARFUNKEL E HIJOS S.A. - Bmé. Mitre 1824 - T. E. 45-5821 al 28

A TODA HORA



El cuello ligeramente drapeado y separado del escote afina la línea de este abrigo de estilo sobretodo. El cierre cruza sobre dos hileras de botones de nácar. La tela es lana diagonal azul.

Este sencillo abrigo, cuyo largo se detiene antes de llegar al ruedo de la falda, está confeccionado en lana de color de violeta. Un cinturón destaca la altura del talle sin ajustarlo. Guidi, de Florencia.


lo mejor de su baño
Toallas
SELSA
ART. Nº 4260
EN ESTUCHE
ART. Nº 4249
MALETIN
ART. Nº 4259 EN
BOLSA DE POLIETILENO
SELSA
SELSA
SELSA

VARIANTES PARA EL DIA

Tweed *espigado formando dos franjas de colores gris y blanco. Sus formas sencillas lo indican para la mañana o viaje. El gorrito es de la misma tela. Un cinturón angosto delinea el talle. De la moda suiza.*



El dominio de la souplesse se realza en este abrigo de lana. El movimiento que le confiere amplitud nace de los hombros. El cuellito es de piel de visón blanco. Modelo firmado por Marianne Zinner, Alemania.

Para acompañar abrigos de tipo sport o complementar conjuntos de dos piezas se han diseñado el gracioso gorrito, echarpe y guantes, realizados en tweed tricot de tejido diagonal en dos tonos de gris y azul.

PUBLICIDAD C V

Lavado a nuevo...



...con Andinix, el medio de lavar más suave del mundo!

Ya lo ve: uso este pullover todos los días, porque me lo lavan con Andinix. En un santiamén queda limpio... lo que se dice limpio! Y no encoge para nada. La lana invita que la toquen, tan suave y esponjosa se vuelve. Y como Andinix no contiene álcali ni deja película jabonosa alguna, los colores ganan en intensidad y belleza. Como le digo: Andinix es fabuloso!



Andinix

PRIMER DETERGENTE SINTETICO

Fabricantes: José Franchini Ltda., Carabelas 2398 - Avellaneda

Distribuidores: Casimiro Polledo S. A. - Alsina 2934 - Tel. 97-1071 - Cap. Fed.

SEÑORA!

GANE HASTA

$ 2.000.- MENSUALES

SIN SALIR DE SU CASA



levante puntos de medias en su casa con una máquina.



LEGITIMA

Enviamos gratis folletos explicativos

Facilidades de pago

Pida folletos ilustrados de la máquina y los accesorios para forrar botones

JULIETA S. A.

Callao 350 — T. E. 45-1888
B. Aires — 45-3818
45-4851

Elegante abrigo para estar en casa. Se ha realizado en fino cótelé rojo de tomate. Dos grandes bolsillos colocados alto constituyen un atractivo adorno. Es un modelo exhibido en las colecciones de EE.UU.

EN CASA

Polvo Le Sancy de Lujo

Le Sancy

Crea belleza porque esmalta el cutis!

Cuando sobre el cutis limpio pasa el cisne, con Polvo Le Sancy, deja la estela luminosa de la belleza, porque lo esmalta, lo entona y lo perfuma. Desaparecen las ligeras imperfecciones, se exalta el color, se suavizan las facciones y surge su perfume característico: El perfume que agrada al hombre en la mujer. ★ Le Sancy confirma así su lema y su misión: Crear belleza.

Se elabora en los tonos: Blanco, Rachel, Ocre Rosado, Bronceado, Habano, Cobrizo, Trigueño y Tostado de Playa.

Elaborado por **DUBARRY**

334



Sanacutis

EL MEJOR DE LOS TALCOS

y el más económico!



El mejor de los talcos, por la pureza de la materia prima y su cuidada elaboración. Palpe su textura incomparable... fina... adherente!

El más económico porque su rendimiento es mayor. Se vende en bolsitas y en prácticas talqueras **rellenables,** a los precios más convenientes.

Talco Sanacutis ha sido creado especialmente para que Ud. se sienta lozana y fresca todo el día!



SACON TEJIDO

MATERIALES necesarios: 800 g. de lana gruesa de 4 hebras, 1 par de agujas Nº 3, 6 botones al tono de la lana.

Abreviaturas: Punto, p.; punto derecho, pd; punto revés, pr; hilera, hil.; aumento, aum.; disminución, dism.

Puntos empleados: Elástico: 1pd, 1pr, se continúa siempre así sin cambiar el dibujo; las hil. siguientes se tejen como se encuentran los p. *Inglés:* 1ª *hil.:* (x) 2pd, 2pr, repita desde (x). 2ª *hil.:* 1pd (x), 2pr, 2pd, se repite desde (x). Estas dos hil. forman el dibujo del p. y deben repetirse continuamente.

El modelo es para talle 44 ó 46.

Si se desea confeccionar en otro superior deberán agregarse en las agujas para la espalda 10p más, y en la delantera y en las mangas añadirse 4p más también por talle, progresivamente.

Ejecución: Espalda: Coloque en las agujas 156p y trabaje 6 cm. en p. elástico; comience a tejer en p. inglés hasta obtener un largo de 86 cm., donde cerrará para los hombros en ambas orillas 9p 6 veces; los restantes p. en las agujas todos en la misma hil.

Delantera derecha: Ponga en las agujas 90p y teja 6 cm. en p. elástico; comience a trabajar en p. inglés y en la orilla izquierda haga 1 ojal como explicamos a continuación: 6p, cierre 4p y termine la hil.; en la próxima hil. aum. los 4p que cerró anteriormente (estos ojales continuará haciéndolos a 14 cm. de distancia uno de otro). Cuando tenga 77 cm. de largo total cierre en la orilla izquierda 8p, luego en todas las hil. 1p 14 veces, después hil. por medio continúe la misma dism. durante catorce veces. A los 86 cm. cierre en la orilla derecha para el hombro 9p 6 veces. Debe haber hecho 6 ojales en total. Teja otra parte igual en el reverso correspondiente, cuidando no formar los ojales.

Mangas: Se tejen las dos iguales. Coloque en las agujas 70p y trabaje 7 cm. en p. elástico; luego continúe en p. inglés, haciendo 1 aum. en ambas orillas cada 2 cm. hasta un largo total de 44 cm. Cierre en ambas orillas para la sisa 10p 2 veces; los restantes p., todos en la misma hil.

Cuello: Coloque en las agujas 6p y teja en p. inglés, haciendo 1 aum. hil. por medio en una de las orillas hasta obtener 40p; teja recto 6 cm., luego dism. 1p hil. por medio en la misma orilla que aum. hasta que en las agujas le queden 6p, los que cerrará en la misma hil.

Bolsillos: Se tejen los dos iguales. Coloque en las agujas 40p y teja 12 cm. en p. inglés; luego 3 cm. en p. elástico. Cierre todos los p en la misma hil.

Terminación: Planche con paño húmedo sobre el revés del trabajo suavemente para no aplastar el dibujo del p. Cosa uniendo con lana. El cuello lo pondrá cuidando que la parte de los aum. vaya sobre el escote del sacón. Los bolsillos colóquelos guiándose por la fotografía.

CAMPERA

MATERIALES necesarios: 500 g. de lana jaspeada de 4 hebras, un par de agujas Nº 1 ½ y otro Nº 2 ½, un cierre automático desmontable.

Abreviaturas: Punto, p; punto derecho, pd; punto revés, pr; hilera, hil.; aumento, aum.; disminución, dism.; lazada, laz.

Puntos empleados: Elástico: 1pd, 1pr; se tejen todas las hil. sin contrariar. *Fantasía:* 1ª *hil.* 1pr, 6pd, 1pr (x), 1 laz., 2pd, cruzar la laz. sobre los 2p (x), repetir de (x) a (x) 2 veces más. 2ª *hil.:* 1pd, 6pr, 1pd, 6pr.

El modelo es para 12 años; si se desea ejecutar en una medida superior se aum. 10p más en la espalda y 5p en las delantera y mangas por cada talle.

Ejecución espalda: Comenzar con 160p sobre las agujas Nº 1½, tejer 7 cm. en p. elástico, cambiar las agujas por las Nº 2 ½, dism. 1p cada 12p en la 1ª hil.; tejer en p. fantasía y en línea recta hasta obtener el alto requerido por la sisa. Cerrar en ambos lados 9p y continuar hasta que la sisa mida 18 cm.; formar el sesgo de los hombros cerrando 7p 6 veces en cada lado, los puntos restantes se cierran en una vez para escote.

Delantera: Comenzar con 85p, tejer hasta la sisa en igual forma que en la espalda; cerrar 9p, tejer 14 cm. y formar el escote cerrando 8p, 6p, 5p, 4p, 3p, 2p y 1p en cada hil. hasta que la sisa mida 18 ½ cm.; formar el sesgo del hombro como corresponde.

Manga: Comenzar con 80p sobre las agujas Nº 1 ½ y tejer 7 cm. en p. elástico; cambiar las agujas aum. 1p cada 6p en la 1ª hil. y en las orillas cada 7 hil. hasta alcanzar el alto requerido por la sisa, tejer 2 y ½ cm. en línea recta y cerrar.

Cuello: Unir los hombros y con las agujas finas levantar los p. del escote, tejer 6 cm. en p. elástico y cerrar.

Confección: Planchar y unir como corresponde, coser el cuello doble sobre el revés y colocar el cierre uniendo las delanteras.





Bioden mantiene el aliento fresco... por horas y horas!

Usted obtendrá con Bioden *mejor* aliento de origen bucal: la acción desodorizante de su *clorofila* puede conservar el aliento *fresco* por horas y horas.

MEJOR ALIENTO
de origen bucal
POR MAS HORAS



El dentífrico con **clorofila** que más se vende

SU HIJITO
su mayor tesoro...
CUIDELO!

Señora mamá: Sus "queridos diablitos" necesitan para su desarrollo y crecimiento, alimentos sanos, nutritivos! Por eso, déles TODDY, que reúne estas 3 ventajas: SU FORMULA, que fortifica, repara energías! SU SABOR, tan delicioso, apetecible! SU ECONOMIA... porque TODDY, famoso internacionalmente por su calidad indiscutible, siempre está a su alcance!

VITAMINAS
CALCIO
HIERRO
FOSFORO

TODDY

ES MAS QUE UN SIMPLE SABOR A CACAO!

PULOVER

MATERIALES necesarios: 200 g. de lana de 3 hebras en color claro, 150 en color oscuro, un par de agujas Nº 1 y otro Nº 2.

Puntos empleados: Jersey: 1ª hil., r. 2ª hil., d. *Punto tela:* 1ª hil. con lana oscura: 1 pd, 1p sin tejer; 2ª hil. con lana oscura: levantar la hebra, 1p sin tejer, bajar la hebra, 1pd (sin contrariar los de la hil. anterior). 3ª hil. con lana clara: 1p sin tejer, 1pd. 4ª hil. con lana clara: 1pd., levantar la hebra, 1p. sin tejer, bajar la hebra.

El modelo es para talle 48; si se desea ejecutar en uno superior se aum. 10p. más en la espalda y delantera por cada talle.

Ejecución. Espalda: Comenzar con 170p sobre las agujas Nº 1, tejer 6 cm. en p. jersey (empleando el revés para derecho del trabajo); cambiar las agujas por las Nº 2 y continuar en p. tela en línea recta hasta alcanzar el alto requerido por la sisa. Cerrar en ambos lados 7p, 4p, 2p y 7 veces 1p; tejer hasta que la sisa mida 25 cm. y formar el sesgo de los hombros cerrando 8p 5 veces en cada lado; los p. restantes se cierran en una vez para escote.

Delantera: Comenzar con 180p, tejer hasta la sisa en igual forma que en la espalda; cerrar en ambos lados 8p, 5p, 3p, 2p y 7 veces 1 p. Simultáneamente, al comenzar la sisa dividir en el centro y formar el escote dism. 1p cada 3 hil. hasta quedar con los p. del hombro; cerrar éste como corresponde cuando la sisa mida 26 cm.

Escote: Con las agujas Nº 1 levantar los p. del borde, tejer 3 ½ cm. en p. jersey, formando una dism. doble en el centro en todas las hil.; continuar aum. 2p en el centro en todas las hil. durante 3 cm., cerrar.

Sisas: Unir los hombros y con las agujas Nº 1 levantar los p. de la orilla, tejer 6 cm. en p. jersey y cerrar.

Confección: Planchar sobre lienzo húmedo y unir como corresponde, coser los bordes dobles sobre el revés.











le ofrece por sólo $ 184.50 un equipo completo para forrar hebillas compuesto de máquina, pileta, matriz y hormilla. Pida mayores detalles enviando este cupón.

TODO LO NECESARIO PARA FORRAR BOTONES desde 1910

CASA BIROLO Virrey Liniers 1928 T. E. 91 - 5648 - Bs. As.

Solicito sin compromiso informes sobre su equipo para forrar hebillas.

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD



Polvo Jabonoso Especial "OMBU" se encarga de lavar todo su ropa... sin darle trabajo!... Como tiene DETERGENTE, penetra a fondo entre la trama de los tejidos, y extrae la suciedad **completamente!**
Y cuando OMBU empieza a lavar... Ud. puede salir de compras o a pasear.
Lave con OMBU, señora!... Asegura un limpio distinto: limpieza que es frescura... **sensación de bienestar!**

Y deja las manos... suaves
por la calidad de sus finisimos ing.edientes

OMBU a lavar... y Ud. a pasear!

Escuche todos los Martes y Viernes de 20.30 a 21 por L.R.3 Radio Belgrano y su Circuito de Emisoras del Interior

LA REVISTA DE BOLSILLO con DELFOR

Creados
para el confort
moderno

Secador

Su cálida caricia realza instantáneamente la belleza femenina y tiene múltiples aplicaciones en el hogar.

UBER
INDUSTRIA ARGENTINA

FEY PUBLICIDAD

Nuevo
ACLIMATADOR ESTUFA-VENTILADOR

con calor circulante

Un clima ideal para todo el año en la oficina el hogar y en todo lugar

Calor en invierno
Fresco en verano

ADQUIERALOS EN TODAS LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

FABRICANTES UBERTINI & MARTINI S. R. L.



El invierno y la belleza

por Christianne

PARA muchas mujeres, decir la palabra invierno significa nombrar a un enemigo implacable de la salud y la belleza, y sin embargo está demostrado que si se toman las previsiones necesarias esa estación del frío puede convertirse en un aliado de las mismas.

Conocido es el hecho de que el mayor progreso lo disfrutan los países situados en zonas templadas y frías, pues las bajas temperaturas incitan a la actividad como un medio de contrarrestar sus efectos. La acción, el movimiento, aceleran las funciones del sistema sanguíneo y respiratorio; de allí que el organismo experimente una agradable sensación interna de calor que no puede brindar ningún medio exterior de calefacción. Por eso la necesidad de respirar aire puro para inspirar oxígeno, que la sangre se encargará de repartir por todas las células del cuerpo, eliminando el óxido de carbono que lo inficiona y envejece. Además, la buena circulación ayuda a luchar contra las toxinas que se acumulan en los músculos y tornan los movimientos forzados, sin gracia ni flexibilidad. Estos venenos van minando poco a poco la resistencia física y convierten al organismo en presa fácil de las enfermedades.

Pero, por otra parte, nuestro cuerpo es una máquina que sólo puede marchar bien si reposa en forma periódica. La actividad trae al cabo de un tiempo fatiga, y ésta se elimina por el sueño y la relajación muscular. En invierno es fácil dormir profundamente y reparar las energías; por tanto se deben evitar las comidas pesadas o las emociones fuertes, que perturban el reposo.

La actividad que estimula la circulación es también el medio más eficaz para extirpar los sabañones.

ALIMENTACION

He aquí un punto fundamental en la belleza que puede convertirse en un verdadero problema, pues el frío estimula el apetito, y al menor descuido la balanza puede acusar desagradables sorpresas. Es cierto que en esta estación el organismo necesita alimentos más nutritivos, pero eso no significa que haya que ingerir harinas, grasas o azúcares. Por el contrario, estos productos son pobres en vitaminas y proteínas, que son precisamente las sustancias requeridas por nuestro cuerpo. Las carnes magras, pescados, huevos, leche, queso, levadura de cerveza, germen de trigo, son ricos en proteínas, y las naranjas, pomelos, limones y frutas cítricas, abundantes en esta estación, son verdaderas fuentes de vitamina C, que ayuda a combatir infecciones y resfríos.

Las infusiones bien calientes, mejor que el alcohol, contribuyen a elevar la temperatura interna y favorecen la digestión, con todas las saludables consecuencias que esto significa.

CUIDADOS DE BELLEZA

La piel del rostro y de las manos, por estar más expuesta a la intemperie, merece por lo mismo mayor protección.

Los cutis grasos y en especial los de tipo seco sufren la acción irritante del viento y el frío y terminan por arrugarse. Es, pues necesario aplicar sobre la epidermis limpia crema nutritiva y suavizante.

Otro de los trastornos comunes en esta época es la aparición de venosidades moradas o caparrosa, que se extiende por las mejillas y las alas de la nariz. La misma se produce por una dilatación repentina de los vasos y ruptura de los mismos motivada por cambios bruscos de temperatura; por ejemplo, al llegar de la calle después de haber soportado mucho frío y penetrar en habitaciones muy caldeadas. En estos casos conviene visitar al médico a fin de seguir un tratamiento adecuado para reforzar la tonicidad y elasticidad de venas y arterias.

En la serie de películas exclusivas filmadas a todo color por Pond's, en París, la hermosa modelo Evelyne nos confiesa que su glamour, tan parisiense tiene una sola fórmula: Pond's.

Très chic!

ella es... el Glamour de París hecho mujer!

Hay algo distinto y exquisito en su rostro, en su arreglo, en toda su persona... ¡hay Glamour de París! Ese glamour que el mundo admira en las modelos francesas, y que ahora usted también puede conquistar.

El Glamour exige un cutis diáfano... y París sugiere un maquillaje translúcido: ¡lógrelos con Pond's!

Un cutis diáfano es, simplemente, un cutis limpio *a fondo*, libre de impurezas ocultas que empañan la piel. Practique todas las noches el sencillo tratamiento de limpieza profunda con Crema Pond's "C" *(Cold Cream)* y verá cómo su cutis resurge límpido, fresco, ¡realmente glamoroso!

Un maquillaje translúcido. Ese hechicero maquillaje que lucen las modelos de París, puede lograrse únicamente usando Crema Pond's "V" *(Vanishing Cream)* como base de polvos. Finísima, pura, sin grasa, adhiere los polvos maravillosamente, da glamour al arreglo... y lo mantiene ¡por horas!

Pídalas en **nuevos potes** de estilizado diseño francés



Como los modelos francesas deje que

Pond's "haga" su belleza!

—¡Caballito!...
¿qué estás haciendo?
Si vas a usar quitamanchas
me voy corriendo!

MODA INFANTIL

El modelo de la izquierda comprende una chaqueta recta llevada sobre un vestido enterizo. La tela empleada es lana de tipo escocés. El conjunto que le sigue está compuesto por una faldita tableada y blusón de jersey rojo. El vestidito de la parte baja es de franela de color azul claro. Grupos de tablas proporcionan vuelo a la falda. El lazo es de la misma tela.

EN DOS COLORES

Este juego de cama está realizado en tela blanca con ancha guarda de color verde, formando grupo de flores que se afirman con punto festón. Las motas y florecitas de la guarda se bordan de realce.

- Aléjate disparando

porque QUITAMANCHAS SHELL

¡saca las manchas volando!

Shell

SHELL

¡GRACIAS, DIOS MIO!

(*De la página* 41)

bía adorado, la más intensa desesperación, la derrota.

—Quisiera ser libre —continuó— para terminar mis días entre el bullicio, rodeado de gente, de risas, de pasión...

No reconocí mi propia voz. Las palabras brotaron de mis labios sin darme tiempo a reflexionar:

—Todo eso está a tu alcance, querido. La libertad, sol, aventura... Todo eso y mucho más podrás tenerlo si te vas a la Costa Azul. El agente de propiedades me ofrece dos millones de francos por la tierra de mi abuela. Son tuyos. *Tómalos y vete... Vete cuando quieras...*

—¡Estás loca! —balbuceó— ¡Jamás aceptaré..., jamás!

Pero yo había visto el fulgor de ansiedad que brilló en sus ojos al escuchar mi propuesta y comprendí, resignada, que terminaría por aceptar mi ofrecimiento. Era la evasión postrera, la libertad de morir a su gusto. Su última oportunidad.

OCHO días más tarde estaba sola. Muchas veces caminando a orillas del Sena sentí la tentación de arrojarme a sus aguas... Una noche, en casa, quise abrir la llave del gas para terminar de una vez con todo, pero a punto de hacerlo reflexioné: aunque me era imposible vivir sin él, no podía eliminarme mientras él existiera.

Un día me encontré amontonando apresurada en una valija vestidos, remedios y recetas. Había decidido ir adonde estaba mi marido, obedeciendo al impulso irresistible que me arrastraba a su lado. Porque lo amaba aún —nunca había dejado de quererlo—, ni la razón ni la dignidad podían retenerme lejos. Necesitaba verlo aunque fuera a la distancia. Oculta, pues le había *prometido dejarlo en libertad*, le contemplaría pasar, tal vez hasta podría escuchar su voz... Pero estaría cerca de él, presta a acudir a la menor seña, al primer llamado.

Pedí una licencia a mis patrones y emprendí el viaje. Sabía dónde encontrarlo, pues tenía su dirección, única cosa suya que me dejó. En viaje de bodas, pasando por Cannes, Francis me había dicho al contemplar extático ese gran hotel iluminado:

—Míralo bien, Isa. Cuando sea rico, muy rico, te traeré aquí. Tendremos un auto magnífico y el portero se precipitará a recibirnos. Ya verás, yo vendré aquí algún día...

¡Y ahora estaba allí!

Llegué a Cannes de noche. Dejé mi valija en el modesto hotel donde alquilé una habitación, y aunque extenuada por el viaje corrí al alojamiento de mi marido, ahora iluminado como un trasatlántico.

—¿El señor Francis Déshormes? —pregunté con el corazón palpitante.

—No está —me respondió el portero—, pero como salió a pie con seguridad no habrá ido lejos... —y mientras decía esto miró maquinalmente un gran auto blanco estacionado delante del edificio.

—Daré una vuelta por los alrededores. Veré si lo encuentro —dije con fingida serenidad.

ALEJANDOME con rapidez me refugié en la sombra. Cerca de mí, el gran automóvil blanco reflejaba suavemente las luces del hotel. Sin duda Francis lo había alquilado, realizando así otro de sus sueños. ¿Adónde habría ido a estas horas de la noche? Sin duda estaría en alguna fiesta o en el Casino. Ya lo averiguaría.

Lo encontré en una *boîte* decorada con bambúes, imitando un poblado de la Polinesia. Fué en ese instante cuando me di cuenta de la absurda situación a que me había llevado mi irreflexión. ¿Qué hacer? Me parecía una maniobra vergonzosa deslizarme hasta un rincón escondido y desde allí espiarlo. Pero yo no había venido desde tan lejos para retroceder ahora, de modo que me senté a una mesa discretamente ubicada y pronto olvidé mi tortura al contemplar a Francis. En poco tiempo había cambiado en forma notable. Estaba más delgado, pero sus ojos chispeaban y su rostro resplandecía iluminado por una sonrisa alegre. A su lado, una deslumbrante muchacha exhibía sus hombros desnudos... *¡Qué joven y qué hermosa era!* Ávida yo observaba su minúscula cintura, sus ojos magníficos, su boca sangrienta como una gran herida...

—¡Qué chistoso eres, Francis! —la oí decir entre carcajadas.

Me dió un vuelco el corazón al escuchar el nombre de mi marido en labios de esa mujer. Sentí el absurdo impulso de acercarme a él, pero no... no debía inmiscuirme en su vida. Se lo había prometido. Y permanecí inmóvil en mi silla, contemplando a esa muchacha que ocupaba mi sitio al lado de mi esposo.

En mis oídos resonó la alegre risa de él, y al escucharla sentí que una gran calma me invadía. ¡Hacía tanto tiempo que no le oía reír así! "Es feliz, me dije. Sólo debo pensar en eso... sólo en eso".

—Vamos, muchachos —invi-



USTED Y **FEMA**

SERAN INTIMAS

DELICADAS INSPIRACIONES EN LENCERIA

ADQUIERALAS EN SU LENCERIA O TIENDA

1 - Camisolín corto de Firmelva estampada con vivos de color. 2 - Pijama de Gamuzatex liso con adornos de trencilla bordado en color; pantalón largo. 3 - Camisolín de Gamuzatex, bordados de mariposas sobre estampado. 4 - Camisón de Gamuzatex bordado con aplicaciones de satén.

FEMA S. A. GERVASIO POSADAS 2620 - MUNRO, F.N.G.B.-T. E. 740-1172 y 5143

tó una voz en el grupo que le rodeaba—. ¡A prepararse para el baño de medianoche! ¿Quién se atreve a nadar hasta la boya?

—¡Yo! —exclamó mi marido—. Y convido con champaña a todos los que lleguen hasta allí.

Me enderecé en la silla al escucharlo, conteniendo el deseo de gritarle: "¡No, Francis, no hagas eso!... Es una locura... ¡Estás enfermo!" Comprendí angustiada que no quería cuidarse, que estaba quemando su corta vida de acuerdo con el plan que se había trazado: champaña..., bullicio..., mujeres maravillosas...

Decidí regresar a París, a la soledad de mi departamento, pero al llegar al hotel mi voluntad flaqueó. Y me quedé "Por lo menos aquí, en Cannes, estaré cerca de él, mi único amor", me dije entre sollozos al deshacer la valija.

Me estremezco al recordar las semanas que siguieron. Aun ahora, cuando pienso en ellas, me parece que fué otra mujer la que llevó esa existencia miserable, soportando cada día el suplicio de ver al hombre que ama en compañía de una fascinante aventurera, presa de su aborrecible belleza.

Sin embargo, el tiempo pasaba y yo seguía tolerando, sin rebelarme, esa situación de pesadilla. Mi propia vida ya no tenía importancia. Me había convertido en la invisible espectadora de un espantoso drama que se desarrollaba ante mis ojos: el de un hombre que debía morir a corto plazo y que derrochaba sin tasa la poca vida que tenía.

Porque Francis decaía visiblemente. Pronto descubrí que esa radiante expresión de su rostro era la máscara de su angustia, de su desesperación, de su terrible laxitud. Comprendí, con dolor, que en vano trataba de aturdirse en la compañía de ese grupo de juerguistas desenfrenados; su espíritu delicado, sensible, no disfrutaba con esos torpes placeres.

Cada mañana aguardaba, oculta en las cercanías, que saliera del hotel. Se levantaba muy temprano y solo —sus compañeros dormían hasta tarde— le veía lanzarse al mar en una especie de frenesí, de ansiosa liberación. Se alejaba mucho de la playa y mis ojos seguían angustiados ese punto diminuto que se debatía en el agua, cada vez más distante, temiendo con espanto que algún día abandonara la lucha y se dejara llevar por las olas... Pero regresaba siempre. Aun condenado y moribundo, no renunciaba al hábito de vida que le quedaba.

Hacia las once, la muchacha de la primera noche se reunía con él en la playa. Era "su conquista", pero ella, con hábiles manejos, había logrado mantener a su alrededor una pequeña corte de admiradores: un hombre gordo, de cara rubicunda, que parecía un productor de cine; un inglés alto y silencioso, y algunos más.

Yo escuchaba los más diversos comentarios en el modesto bar cercano que me servía de escondite y desde el cual me mantenía al acecho. Allí, sentada a una mesa, me pasaba horas garabateando supuestos reportajes —me creían periodista—, mientras los choferes y proveedores del hotel, de codos en el mostrador, charlaban sin prestarme atención.

De esta manera pude seguir casi hora a hora las andanzas de Francis y de sus alegres acompañantes. Luego del baño de mar, se instalaban sedientos alrededor de una mesa con aperitivos, para salir después apiñados en los automóviles en su diaria recorrida a la búsqueda de un nuevo sitio para almorzar.

Nunca los esperé de vuelta de estas excursiones, porque sabía por los comentarios de los parroquianos del cafetín que siempre regresaban tarde, con muestras de haber bebido mucho, y no quería contemplar el rostro extenuado de mi marido, el aspecto de agotamiento que día a día se iba acentuando en él. Y al recordar al muchacho que había conocido, no alcanzaba a comprender qué monstruoso extravío de su razón lo impulsaba a mezclarse con esa gente...

A poco, Francis comenzó a beber, sobre todo por las noches. Derrochaba el dinero a manos llenas, con furia desesperada, y cuando se embriagaba lo vi tratar con rudeza a la joven rubia... ¡él, que hubiera enrojecido de timidez si la hubiese encontrado pocos meses antes en algún salón! Espectadora pasiva, yo observaba su transformación con el corazón oprimido. Veía cómo se iban afilando sus rasgos, cómo se enturbiaba su mirada, y sobre todo comprobaba con terror que adelgazaba... Por las noches, refugiada en mi habitación, suplicaba entre sollozos: "Detente, querido. ¡Te estás matando!", en una pueril esperanza de que mi plegaria llegase hasta él.

Por fin, pese a mi promesa, decidí intervenir. Pero no fué necesario. El drama culminó antes de que yo llegase a mezclarme en él.

Una noche, mientras comía en mi bodegón, vi salir al portero del hotel cargando una montaña de valijas. Lo seguía "la muchacha de Francis". La sorpresa me paralizó cuando la vi subir a un enorme Rolls Royce que la aguardaba frente a la puerta.

—¡Ajá! Parece que la pequeña abandona al ingeniero





La belleza responde a un lenguaje internacional...

PEGGY SAGE, el esmalte para las uñas que se aplica en los Salones de Belleza de mayor renombre de París, Londres y Nueva York... ahora también en Buenos Aires. Su fórmula *Duralon* a base de ingredientes importados, hace que no se descascare, asegurando más brillo y mayor duración a sus tonos de última moda.

Peggy Sage

UNICA LINEA COMPLETA
PARA LA PERFECTA MANICURACION

—dijo a mi lado la voz del patrón—. ¡Y se va con el inglés!

A pesar de la tortura que significaba para mí la presencia constante de esa aventurera, no sentí alivio alguno al verla partir. Mi pensamiento voló hacia mi marido: "Lo abandona. ¿Qué hará él ahora?"

RECORRI todos los bares del lugar antes de encontrarlo. Lo descubrí al fin en un turbio cafetín frecuentado por marineros. Estaba ebrio.

Me reconoció al instante, pese a su estado, pero no pronunció una palabra, y yo que esperaba encontrar en sus ojos la ira, el odio, sólo les vi reflejar una profunda vergüenza y hondo arrepentimiento.

—¡Isa, tú aquí! —balbuceó al cabo de un momento—. ¡No es posible!

Se incorporó con trabajo, y no obstante la embriaguez que hacía vacilar su paso, me tomó del brazo con firmeza, llevándome hacia la puerta.

—Ven..., ven... Este tugurio no es para ti... Apesta. Salgamos pronto.

Me dejé conducir por él, aunque sus piernas apenas le sostenían. Ya en la calle, se apoyó tambaleante, con los ojos cerrados, contra una pared, mientras yo corría en procura de un taxi. No nos dijimos una palabra durante el viaje. En silencio llegamos al hotel, cruzamos el vestíbulo, subimos a su habitación... Sólo más tarde, cuando amanecía, después de varias horas de sueño maravilloso, el primero que yo disfrutaba después de mucho tiempo, llegaron las confidencias.

Me despertó un leve aleteo, un roce tenue sobre mi frente, la tierna caricia de una mano que otrora me fué tan familiar. Al abrir los ojos encontré la mirada de Francis fija en mí, reflejando su tristeza y desesperación, y recordé súbitamente la escena de la víspera, la partida de la hermosa muchacha...

Traté de enjugar su herida con precaución:

—Sé todo, querido, y te comprendo. Adivino tu decepción, tu angustia... Es doloroso perder una compañera como... Puedes hablar conmigo sin temor. No siento celos...

Me interrumpió con una risa amarga, semejante a un sollozo:

—¿Te refieres a Doris? Estás equivocada, no me abandonó; he sido yo el que terminó con ella. No podía soportar más su estupidez...

No logré contener un estremecimiento, pero Francis, sin advertirlo, continuó con voz apenada:

—No, querida, no creas que trato de salvar mi amor propio. A pesar de las apariencias,



no me he convertido en un imbécil infatuado por sus fáciles conquistas. No me creo irresistible. Sé bien que si Doris seguía a mi lado era porque esta clase de muchachas no abandona a un hombre que derrocha su dinero. Créeme, Isa, que no podía ya tolerarla. ¡Es tan tonta!

No me atrevía a interrumpirle, pero a duras penas lograba retener las lágrimas al escucharlo.

—Y todo..., todo en este período de mi vida ha sido tan vulgar, tan vacío... —continuó Francis con voz sombría—. ¡Estaba equivocado, Isa! Perseguí una quimera, que se transformó en ceniza entre mis manos. Quise aprisionar errantes mariposas que mi fantasía había creado... Ya ves qué extraños somos los hombres. Mi ambición era ser poderoso, llevar la vida de un triunfador, rodearme de mujeres que todos admiraran... y sin embargo eso no me hizo dichoso. Ahora sé que la felicidad, la verdadera, sólo la conocí a tu lado. Eres tú, Isa.

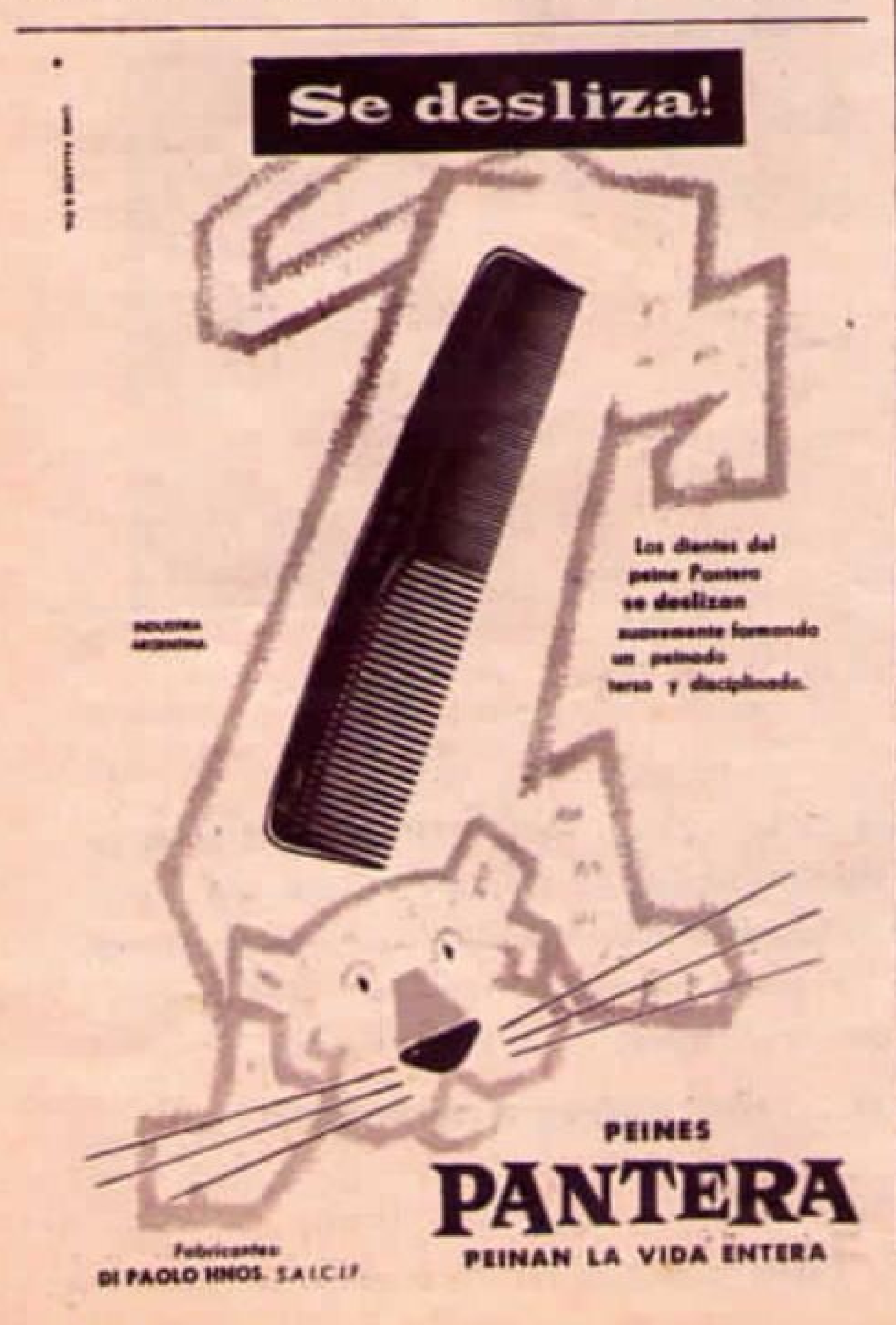
Nunca me atreví a soñar con un desquite tan dulce. Con los ojos cerrados, dejando que mis lágrimas corrieran libres, escuchaba las palabras que él susurraba con tono emocionado:

—Cuando descubrí la verdad, ya era tarde para volver a tu lado. Tuve vergüenza. Te había abandonado después de aceptar tu dinero y me vi egoísta, despreciable. Comprendí que contigo había perdido el más precioso bien que la vida me ofreciera. ¿Podrás perdonarme? ¿Podrás olvidar?

ESCRIBO estos recuerdos en la casa que me legó mi abuela. Sólo nos queda un minúsculo jardín, cubierto ahora de flores, donde pasamos muchas horas mi marido y yo. Este rincón constituye para nosotros un tibio refugio en el cual firmemente unidos proseguimos fieros y obstinados la lucha contra el mal que amenaza nuestra vida.

Han desaparecido las cajas de inyecciones y los frascos de remedios, relegados ahora al cajón de una cómoda. No obstante, Francis se cuida con una constancia ejemplar, dedicándose a ello con el fervor y el entusiasmo desesperado que le caracterizan, decidido a no morir.

Trataremos de lograrlo. Pero si llega lo que tememos, si la muerte tiene que separarnos, te agradezco lo mismo, Señor, estas horas maravillosas que nos concedes, esta tierna comunión en que vivimos mi marido y yo, que nos permite aguardar serenamente lo que haya decidido Tu voluntad... ¡Gracias, Dios mío! ¶



Virtus

LO MAS PERFECTO AL SERVICIO DE UNA DAMA

Modelo "REALCE" (doble sostén) para destacar más un busto de forma cónica. Con base reforzada. Talles del 75 al 105. En Dupión $ 65.

Modelo "LLAMATIVO" creación "Virtus", para un busto de líneas destacadas. Amplia base reforzada para un buen sostén. Talles 75 al 105. En Dupión $ 57.

VIRTUS S. A. - FABRICA Y VENTA POR MAYOR
JUAN B. JUSTO 5263 - BUENOS AIRES

UNICA CON PARRILLA!

INDUSTRIA ARGENTINA





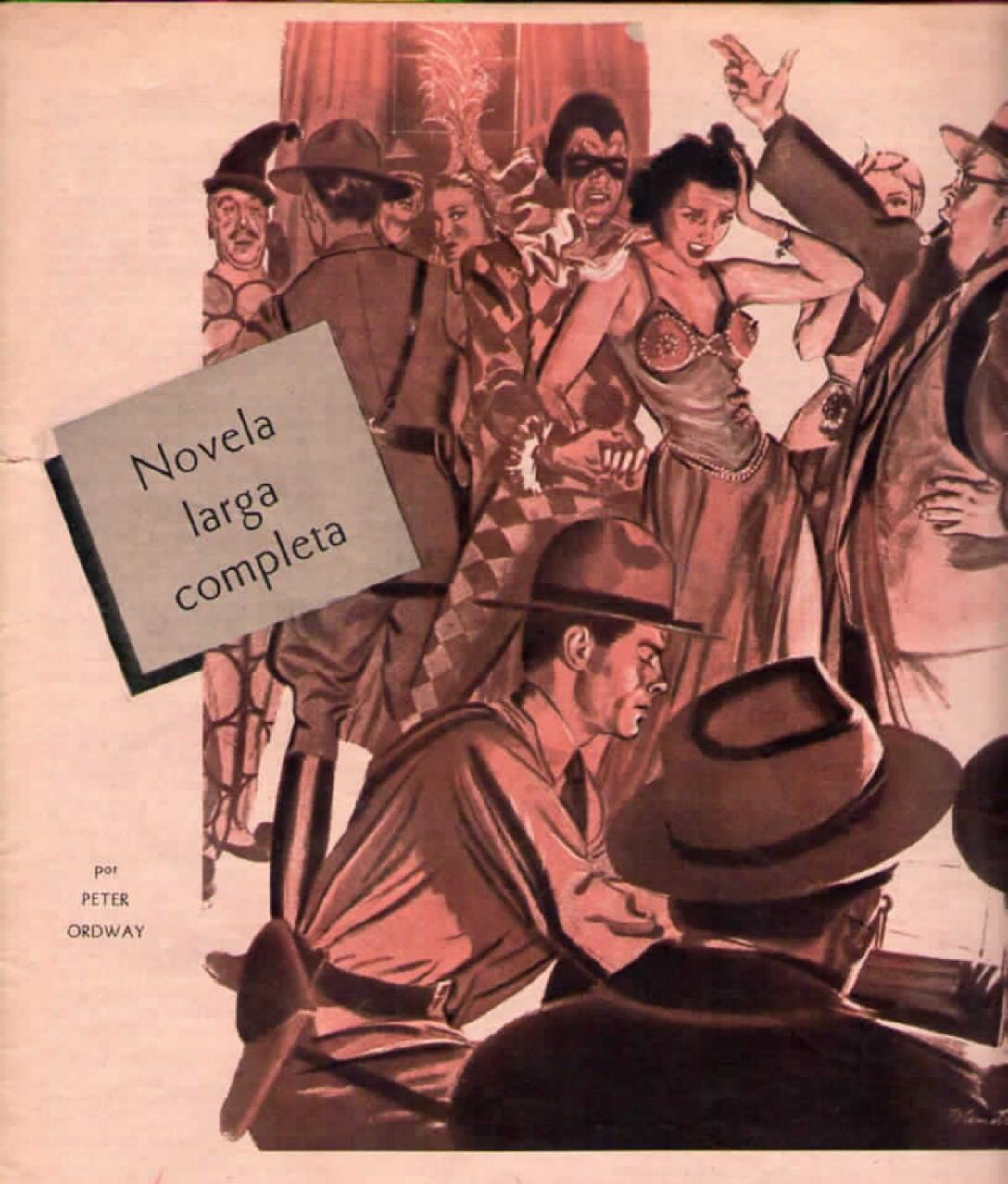
Es la mejor y cuesta menos

Exclusividad de la cocina a gas ARTHUR MARTIN es su *auténtica parrilla*. Situada en la parte superior del horno, actúa por refracción mediante un *quemador especial*, creado para que Ud. pueda saborear el verdadero asado criollo... en su propio departamento... sin humo ni olor!

Ahora sí... con entrega inmediata!

Distribuidores:

KREGLINGER LTDA. Chacabuco 151 - T. E- 33-2001 al 2008 - Bs. As.



por
PETER
ORDWAY

¿Angel o Demonio?

ME llamo Enrique Stevens. No hace mucho ocupaba el cargo de Fiscal de Distrito. A pesar de mi posicion, una tarde requirieron mi presencia en Rose Manor como si fuese un mandadero... y acudí.

Cruzaba un corredor hacia mi oficina en los Tribunales, cuando me salió al paso la señorita Bonnafield. Bonny es algo más que una secretaria, es el factótum de los funcionarios del Tribunal de

Justicia; lleva treinta años en su empleo y posee un discernimiento que el tiempo ha madurado y convertido en infalibilidad.

—Llamó Jorge Braggs —dijo—. Quiere que se comunique con él lo antes posible. Se negó a dejar recado; parecía muy nervioso.

Juntos nos dirigimos a la oficina. Me senté al escritorio, pero no tomé el teléfono. Jorge Braggs era un personaje de importancia en Crescent City. Su tío Carlos gobernaba el imperio Braggs con mano de hierro. Constaba de diversos e importantes dominios: fábricas, bancos, etc. Los Braggs, eran, sin disputa, la primera familia del estado, y Jorge el heredero aparente. Él y yo nos conocíamos desde niños, y nuestra extraña, poco apropiada amistad, había persistido pese a la diferencia de posición, de temperamento, de principios, hasta su casamiento, seis meses antes.

—Déjese de mirar al aire y llame al joven Jorge —ordenó Bonny—. El muchacho anda metido en algún lío.

La miré con curiosidad.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Nueve de cada diez personas que llaman aquí por teléfono tienen un problema serio. Y el joven Jorge no es distinto de los demás, excepto en que es más rico que la mayoría. —Calló unos instantes y luego agregó—: Podría tratarse de algo relacionado con su esposa.

Pocas personas en Crescent City habían visto a la mujer de Jorge. Sólo apareció una vez en público en un *cocktail-party* brindado por Carlos Braggs en honor de la pareja. Lo más granado de nuestra sociedad estaba preparado para darle la bienvenida, mas no se le presentó la oportunidad: las invitaciones eran sistemáticamente rechazadas, y a los visitantes se los despachaba con cualquier excusa. Poco a poco la simpatía y cordialidad iniciales cedieron lugar al resentimiento y comenzaron las habladurías, mas aquellos que la habían visto no olvidarían a Teresa Braggs con facilidad. Podía dar fe de ello: era una de las mujeres más bellas y fascinantes que conocí en mi vida.

Marqué el número de Rose Manor. Me contestó el propio Jorge.

—Siento haberte molestado, Enrique, pero necesito hablar contigo. Esta misma tarde, si fuese posible. Es urgente.

Había una sugestión de pánico en su voz.

—Por ahora no puedo decirte más. ¿Vendrás?

—Sí —respondí—. Espérame alrededor de las dieciséis.

Cortada la comunicación me volví hacia Bonny.

—No lo comprendo. Me dió la impresión de que tiene miedo.

—Tal vez hay motivos para ello. Algo raro ocurre en Rose Manor, Enrique. Sabe que todo el mundo me cuenta cosas..., quizá porque soy una vieja entremetida. Esos dos viven en departamentos separados pese a ser recién casados. Y no olvide que tienen a Duncan Crail viviendo con ellos.

Era éste un individuo que me desagradaba sobremanera y me inspiraba instintiva desconfianza. Además, no alcanzaba a comprender la asociación con los Braggs.

ROSE Manor, una mansión principesca rodeada de prados y jardines, pertenece a los Braggs desde generaciones atrás. El viejo Maxim, una verdadera reliquia que sirviera al abuelo de Jorge, me esperaba en la puerta y con una sonrisa en el rostro apergaminado me guió a la biblioteca. Allí estaba Jorge con una copa en la mano, mirando su imagen reflejada en un espejo. Cuando se incorporó para recibirme me di cuenta de que había bebido demasiado: sus movimientos eran ultra precisos, y noté el temblor de su mano al estrechar la mía.

—Gracias por haber venido, Enrique. Te serviré una copa...

—Hacía rato que no te veía —dije.

—Cierto. Desde el *cocktail-party* del tío Carlos. En realidad no vemos a nadie.

Necesitaba una explicación, por eso lo aguijoneé.

—El matrimonio te ha hecho antisocial. Y a propósito, ¿dónde está tu esposa? Me agradaría ofrecerle mis respetos.

—Creo que salió a dar un paseo a caballo —respondió con indiferencia. En ese momento me miró de frente por primera vez—. Sé que la gente habla de nosotros y juzga extraña nuestra conducta. Tal vez debería hacer algo, pero no sé qué. Se trata de mi mujer, ¿sabes? No quiere salir ni ver a nadie: es una especie de obsesión.

No quise presionarlo. Por tratarse de él había dicho demasiado.

—¿Deseabas verme en carácter profesional? —inquirí.

—Sí. —Y tras una ligera vacilación añadió: —Sospecho que alguien está tratando de matarme.

—¿En qué basas tus sospechas?

—En tres hechos distintos, pero que pudieron tener cada uno la misma consecuencia: mi muerte. El primero ocurrió hace tres semanas. En los últimos tiempos para poder dormir me veo obligado a tomar unas pastillas recetadas por el médico. Tú conoces esa clase de pastillas, ¿verdad?

—Sí. Son cápsulas amarillas, de tamaño mediano.

Asintió. —Éstas eran anaranjadas y bastante más grandes. Las hice analizar en la ciudad: contenían suficiente morfina como para matar a un caballo.

—¿Y los otros atentados contra tu vida? —pregunté.

—Días pasados adquirí un caballo de caza y cuando salí con él para ejercitarlo alguien había aflojado la cincha y me di un buen golpe. Tuve suerte. ¡Imagínate qué hubiera pasado si trato de saltar una valla! Interrogué a los mozos de cuadra y ninguno sabía nada. Los conozco y estoy seguro de que no mienten.

—¿Y el tercer intento?

—Tiraron contra mí con un arma de fuego mientras me encontraba en el bosquecillo ayer a la mañana. Y ésa es toda la historia. Tres veces en tres semanas.

ERA un lindo problema. Por supuesto, legalmente no había nada que hacer. ¿Intento de homicidio? Pero podía no serlo. En es estado de excitación nerviosa en que se encontraba Jorge, consecuencia de la bebida y los calmantes, ¿hasta qué punto serían sus palabras dignas de crédito? ¿No se trataría de exceso de imaginación?

—¿Hablaste con alguna persona de tu casa o fuera de ella sobre esos hechos?

—No, Enrique. Primero quise consultar contigo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —repliqué.

De pronto comenzó a reír.

—¡Oh, nada, nada! Olvídate de lo que acabo de contarte, viejo. Quizá me equivoqué y sea cosa de los nervios. Ahora ni siquiera estoy seguro de que me haya pasado nada.

—No imaginaste las cápsulas anaranjadas, puesto que las hiciste analizar —objeté—. Tampoco pudiste inventar la cincha rota o el tiro en el bosquecillo. Creo que todo ocurrió tal cual me lo contaste, pero que nadie tiene intención de que desaparezcas. El motivo fué asustarte, y lo consiguieron.

—¿Asustarme? —repitió asombrado—. ¿Y por qué? ¿Con qué objeto?

—Es posible que haya quien tenga interés en alejarte de Rose Manor.

—¡Eso nadie lo conseguirá! —Su voz sonaba quejumbrosa y obstinada—. He vuelto a mi hogar para no irme nunca más.

Eso me sorprendió. Jorge tenía afición a los viajes y gustaba residir largas temporadas en el extranjero; y por lo que sabía y oí de su esposa no la imaginaba deseando disfrutar de una existencia bucólica a perpetuidad.

—Bueno, yo me marcho —dije—. Llámame si se produce alguna novedad o deseas hablar nuevamente conmigo.

ME lo prometió. En ese momento abrióse la puerta y aparecieron Teresa Braggs y Duncan Crail. Ella poseía una belleza tal que su presencia causaba sensación. No trataré de describirla: sería inútil. Sólo un hábil escritor podría, valiéndose de las palabras, dar una idea de su hermosura, y yo no lo soy. De su vida sabía muy poco; sólo que provenía del norte de Irlanda, que su padre había sido lord Granling, y que residía en Francia cuando mi amigo la conoció y se casó con ella.

—Hicieron un paseo largo —dijo Jorge mirando de soslayo a su esposa. El whisky producía ahora su efecto; las palabras brotaban confusas de su boca.

Ella no se molestó en contestar. Su rostro era una bellísima máscara y sus ojos aparecían velados, mas se percibía el antagonismo en su actitud.

Duncan Crail intervino sonriendo con ironía.

—¡Qué! ¿Sospecha que nos hacemos el amor a sus espaldas?

Jorge habló con los dientes apretados.

—Crail, estoy harto de usted y de sus burlas. Ya se ha colmado mi paciencia.

Antes de que Teresa y yo acertáramos a intervenir le había dado un empujón, enviándolo dentro del placar donde guardaba botellas y copas. Cerró la puerta y se apoyó contra ella. Al cabo de unos instantes Crail comenzó a gritar y a golpear tras ella como si de repente hubiese enloquecido. A juzgar por su desesperación, debía de sufrir de claustrofobia.

Teresa se acercó entonces a su marido.

—¡Por favor, querido! —Lo besó en la mejilla mientras lo tomaba de la mano y lo apartaba. Salió Crail del armario, evidentemente aterrorizado por su brevísimo encierro. Pero ella no le prestó la menor atención.

—Ve a acostarte un rato, Jorge. Te hará bien. —Lo acompañó hasta el corredor y él se dirigió a la escalera, dócil como una criatura.

Al regresar junto a nosotros, Teresa se encaró con Crail.

—¡Te advertí que no lo provocaras! ¡Mereces que te hubiera dejado allí dentro!

La cólera encendía sus magníficos ojos verdes; su expresión reflejaba una profunda antipatía. De la pasada relación entre ellos yo nada sabía, mas bastaba mirarlos para darse cuenta de que no quedaban rastros, si es que alguna vez hubo algo.

—Perdón —murmuró él. Estaba muy pálido—. También le presentaré mis excusas a Jorge, aunque no creo que sirva de mucho. —Dando media vuelta, se marchó.

Teresa me acompañó hasta la puerta. Su expresión era trágica.

—Lamento que no le guste a usted nuestra gente, señora Braggs —dije.

Esto la sobresaltó, tal como me lo propusiera.

—Pero, ¿quién le dijo que no me agra-

da? ¿Se le ocurrió porque no acepto invitaciones ni recibo visitas? ¡La culpa es de Jorge! ¡Es él quien insiste en que vivamos aislados!

¿Cuál de los dos mentía? Cuando nos estrechamos las manos el contacto de la suya me hizo estremecer. Ella se dió perfecta cuenta: sin duda tenía plena conciencia de su poder sobre los hombres. ¿Y qué? Yo estaba comprometido para casarme con una adorable muchacha y nada alteraría mis planes. Así pensaba entonces. Era la segunda vez que veía a Teresa Braggs.

Pero ella me reservaba otra sorpresa.

—¿Qué opina de los pequeños misterios de mi marido, señor Stevens?

—Ignoraba que alguien más estuviese enterado de ello —repliqué sin reflexionar.

—¡Oh! —exclamó con una pequeña mueca—. Perdone. Supongo que no debí mencionarlos... Pero, ¿cree usted que es cosa seria?

—No —respondí con sinceridad.

—Me alegro de que se haya confiado a usted —dijo al cabo—. Yo misma se lo aconsejé convencida de que ello lo calmaría.

Jorge no me había dicho nada. A estar en sus manifestaciones, nadie conocía esos tres supuestos intentos contra su vida. Nuevamente uno de los dos mentía. Pero si lo hacía esta mujer, ¿cómo había logrado enterarse?

DURANTE tres días no supe nada de la gente de Rose Manor; el cuarto recibí una invitación. El señor y la señora Braggs solicitaban mi presencia en un baile de máscaras a celebrarse el próximo sábado en su residencia. ¡Sólo habían pasado tres días de la incidencia, y anunciaban de pronto una gran fiesta! Confieso que quedé perplejo.

Rechacé la invitación. Quizá si yo hubiese ido ciertas cosas no habrían pasado, aunque lo dudo: la maquinaria estaba en marcha y mi presencia no hubiera bastado para detenerla. Esa clase de fiestas no me gustaba, y tampoco entusiasmaba mucho a Jean, mi novia, de modo que decidimos ir, en cambio, al Country Club.

Ese sábado a la noche acudí a buscar a Jean. Me esperaba en el jardín, bañado de luz lunar. Estaba preciosa, y al verla experimenté una agradable sensación, mezcla de orgullo y alegría. Nuestro compromiso databa de seis meses atrás y nos casaríamos dentro de dos.

El Country Club estaba casi desierto. Jean y yo elegimos una mesita en la terraza y pedimos la cena. Una suave aroma a flores se levantaba del jardín bañado de plateado resplandor. Nunca me había parecido mi novia más hermosa. Sintiendo mi mirada tendió su mano y la apoyó en la mía.

—¿Arrepentido de no haber ido al baile de máscaras?

—¡Por Dios, no! Esto es perfecto. Y, por si viene al caso, te quiero mucho...

Su sonrisa se apagó de golpe.

—¿De veras, Enrique? A veces dudo... y tengo miedo. Analiza nuestras relaciones, querido; todo es plácido y sensato en ellas, y se me ocurre que un hombre necesita cierta... emoción en su noviazgo. Por eso mantengo alerta mi corazón en espera de la otra mujer que puede surgir en tu vida.

Me levanté, y acercándome a ella la besé.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

Pero, ¿lo eran? Sus palabras cristalizaban una sensación de ausencia hasta entonces no reconocida. Algo faltaba entre los dos, y ella, mujer al fin, lo percibía. Con un esfuerzo consciente reaccioné de esta impresión desleal, empujando mis dudas al fondo de mi mente.

Cuando terminamos de comer eran las veintitrés y treinta (recuerdo que miré mi reloj), y como el baile prometía poco decidimos retirarnos.

Mientras recogíamos nuestros abrigos hubo una súbita afluencia de público. La mayoría de los recién llegados venían con disfraz, lo cual los señalaba como desertores de la fiesta en Rose Manor. Conocí a Duncan Crall entre ellos: él me vió y se acercó con una sonrisa.

—¿Se marcha ya, señor Stevens? Esta noche su ausencia fué advertida y lamentada, créalo. —Se echaba de ver que había bebido bastante.

Jean salía del guardarropa, y sin saber bien por qué o cómo nos encontramos otra vez en la terraza sentados a una mesita con Crall.

—Aunque el aire está fresco, se respira mejor aquí afuera —comentó éste—. Soy de los infortunados que no resisten mucho tiempo entre cuatro paredes.

Después explicó su presencia allí.

—Me cansé de ver máscaras. Además, había demasiada gente.

—¿De qué se disfrazó la señora Braggs? —preguntó Jean.

—De Scherazada. Hizo una magnífica figura, por supuesto. Pero ni siquiera fué suficiente para retenerme: he visto a la querida Teresa con muchos disfraces, y es un espectáculo que ya no me interesa... Me pareció que me dirigía una mirada socarrona.

Un camarero interrumpió la escena: me llamaban por teléfono. Tan pronto levanté el auricular reconocí la voz de Bill Riordan, el jefe de policía.

—¿Stevens? Venga en seguida a Rose Manor. Ha ocurrido algo.

—¿Qué pasa? —inquirí impaciente—. ¡Hable con claridad, que ya soy grandecito!

—Jorge Braggs ha muerto. Asesinado. Alguien lo despachó de un tiro certero.

Dejé el auricular en su sitio. Me olvidé de Jean y de Crall, y cuando los recordé ya era demasiado tarde para llamar a mi novia.

ROSE Manor resplandecía de luces. Había cientos de automóviles estacionados a lo largo de la avenida de acceso a la casa; terrazas y jardines estaban llenos de huéspedes, vestidos con todos los disfraces imaginables. Bill Riordan me esperaba con su ayudante Pembrooke y el médico de policía. Noté su cansancio y preocupación.

—¿Hasta cuándo retendrá a esa gente? —pregunté, refiriéndome a los invitados.

Tuvo un gesto de impotencia.

—¡Qué se yo! Cuando termine con ellos: es necesario tomarles nombre, dirección y ver además si pueden proporcionar algún dato útil para la pesquisa. ¿Qué hará usted primero, Stevens?

—¿Dónde está el cuerpo de Jorge Braggs?

—En una salita contigua a la biblioteca. Vamos.

No había señales de Teresa, ni pregunté por ella; eso vendría después.

Los fotógrafos de la policía tomaban las últimas poses; otros hombres se ocupaban de buscar impresiones digitales.

—¿Se encontró el arma? —pregunté.

—No —respondió Riordan—. Claro que aún no pudimos registrar la casa.

Me arrodillé junto al cuerpo. El proyectil había entrado alto, desviándose de su trayectoria hacia abajo. Miré al doctor Lucas.

—¿Cuándo se produjo el deceso?

—Hace una hora aproximadamente, lo cual significa que fué muerto alrededor de las veintitrés y treinta y cinco. Le apuntaron de cerca. Un metro de distancia, con seguridad no más.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Dos invitados que penetraron en la salita en busca, según manifestaron, de un lugar tranquilo.

—¿Dónde estaba la señora Braggs cuando le dieron la noticia?

Riordan y Pembrooke se miraron desconcertados.

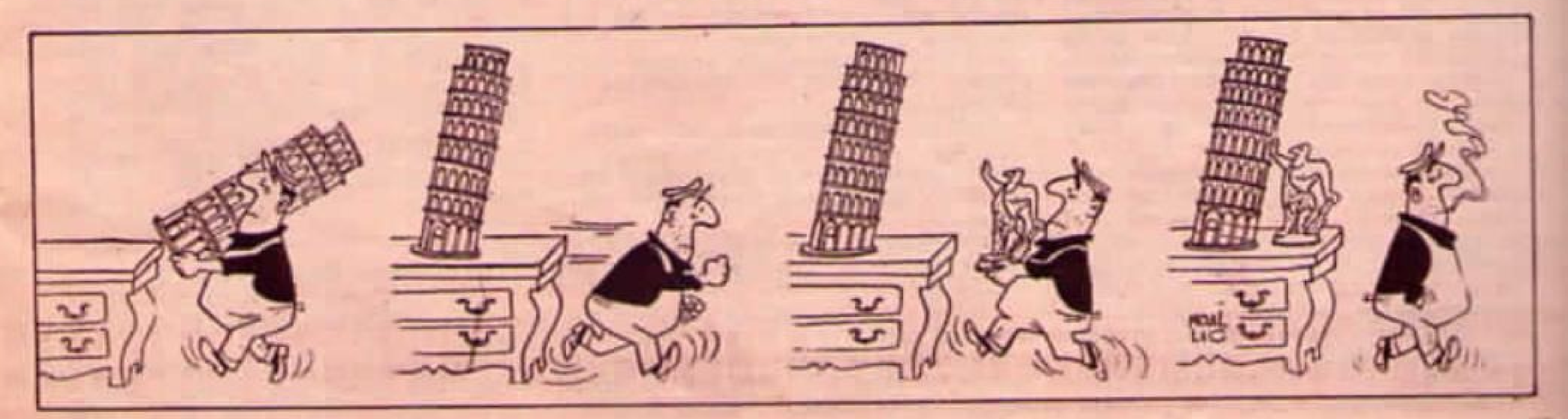
—En la terraza principal, con un grupo de invitados —respondió luego el primero.

—¿Vió el cuerpo?

—Apenas. Insistió en venir aquí, pero luego perdió el sentido y el doctor Bevan la hizo conducir al lecho. Creo que está con ella. —Hizo una pausa y se volvió hacia el doctor Lucas—. Practicará usted la autopsia esta misma noche.

El médico vaciló. En su mirada se reflejaba cierto temor.

—Hasta muertos los Braggs poseen más influencia que todos nosotros juntos. ¿No sería más prudente esperar órdenes?



—¡No! —gritó Riordan—. Quiero esa autopsia esta noche.

Pero el acento autoritario no llegaba a ocultar el temor. Todo funcionario oficial en Crescent City debía responder de sus acciones a la maquinaria Braggs. Esta dinastía tenía muchas ramificaciones unidas entre sí en un sólido frente contra cualquier crisis o intento de infiltración. Su jefe supremo e indiscutido era el viejo Carlos, y se suponía que debíamos esperar su reacción antes de proceder.

De regreso en casa me eché en el lecho con la ropa puesta. Sólo entonces recordé a mi novia. Pero era demasiado tarde para llamarla.

Lo hice por la mañana y convinimos en comer juntos. Después esperé el inevitable llamado de Carlos Braggs. Estaba en la oficina cuando lo recibí y salí sin perder un instante.

El edificio Braggs, cuartel general de la familia, se compone de cuarenta pisos de mármol negro, cristal y acero. El Banco ocupa toda la planta baja; "Tabacos Braggs" y "Productos Químicos Braggs", diez pisos; los periódicos y estudios radiales controlados por el consorcio Braggs, el resto del edificio. El viejo Carlos instaló su departamento en la torre.

Cuando entré el clan estaba reunido. Riordan y Pembrooke conversaban en voz baja con el coronel Holbright, jefe de policía del estado, y con el secretario del gobernador.

El viejo Carlos ocupaba su trono, un monumental escritorio moderno. Para los no acostumbrados su aspecto era ridículo con su cuerpo de gnomo coronado por una cabeza semejante a una bola de billar. Pero nosotros sabíamos que ese adefesio representaba a uno de los hombres más poderosos del país.

Cuando habló, se hizo un silencio profundo.

—No les robaré mucho tiempo, caballeros, porque cada minuto perdido aquí lo es también para la pesquisa que deben realizar. Mi sobrino fué asesinado por una persona o personas desconocidas. ¿Tiene alguno de ustedes algo que añadir a esto, o está en posesión de algún dato que pueda arrojar luz sobre el crimen?

Este era el momento de revelar mi visita a Rose Manor, cuando acudí llamado por Jorge, y lo que éste me confiara. Pero callé. La persona que había cambiado las cápsulas, que aflojara la cincha del caballo y le hiciera objeto de un atentado en el bosquecillo no quiso en realidad matarlo. Se trataba de otros intentos. Existía alguna razón, que yo ignoraba.

Carlos Braggs volvía a hablar.

—Caballeros, hallarán ustedes al o a los asesinos, o juro por Dios omnipotente que todos se encontrarán sin trabajo y sin posibilidades de hallarlo. —Su voz destilaba veneno cuando se incorporó y gritó, dando con el puño cerrado sobre el escritorio—: ¡Quiero al culpable de la muerte de mi sobrino y heredero, y lo quiero rápido!

Salía yo junto con los demás, cuando me llamó. Los otros me miraron con curiosidad, pero el viejo calló hasta que la puerta se cerró tras ellos.

—¿Qué hay de la mujer, Stevens —me preguntó a quemarropa cuando quedamos solos—; de la esposa de mi sobrino? —La suya no era una pregunta, y por eso no esperó respuesta—. He llegado a la conclusión de que es lo esencial en este asunto. ¡Concéntrese en ella! ¡No se aparte de su lado, conviértase en su sombra, persígala, hasta que se entere de la verdad! Esa será su tarea a partir de este momento. Me informará directamente de cualquier novedad que se produzca. No se ocupará de otra cosa.

Lo observé unos instantes.

—Señor Braggs —dije luego—, le formularé una pregunta que me contestará usted o no, según le convenga.

—Diga. —Sus manos inquietas se inmovilizaron un momento.

—¿Desea usted que descubra la culpabilidad de la señora Teresa Braggs?

No contestó en seguida y cuando lo hizo habló en voz tan baja que me costó entenderlo.

—Sí. No obtuve un informe completo sobre esa mujer hasta después de su matrimonio con mi sobrino. ¡Es un ser diabólico, y ha de pagar por sus pecados y crímenes!

RIMAS

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormida en sus cuerdas
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "¡Levántate y anda!".

Gustavo A. Bécquer

La conferencia había terminado. No respondió a mi saludo ni levantó la mirada cuando me retiré.

Fuí a Rose Manor esa misma tarde. Maxim abrió la puerta. Parecía enfermo, y no era de extrañar, pobre viejo. Había visto nacer a Jorge y lo adoraba.

—Haga el favor de preguntarle a la señora Braggs si puede recibirme, Maxim.

Aguardé en el vestíbulo. Un par de minutos después entraba ella sin hacer ruido. El rumor cadencioso y un poco trémulo de su voz me estremeció.

—No vino usted a darme sus condolencias... ¿Por qué? He vivido una pesadilla desde anoche. La policía estuvo aquí varias veces; lo examinaron todo y no quedó un solo sirviente sin interrogar, pero a mí me dejaron tranquila. Me temo, Enrique —trató de sonreír sin mucho éxito—, que ello no signifique precisamente consideración para la pobre viuda...

—Nuestra policía es muy metódica —repliqué—. Ya volverán. Y entonces no se olvidarán de usted.

Comenzó a pasearse de un lado a otro y aproveché la oportunidad para estudiarla. Esta mujer me intrigaba. Y eso estaba mal, porque confundía mis ideas y mi buen juicio.

Por fin se sentó en el brazo de un sillón, y cuando habló lo hizo con aspereza.

—¿A qué vino?

—A ver cómo estaban las cosas y si podía hacer algo.

Mentía, desde luego. Debía hallar al asesino de Jorge y su viuda era un candidato probable. Además, había recibido órdenes precisas de Carlos Braggs. El viejo estaba convencido de la culpabilidad de Teresa; tal vez no tenía una razón lógica o valedera, pero quería que la declaráramos culpable. Si, y cuando yo me convenciera de su culpabilidad la haría detener, sometiéndola a proceso; pero si no me convencía, la protegería oponiéndome a todo, aun conociendo las consecuencias de semejante paso.

—Lo único que necesito es a alguien para conversar —dijo la seductora mujer envolviéndome en el brillo de sus incomparables ojos verdes—. ¿Volverá pronto a visitarme, Enrique?

Dadas las circunstancias no podía atarme con una promesa.

—No era yo el único amigo de Jorge. Debe de haber muchas otras personas deseosas de tornar menos ingrata la soledad de su viuda.

—¡Nadie! —replicó con énfasis—. Se lo aseguro. Hemos vivido aislados, día tras día, noche tras noche, mirándonos. Casi no hablábamos, excepto cuando bebíamos, y entonces charlábamos demasiado. Jorge estaba celoso de mí, desesperadamente celoso...

Aún no había sido mencionado, de modo que pregunté:

—¿Y Duncan Crail? Yo creo que él es el más indicado...

—¡No! —protestó—. No me lo nombre. Anoche mismo le pedí que se marchara.

Mientras nos dirigíamos a la puerta tuve conciencia del débil aroma de su perfume. Más que fragancia era una sutil invitación. Sentaba a su magnífica belleza, mas yo no podía imaginar a Jean con ella. Una campanilla de alarma vibró en mi subconsciente en ese instante de comparación, pero me negué a escucharla.

—No quise a Jorge, Enrique —me confió—. Nunca lo amé. Nuestra unión fué un error. Por fortuna ese capítulo de mi vida concluyó; ni siquiera lamento su muerte.

—No creo que termine hasta que hayamos descubierto al asesino, señora Braggs.

Sonrió enigmática.

—Llámeme Teresa: es más práctico. ¿No advirtió con qué naturalidad empleo yo su nombre?

No se parecía a ninguna de las mujeres que conocí hasta entonces. Al alejarme de la casa comprendí que deseaba volver a verla.

Riordan y Pembrooke me esperaban en la oficina.

—¿Está postrada la viuda? —preguntó Riordan.

—No —respondí—. Nada de eso. Sospecha de las intenciones de ustedes: dice que la dejan demasiado tranquila y que eso no le gusta.

Pembrooke me tendió una lista escr...a a máquina.

—Estos son catorce nombres de hombres y mujeres que tuvieron entredichos con Jorge en diversas oportunidades. Ocho de ellos asistieron a esa maldita fiesta, pero probaron su inocencia fuera de toda duda. En consecuencia, sólo nos queda Duncan Crail. Hay muchas cosas oscuras en la vida de los esposos Braggs durante los últimos seis meses, Stevens, y la señora Braggs puede ayudarnos a aclararlas. Nos gustaría interrogarla, si usted y Carlos dan el visto bueno.

Asentí.

—Vayan esta misma noche.

—¿Hay que tratarla con guante blanco? —preguntó Riordan, deseoso de no correr riesgos.

—No —respondí—. Pueden tratarla como a cualquier sospechoso. Acúsela directamente; insinúe todo lo que se le ocurra

sobre supuestas pruebas de su culpabilidad; dígale que Crail ha hablado.

Al ver la indecisión reflejada en su rostro tomé el teléfono, y cuando oí la voz del viejo Carlos dije:

—Señor Braggs, visité a Teresa esta tarde y acabo de pedir al jefe Riordan que le haga una visita oficial hoy mismo y la trate como a sospechosa, sometiéndola a una interrogación en regla.

—¿Cree que se conseguirá algo con eso?

—No, desde luego. Pero la humillará verse tratada así; después apareceré yo lleno de ternura, comprensión y simpatía, y es posible que se confíe a mí por despecho.

—Le dije ya que la mujer es su problema, Stevens. Que Riordan siga sus instrucciones.

Esa noche cené en casa de Jean. Fué una ocasión maravillosamente normal, en un ambiente apacible. Ni Jean ni su padre mencionaron el caso Braggs, y por fin hablé yo.

—No entraré en detalles, pero hay ciertas cosas que considero que deben ustedes saber —empecé, y el doctor Remington, mi futuro suegro, me interrumpió.

—Carlos le ordenó que se ocupara de la viuda de Jorge para atraparla, ¿no es eso? No se sorprenda de que esté enterado, muchacho: conozco al hombre, y sé lo que siente respecto a esa joven. Quiere que usted la acuse, sea culpable o no.

Asentí con un movimiento de cabeza, y Jean protestó:

—Pero, ¿por qué, Enrique?

—No aprecias la astucia de ese viejo diablo, querida —replicó su padre—. Tiene puesto el ojo en Enrique. Si éste se conduce como él espera, lo hará escalar posiciones en su carrera hasta llegar a lo más alto. Tal vez hasta la gobernación... —Se volvió hacia mí—. ¿Cuáles son sus instrucciones, Enrique?

—Debo convertirme en la sombra de la viuda, conquistar su confianza; ablandarla, en una palabra, hasta quebrar su resistencia y arrancarle una confesión por las buenas o las malas. No obstante, el viejo olvida un detalle: que mi conciencia no está en venta. Si Teresa es culpable, procederé; pero si no lo es, la protegeré de todos los ataques cualesquiera que sean las consecuencias.

El doctor Remington no dijo nada; pero al pasar por mi lado para dirigirse a la puerta me palmeó el hombro.

—¿Estás conforme con mi decisión? —pregunté a Jean.

—Sí —respondió—, pero... tengo miedo, Enrique. Mucho miedo...

—¿De qué?

—De Teresa Braggs, del viejo Carlos. De lo que pueden hacernos...

A la mañana siguiente me presenté en Rose Manor y pedí ver a la viuda. Me hizo pasar a su dormitorio. Estaba palidísima y tenía sombras profundas alrededor de los ojos.

—Teresa, lamento en el alma lo de anoche —dije—. Acabo de enterarme...

—Fué una pesadilla —murmuró estremecida.

—No hay excusa posible para la forma como la trataron, y garantizo que no volverá a suceder.

—No podría soportarlo, Enrique... ¡Ese interrogatorio enloquecedor, esas preguntas capciosas formuladas una y otra vez, hora tras hora! —Las lágrimas asomaron a sus ojos, mas las contuvo—. Al fin comprendí que me estaba contradiciendo. Me dejaron justo a tiempo, pero estoy segura de que volverán, y entonces...

—No volverán. Se lo prometo. —Le tomé una mano para tranquilizarla.

—Lo malo de todo esto es que no puedo decirles nada. ¡No puedo porque nada tuve que ver con la muerte de Jorge! —Me dirigió una súbita mirada penetrante—. Me pregunto si cree usted en mi inocencia. —Cuando asentí, añadió—: Gracias. No imagina cuánto significa para mí su confianza...

—Bueno —dije soltándole la mano y poniéndome de pie—. Ahora trate de olvidar la visita de la policía. Procure dormir: le hará bien.

—¿Comerá conmigo esta noche? —murmuró—. Lo espero alrededor de las diecinueve.

—Vendré —respondí.

Bajé al recibidor y llamé a Maxim. Parecía enfermo, o quizá asustado.

—Siéntese, Maxim —dije con suavidad—. Es hora de que usted y yo hablemos un poco de la muerte del señor Jorge. —Permaneció de pie, nervioso y desconfiado—. Tal vez usted pueda ayudarnos a descubrir al asesino.

—¡No sé nada, señor Stevens! —protestó—. ¡La policía ya me interrogó y no sé nada más de lo que ya manifesté!

De pronto tuve una idea. —¿Podría llamar a la doncella personal de la señora?

Me pareció que eludía mi mirada.

—No está, señor Stevens. Hoy es su día de salida.

—Lástima —contesté simulando indiferencia—. ¿Cómo se llama la muchacha?

—Nancy Moon.

Si Maxim no quería hablar, había una posibilidad de que lo hiciera ella. Me detuve en una estación de servicio en el camino entre Rose Manor y Crescent City y llamé por teléfono a Pembrooke.

—Me gustaría hacerle unas preguntas a una tal Nancy Moon, doncella de la señora Braggs. Hoy es su día de salida: hágala buscar.

Carlos Braggs estaba de conferencia, pero cuando me anunciaron vino a mi encuentro. Percibí su impaciencia y no perdí tiempo en exordios.

—Necesito unas informaciones del abogado que atendía los asuntos de Jorge.

Al punto adivinó qué buscaba.

—¡El testamento! —exclamó—. Comprendo. ¿Qué información particular desea?

—Sólo los términos generales del documento y si se consideraba algún cambio.

Reflexionó unos instantes y en ese brevísimo lapso se me representó con gráfica claridad la anormalidad de mi posición. Este anciano me manejaba como a un títere: una palabra suya podía levantar en mi camino un obstáculo infranqueable, y, a la inversa, podía abrirme cualquier puerta. En ese mismo momento resolví seguir la investigación hasta el fin por el camino de la justicia, aunque ello me provocara un choque definitivo con los Braggs.

—Está bien —dijo al fin—. Vaya a ver al abogado Hotchkiss: yo le hablaré por teléfono y él le dirá lo que quiere saber. —Ya me marchaba, cuando me detuvo—. ¿Vió a esa mujer?

—Esta mañana. Y esta noche ceno con ella.

Eso le gustó. —¡Bien! Sabe mucho más de lo que aparenta. ¡No la deje tranquila!

Habiendo recibido sus instrucciones, el abogado no me negó la información pedida. En resumen, me informó que Teresa Braggs recibiría en herencia la fortuna personal de su extinto marido, calculada aproximadamente en cuatro millones de dólares.

—¿De cuándo data ese testamento? —pregunté.

—De un mes después de haberse celebrado la boda.

Dolorcito o dolor SLOAN lo mata con calor



GOLPES - TORCEDURAS - CALAMBRES
DOLORES MUSCULARES Y ARTICULARES

¿Por qué SLOAN mata el dolor?

La famosa fórmula SLOAN genera calor, que penetra profundamente llevando sus componentes medicinales al foco del dolor, facilita la circulación de la sangre, reduce la congestión y ALIVIA AL INSTANTE

SLOAN

LINIMENTO - BALSAMO

Téngalo a mano en su casa

UÑAS ENCARNADAS



Con solo unas gotas de ONIXOL Dr. SCHOLL en el borde de la uña, se suprime la molestia enseguida, se reduce la inflamación y vuelve al estado normal.

Adquiera un frasquito de este seguro y reconocido remedio y tendrá, por fin, alivio para tan molesto estado.

Instrucciones completas en el envase.



Venta en Farmacias





MENSAJE DE BELLEZA SINTETIZADO:

Si usted amiga aún no usó

CREMA ANTIARRUGAS "CREAMOR"

¿Cómo espera poder lograr un cutis terso, suave, juvenil?..





Sugestiva luminosidad...

ROJO LUZ
para rubias

ROJO ARTISTA
para trigueñas



Describirlos?.. Solamente sus labios dirán su encanto y sublime expresión de belleza!..

Consulte a la experta en
HARRODS - GATH & CHAVES



—¿Mencionó Jorge Braggs en alguna oportunidad desde su regreso deseos de alterar los términos del testamento?

—Sí, señor Stevens. Me comunicó que vendría a nuestras oficinas para redactar uno nuevo.

—¿Cuándo fué eso?

—La víspera de su muerte.

Ya nada me quedaba por averiguar. Di las gracias al abogado y me retiré. Su testimonio era vital e importante, mas no me hacía feliz...

Cuando llegué a mi oficina, Pembrooke y sus hombres ya habían traído a Nancy Moon. Los ojos de la muchacha brillaban de temor.

—¿Por qué me arrestaron, señor Stevens? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Si no está arrestada, Nancy! Tranquilícese. La hice buscar porque necesitaba hablar con usted cuanto antes.

—¿De qué? ¡Ya dije todo lo que sabía!

—Todo no —repliqué—. Por ejemplo, no dijo nada de las frecuentes discusiones entre sus patrones. Y de la gran pelea de la semana pasada. Tampoco dijo que el sábado a la mañana volvieron a reñir.

—Desde luego sólo me basaba en simples suposiciones, pero pensé que la treta daría resultado.

—No pensé que eso tenía importancia —replicó—. Discutían siempre. Claro que la pelea del sábado a la mañana fué terrible. Los gritos se oían en toda la casa. El señor Braggs parecía enloquecido; repitió muchas veces que le diría a todos lo mala que era ella.

TERESA esa noche vestía de encaje gris, un traje ceñido de gran escote que formaba el marco perfecto para su magnífica figura. La comida nos fué servida en su salita. Al principio nuestra conversación, como nuestra actitud, adoleció de falta de naturalidad; no obstante, con el correr de los minutos la tensión desapareció. Ella se tornó expansiva. Mientras comíamos me habló de sus padres, de sus primeros años en el castillo de Dunnevin, la morada antiquísima de su familia, de una adolescencia feliz. Se me antojó que lo hacía para evocar la parte más bella de su vida y olvidaba incluso mi presencia.

Después, poco a poco, caí en la cuenta de que en el relato posterior palpitaba la presencia viva, aunque no admitida, de un hombre a quien amó. No se trataba de Jorge ni tampoco de Duncan Crail. El hombre desconocido de su pasado compendiaba la juventud sugestiva, la excitación y el romanticismo. Pero algo ocurrió: tal vez ese hombre le causó un profundo desengaño.

El matrimonio con Jorge fué el resultado. La prueba la había endurecido emocional y espiritualmente. ¿La tornó también inescrupulosa y despiadada ¿Lo suficiente para impulsarla al crimen? Descontando el testamento no había un motivo aparente. Mas, ¿se podía en justicia desvincular el testamento o el misterio de su pasado?

—Jorge era todo lo que yo no quería en un marido —dijo luego—. Y por esa razón pensé que sería un esposo perfecto. Pero me equivoqué, como me había ocurrido antes, cuando elegí al hombre que personificaba todo lo que deseaba en un marido...

Me puse de pie.

—Me marcho, pero volveré mañana —dije.

—Me temo que me convertiré en una molestia para usted —observó con una sonrisa—. Y su prometida no me lo agradecerá.

No respondí a esto. Nos despedimos y me fuí para casa. Me costó conciliar el sueño; el recuerdo de Teresa me mantenía despierto. Súbitamente admití que no deseaba descubrir más pruebas contra ella, aunque si surgía algún testimonio concreto tendría que cumplir con mi deber y enviarla a la silla eléctrica...

ENTERRARON a Jorge Braggs a la mañana siguiente. Por la tarde hubo conferencia en la oficina de Riordan. Tuve la impresión de que tanto éste como Pembrooke no querían seguir con la pesquisa.

—¿Pretenden decirme que estamos ante el crimen perfecto? —protesté.

—¡Nada de eso! —replicó Riordan con impaciencia—. Lo que pasa es que hay demasiados callejones sin salida. Ni siquiera podemos hacer nada con los sospechosos. Usted, Stevens, no me deja tocar al mayordomo, que debe de saber mucho más de lo que admite.

—¿Y Duncan Crail? —pregunté.

—Ese anda mezclado en esto, pero no podemos probar nada. Su coartada no es perfecta ni mucho menos, ya que no debió llevarle más de unos minutos ir en automóvil desde Rose Manor al Country Club. Se encontraba en el lugar del crimen a la hora en que se cometió, y pudo hacerlo él. No pierdo las esperanzas sobre Duncan...

Y cuando llegué a casa, al anochecer, hallé a Crail que me aguardaba.

—¿Qué desea? —pregunté tras estrechar de bastante mala gana su mano.

—Explicarle algunas cosas. Me causa horror ser considerado por la policía como sospechoso de un crimen. El muerto era un Braggs, lo que significa que la cacería del hombre está pronta y puede convertirse en un linchamiento legalizado. Y no quiero ser la víctima, ¿comprende?

—Pensé que estaba bien cubierto por su coartada —dije para obligarlo a seguir.

Lanzó una carcajada corta.

—¿Qué coartada? No han establecido la hora exacta de la muerte; alrededor de las veintitrés y treinta, dijeron. Y yo estuve en el Country Club después de esa hora.

—Está bien —dije—. Admitamos que su situación es comprometida. ¿Y qué?

—Oiga, Stevens, conozco a Teresa desde hace años...

—¿Lo invitó a pasar una temporada en Rose Manor?

—No. Me presenté sin ser invitado. Necesitaba estar un tiempo fuera de circulación y me acordé de ella...

—La sometió usted a un chantaje para obligarla a aceptarlo en su casa, ¿no es eso?

Esperaba cualquier cosa, menos verlo asentir.

—En efecto. No se sorprenda tanto. No deja de ser un recurso cómodo.

—¿Qué sabe de la señora Braggs? —pregunté, aunque sin mucha esperanza.

—Eso no se lo diré. Mi propósito ha sido, sencillamente, explicar mi presencia en Rose Manor. No trate de probar mi culpabilidad, Stevens, porque perderá el tiempo. No sé quién mató a Jorge, aunque podría dar un nombre...

Esto se tornaba monótono. Hasta Duncan Crail señalaba a Teresa como presunta culpable. Sabía algo extraño de ella, pero se negaba a hablar. Y si ese secreto servía para un chantaje... ¿no podía ser motivo de un crimen?

Esa noche, mientras me encontraba de visita en casa de Jean, recibí un mensaje de Bonnie: el viejo Braggs había hablado a la oficina en mi ausencia. Quería verme sin tardanza.

—No pretendo aconsejarte, querido —me dijo Jean al acompañarme hasta la puerta—; mas tú sabes tan bien como yo que tratándose de los Braggs, quienes se

les opongan deben someterse o desaparecer. No rompas con el viejo por una simple cuestión de principios...

—¡Créeme que no tengo el menor interés en romper con él! —repliqué—. Es demasiado importante para nuestro futuro.. —No le dije que había otras cosas además de principios capaces de esclavizar la voluntad de un hombre. Por ejemplo, un sentimiento como el que empezaba a inspirarme Teresa.

Cuando la dejé adiviné que se sentía perpleja y desdichada. También yo experimentaba lo mismo.

Carlos Braggs tenía algo que decirme y lo expresó sin rodeos.

—Riordan tiene orden de detener a esa mujer mañana por la mañana. Ella es la asesina de mi sobrino.

—¡No! —exclamé involuntariamente. Viendo su sorpresa, me corregí—. No lo es hasta que hayamos probado su culpabilidad, señor Braggs. Y no hay pruebas.

—Su reputación es el factor que combinado con el motivo, la oportunidad y el testimonio de los testigos resultará en la prueba que servirá al jurado para condenarla —replicó. Me dirigió una mirada—. Las pruebas materiales son excelentes en un juicio por homicidio, pero no son imprescindibles.

—Creo que deberíamos esperar un poco más. Tan pronto se produzca su detención, la señora Braggs recurrirá a un letrado. Buscará al mejor, sin duda alguna. El abogado no necesitará sino uno o dos puntos flojos en la acusación para aferrarse a ellos y presentar una exposición que plantearа la duda en la mente del jurado. Y no conseguiremos un fallo de culpabilidad.

—Está bien —dijo—. Le doy hasta el jueves, Stevens.

Nos despedimos. No fué una ocasión feliz, porque habíamos llegado a un arreglo, y a Carlos Braggs no le gustaba transigir.

LO primero que hice a la mañana siguiente fué averiguar la dirección de Duncan Crail. Me presenté en el hotel de ínfimo orden donde alquilaba un cuarto. Llamé a su puerta y acudió a abrir; al verme quiso darme con la puerta en las narices, pero lo empujé y me colé de rondón.

—Necesito que me diga todo lo que sabe de Teresa Braggs, Crail. Hable.

—Lo siento —replicó con una mueca—. Tengo muy mala memoria.

Comprendí que no hablaría y tuve una inspiración. Dirigí una mirada a mi alrededor y descubrí lo que parecía ser la puerta de un placar. Crail sufría de claustrofobia... De un salto estuve junto al armario y lo abrí: era reducido, oscuro, sin ventilación, justo lo que necesitaba.

—Un hombre tendría dificultad en respirar aquí dentro, ¿verdad? —comenté como al descuido—. No llegaría a asfixiarse, pero sentiría que las paredes se cierran a su alrededor...

—¡Basta! —gritó llevándose una mano a la garganta.

—Soy más alto y fuerte que usted —proseguí—. Lo encerraré en este placar e iré a dar una vueltecita por ahí. Dentro de un par de horas volveré, y si entonces todavía no está dispuesto a hablar, no importa. Tengo mucha paciencia. Tal vez después de quedarse encerrado una noche recuerde todo lo que olvidó. —Avancé un paso hacia él—. Vamos, Crail...

—¡No! —exclamó encogiéndose—. ¡No! ¡Usted no puede hacerme eso!

—¡Que no! Ya lo verá. Vamos. No me obligue a emplear la fuerza...

Inclinó la cabeza, resignado y vencido.

—Hablaré —dijo.

Lo hice sentar y me ubiqué frente a él. Al cabo de un momento empezó:

—Teresa Granling Braggs tiene un único dios: el dinero. La raíz del mal debemos buscarla en su padre, lord Granling, que cometió el tremendo error de perder su fortuna en un mal momento... para ella. No sólo se terminaron los modelos de París, las largas temporadas en el sur de Francia, las grandes fiestas en el castillo familiar, sino que la familia conoció privaciones y hasta hambre. Esto no es una exageración. La honorable Teresa conoció la humillación de ser invitada a casa de sus aristocráticos amigos por lástima; durante un año vivió prácticamente de la caridad ajena, hasta que reaccionó y se dedicó a trabajar, llevando clientes a casas de modas, joyerías, clubes de juego, restaurantes y otros lugares por el estilo.

—¿Hombres en su vida? —pregunté.

—No muchos. Sólo aquellos capaces de darle libras esterlinas.

—Hubo uno a quien quiso mucho —agregué en seguida.

Esto le sorprendió, pero no eludió la respuesta.

—Sí. Se llamaba Terence Blakely y valía aún menos que yo, si tal cosa es posible. Un canalla encantador, de buen apellido.

—¿El la amaba?

—De eso nunca estuve seguro. Debió de quererla puesto que se casó con ella.

—¿Cómo?

—Se casó con ella —repitió—. ¿De qué se extraña? Yo asistí a la ceremonia, muy privada en razón de que a ninguno de los dos convenía la publicidad. Un mes después Blakely resumió en pocas frases su opinión de nuestra Teresa y la abandonó. —Crail hizo una pausa y agregó reflexivo—: El hombre era un buen juez de mujeres.

—¿Cuándo se divorciaron?

—Eso no ocurrió. Al casarse con Jorge, Teresa se convirtió en bígama. Este es un delito castigado por la ley; mas había mucho dinero de por medio, su marido había desaparecido, y decidió correr el albur. Pero Blakely reapareció al poco tiempo...

—¿Y qué ocurrió? —inquirí impaciente ante una nueva pausa—. Ese hombre debió callar o se habría producido un escándalo del que tendríamos noticias. ¿Tal vez la hizo objeto de un chantaje?

—No tuvo oportunidad. Murió poco después. Se suicidó...

MIENTRAS me dirigía a Rose Manor me vi obligado a reconocer, muy a mi pesar, que comenzaba a perder la fe en la inocencia de Teresa. Había demasiadas pruebas vitales en su contra: el abogado Hotchkiss y el testamento; Nancy Moon y las peleas; ahora Crail y su historia.

Teresa estaba en el jardín y cuando me vió su rostro iluminóse con una sonrisa. Me tendió ambas manos, y de pronto la encontré en mis brazos. El momento pareció prolongarse indefinidamente hasta que de golpe me rechazó, casi con violencia.

—¡No debimos hacerlo!

Supe qué quería significar. No se refería a normas de conducta o moral sino a que con ese abrazo quedaba revelada nuestra mutua y poderosa atracción.

—No debió suceder —prosiguió—, aunque, desde luego, supe que era inevitable. Estoy enamorada...

—¡Teresa, escúcheme!

Interpretó mal mi ansiedad.

—Tranquilícese, que no le pido nada. Los hombres a quienes amé nunca me correspondieron.



Cuando
el problema es
problema intestinal...



Leche de
Magnesia
Phillips
es el mejor laxante
que Vd. puede tomar

SU ACCION LAXANTE ES COMPLETA

Porque además de regularizar el movimiento intestinal, Leche de Magnesia Phillips elimina la excesiva acidez, pesadez, ardores, agruras y demás malestares que acompañan casi siempre a la pereza intestinal. Una dosis, según la edad, al acostarse "trabaja" suavemente, sin perturbar el sueño, y al llegar la mañana Ud. consigue el alivio esperado.

Realmente es el mejor laxante que Ud. puede comprar.

LECHE DE MAGNESIA
PHILLIPS
buena para usted y toda la familia



Hablé con franqueza brutal. Tuve que hacerlo, antes de que nos dominara a ambos la pasión.

—¡Escuche, por Dios! La arrestarán acusándola de homicidio en la persona de su marido.

—¿A mí? ¡No puede ser! ¡Nada tuve que ver con la muerte de Jorge!

—*Se lo advierto. Carlos está haciendo lo* posible por enviarla a la silla eléctrica.

Reflexionó unos instantes. Después preguntó con lentitud:

—¿Cree usted en mi inocencia, Enrique?

—Sinceramente, no lo sé.

Se acercó y me apretó un brazo.

—¡No puede dudar de mí! ¡No se lo permitiré! —Reconocía su mayor peligro y su posible salvación, porque yo representaba cada una de esas cosas, o las dos.

—¿Por qué creen que he sido yo?

—Todos los otros sospechosos han sido eliminados, Teresa. El propio Crail presentó una coartada.

—¿Piensan que he tenido un motivo?

—Alguien dijo una vez que sólo hay dos causas básicas para el crimen: el amor o el dinero. Retrocedamos unos años en el tiempo y preste atención a una historia, la misma que escuchará el jurado a su debido tiempo. Es de mucho efecto, respaldada por hechos concretos. Comenzamos con una bella adolescente irlandesa, cuya familia queda de la noche a la mañana sumida en la miseria. La jovencita arrastra una existencia oscura durante un año, y no se resigna. Decide entonces que la ética no interesa, sino el dinero, y se propone obtenerlo por cualquier medio.

De pronto pareció comprender que Crail había hablado, y que ello lo cambiaba todo. Se reflejó en sus ojos el terror, y experimenté tanta compasión al verla así que vacilé. Mas me obligué a seguir.

Cuando hice una nueva pausa, comentó:

—No es una historia edificante, ¿verdad? No me dijo más que eso. Ni una protesta, ni un intento de explicación. Murmuró—: Prosiga usted, Enrique.

LLEGABAMOS ahora a un punto esencial: su vida junto a Jorge en Rose Manor.

La pareja volvió al rancio hogar de él. Para ella significaba el mismo estancamiento del que pretendió escapar por medio de la bigamia. Hubo choques. Finalmente la mutua hostilidad estalló. El se dispuso a abandonarla. Sabemos que consideró la posibilidad de cambiar su testamento: lo mataron antes que llegara a hacerlo. Al jurado se le pedirá que responda a una sola pregunta, Teresa: "¿Mataría esta mujer para consolidar su futura seguridad económica?"

—¿Cómo respondería usted a ella, Enrique?

—Vacilaría en contestar negando, porque recordaría esos tres torpes intentos previos contra la vida de la víctima.

Mantuvo la mirada baja mientras hacía su confesión.

—Sólo quise... asustarlo para que abandonara esta casa tan solitaria, esta vida monótona del campo, y me llevara a las grandes ciudades. Crail me ayudó. Enrique, nada tuve que ver con la muerte de Jorge, pero ahora comprendo que nadie me creerá.

Súbita, milagrosamente, desaparecieron las dudas y la creí. Había un hecho irrefutable; podía ser inocente, pese a todas las pruebas en contrario. Me acerqué a ella e hice que levantara la cabeza. El llanto bañaba sus mejillas. La abracé y se aferró a mí; por un breve momento sólo existió ella palpitante en mis brazos. Después la aparté.

—Pero no es suficiente que yo la crea. Si usted no mató a Jorge, alguien lo hizo. Tenemos que descubrir al criminal.

—¿Cuál es el primer paso a dar? —preguntó con acento firme.

—Debemos concentrarnos en la vida personal de Jorge, buscar un indicio entre su correspondencia y efectos personales. ¿Dónde *guardaba sus papeles?*

—En su estudio. Vamos si quiere examinarlos.

En su escritorio descubrimos algo importantísimo: un diario de su vida en el que dejó constancia día a día de las alternativas grandes y pequeñas de su existencia. Bien podía hallarse allí la clave del misterio de su muerte, la prueba que libraría a Teresa de toda culpa o la enviaría a la silla eléctrica. Busqué en los últimos días del mes de mayo. Mencionaba los tres intentos contra su vida, pero sin comentario; había una repetida referencia a "una decisión que tomé respecto a mi vida", pero nada relacionado con el carácter de tal decisión.

Teresa leía sobre mi hombro.

De pronto advertí que el diario concluía un jueves. Jorge había sido muerto el sábado a la noche. Faltaban dos páginas vitales, y, fijándome, noté que habían sido arrancadas. Claro que podía haberlas cortado él mismo, poco satisfecho con lo escrito en ellas.

—Teresa —anuncié—. Le conseguiré un abogado, se llama Tolliver, reside en Richmond. Todo dependerá de él.

Permaneció callada unos instantes. Luego dijo:

—Sé lo que esto significará para usted, para su carrera. ¿Por qué lo hace, Enrique? Usted no me ama...

—Mis sentimientos personales nada tienen que ver con mi decisión de ayudarla —repliqué un tanto pomposo—. Sé ahora que no mató a Jorge, y no permitiré que Carlos Braggs cometa una injusticia con usted.

Callamos. Después murmuré:

—Por cierto que hemos elegido un buen momento para conocernos...

Se me acercó.

—El tiempo nada significa para el corazón..., ¿o es que no lo aprendiste todavía?

Había en ella una intensidad abrumadora, y allí residía el peligro. Luché contra la tentación de estrecharla otra vez en mis brazos. Dije:

—Me pondré en comunicación con Tolliver esta noche, y mañana lo traeré aquí.

—¿Te marchas ya? —En su mirada se reflejaba la decepción.

Asentí. No creí que fuera menester explicar mi actitud.

MAS tarde Jean escuchó en silencio mis confusas e incoherentes explicaciones sobre mi decisión de defender a Teresa y desafiar a Carlos Braggs. Su rostro permaneció inexpresivo; sólo sus dedos, que plegaban y desplegaban el pañuelo, traicionaban el tumulto interior.

—¿Qué quieres que te diga, Enrique? —Ella sabía tan bien como yo el precio que debería pagar por mi insurrección—. En este momento sólo se me ocurre pensar que me parecerá raro irme de Crescent City.

—Querida, no te pediré que te sacrifiques por mí...

—¿Sacrificarme? ¿Olvidas que te amo? Sólo espero... —calló unos instantes y luego prosiguió— que no te equivoques respecto a esa mujer.

Esa era una posibilidad en la cual no me animaba a pensar.

También enteré de mi decisión al viejo Braggs, y su reacción, o mejor dicho su fal-

ta de animosidad, me sorprendió. Escuchó callado hasta el fin, y entonces preguntó:

—¿Debo entender que su renuncia es oficial, Stevens?

—Lo es.

—Pues permítame llamar a mi secretaria para que la redacte, así podrá firmarla —meneó la cabeza mientras apretaba el timbre—. Una lástima. Teníamos grandes proyectos para usted.

Al dictar los términos de mi renuncia tuve la sensación de que redactaba la sentencia de muerte de mi futuro. Se retiró la muchacha, y el viejo me miró.

—¿Piensa asumir la defensa?

—No. Hemos llamado a Tolliver.

—Es un hombre capaz. —Lo dijo con una sonrisa agria. Era el abogado que había derrotado a uno de sus periódicos en un juicio por difamación.

—Además es un hombre de sanos principios, señor Braggs; no aprueba la justicia dirigida. ¿Qué ocurrirá si se equivoca usted respecto a Teresa? Si convencemos al jurado de que es inocente, parecerá que trató usted deliberadamente de hacerla condenar. Incluso su departamento de prensa tendrá dificultad en explicar las cosas en forma satisfactoria...

Mis palabras le hicieron perder el dominio sobre sí. Se puso de pie, golpeando el escritorio con furia.

—¡La mujer es culpable! ¡La considero una amenaza para la sociedad y no pararé hasta enviarla a la silla eléctrica! Y ahora... ¡retírese!

Cuando volví a casa hallé a Nelson Tolliver aguardándome. Discutimos el caso en todos sus detalles, y mientras hablaba traté conscientemente de convencerlo. Porque era de esa clase de abogados que o creía en la inocencia de un sospechoso o no. Y si no lo suponía inocente se negaba a defenderlo.

Tras mis últimas palabras, observó:

—Cree usted que la mujer no tiene culpa, mas su opinión es parcial. Eso no obstante, asumiré su defensa. Será una manera de atacar a los Braggs y su infame maquinaria.

A duras penas contuve una exclamación de alegría.

CUANDO esa tarde trajeron detenida a Teresa lo vi todo desde mi oficina. Los reporteros la rodearon, asediándola a preguntas; mas Tolliver se encargó de sacárselos de encima con el consabido: —No tenemos nada que decir.

En el breve tiempo que pasó con ella había hecho un buen trabajo. Teresa estaba peinada con sencillez, no tenía maquillaje y vestía un traje oscuro de líneas severas.

Después de darle entrada la encerraron en una celda. La escena primera del primer acto concluía

—No se le ocurra ir a verla —previno Tolliver adelantándose a mi intención—. Si los muchachos de la prensa los descubren juntos y toman fotografías, serán la comidilla de la opinión pública: no habrá usted procedido por convicción al pasarse al campo de la acusada, sino actuado bajo el influjo de la diabólica sugestión de la mujer.

Tenía razón, claro está, pero aborrecí la idea de dejarla sola en su celda entregada a amargas reflexiones, comenzando tal vez a dudar de mí. Escribí con rapidez unas líneas de explicación.

—Tome. Lléveselas.

Pronto estuvo de vuelta y me aseguró que Teresa estaba tranquila, pero no me trajo ningún mensaje. Me sentí vagamente desilusionado.

En los días siguientes las cosas tomaron el curso previsto, sin que se produjeran novedades. La maquinaria estaba bien aceitada. Se señaló la fecha de la iniciación del juicio oral, y se nombraron los miembros del jurado. Esa noche visité a Jean y a su padre. Los encontré en el porche jugando al ajedrez. Y sentí como si regresase a mi hogar después de un larguísimo viaje a través de un país desconocido.

De pronto comprendí cuánto deseaba olvidar a los Braggs, a Tolliver, incluso a Teresa. Una vida normal junto a mi novia nunca me había parecido tan deseable..., ni tan imposible.

—¡Querido! —exclamó Jean sorprendida—. ¡Qué cara tienes! Se diría que hace semanas que no duermes... —Me besó y por un momento permanecimos estrechados en un abrazo, como criaturitas asustadas.

El teléfono llamó mientras comíamos.

—¡Tuvimos un trabajo enorme para dar con usted! —exclamó una voz. Era la del abogado—. ¡Véngase en seguida!

Colgó antes de que pudiera interrogarlo.

—Tolliver —expliqué a Jean—. Quiere que vaya ahora mismo.

No dijo nada, pero percibí su tensión.

—No te preocupes, querida. No ha de ser nada. —Los dos sabíamos que decía lo que no pensaba.

EN la que fué mi oficina estaban reunidos Tolliver, Riordan, Penbrooke y dos o tres funcionarios policiales más. Me aguardaban. Noté cierta confusión en ellos.

—¡Era hora de verlo aparecer! —protestó el abogado de mal humor—. ¡Desde las seis de la tarde siguiéndole la pista! —Dirigió una mirada sardónica a Riordan—. ¿Le doy yo la noticia, o prefiere dársela usted?

El otro se encogió de hombros, y habló Pembrooke.

—Stevens, el Estado retira los cargos contra Teresa Braggs.

—¿Cómo ha dicho? —repetí incrédulo—. ¿La dejarán libre sin haberla sometido a juicio?

—No queda otra alternativa. Se han descubierto pruebas concluyentes de su inocencia.

¡Era inocente! ¡No me había equivocado!

—¿Está enterado Carlos Braggs? —pregunté.

Riordan asintió con un movimiento de cabeza, sin mirarme. Proseguí, todavía no muy seguro del terreno que pisaba:

—Si se ha probado su inocencia, no creo que haya inconvenientes en devolverle la libertad esta misma noche.

La indecisión reflejada en los rostros de los policías me convenció de que carecían de instrucciones específicas.

—¿Llamo al viejo? —propuse.

—Será mejor —asintió Riordan.

Cuando aquél respondió, casi no reconocí su voz. Hablaba con dificultad, como un enfermo.

—Quiero que se devuelva la libertad a la señora Braggs esta misma noche —dije sin preámbulos.

Hubo una pausa tan larga que pensé que se había cortado la comunicación. Pero al fin respondió:

—¿Está allí Riordan? Dígale que la deje libre. ¿Es eso todo?

—No —repliqué—. Deseamos que se dé a publicidad una declaración concebida en tales términos que libre de toda sombra el buen nombre y honor de la señora.

—¡No habrá tal declaración! —prorrumpió—. ¡Que se conforme con quedar libre!

—¡No es suficiente, señor mío! —protesté—. ¡No se puede jugar en esa forma con la reputación de una persona!





Productos de Laboratorios MEDEX S.R.L.

Mientras esperaba la respuesta hice una señal a Tolliver para que fuera a buscar a Teresa. Riordan firmó la orden, ya preparada.

—La reputación de esa mujer no me interesa —replicó el viejo Braggs al cabo. —Los directores de mis periódicos tienen orden de no publicar una sola palabra más sobre ese asunto, y el público es de mala memoria. Adiós, señor Stevens.

Pregunté a Pembrooke y Riordan:

—¿En qué consisten las pruebas halladas?

Ambos hicieron una señal negativa con la cabeza, y el primero dijo:

—Sólo el viejo lo sabe. Debió de averiguar algo y nos habló para que diéramos el caso por terminado.

Salí de la oficina y bajé al vestíbulo. A poco se me reunieron el letrado y Teresa. Los ojos verdes de ella brillaban: todo su rostro resplandecía. Hubo una extraña timidez, un singular envaramiento en nuestra actitud al producirse el reencuentro, y no se debía a la presencia de Tolliver. Era otra cosa, algo básico, fundamental. La dura prueba había terminado. Desde este momento nada nos impedía ceder a la mutua atracción..., suponiendo que deseáramos hacerlo.

—La señora Braggs debe retirarse de aquí cuanto antes —dijo el abogado—. No conviene llamar la atención sobre su persona.

Ella comentó pensativa:

—Jamás creí que me alegraría un día de volver a Rose Manor.

—¿Quiere acompañarla usted, Tolliver? —dije—. Debo hacer una visita.

Me miró incrédula.

—¡Enrique! Pero..., irá a verme más tarde, ¿verdad?

—Iré tan pronto haya realizado mi entrevista.

Iría, naturalmente. Era necesario. Tenía que saber qué había en definitiva entre los dos, y si valía la pena renunciar para siempre a Jean...

CARLOS Braggs estaba todavía en su despacho, agobiado, detrás del escritorio inmenso.

—Pensé que vendría —dijo. Sus facciones parecían haberse achicado en los últimos días—. ¿Ya está libre esa mujer?

—Sí.

—Entonces tiene todo lo que desea.

—¿Qué le hizo cambiar de idea?

Sus dedos se entrelazaron nerviosos. Habló en voz tan baja que apenas pude oír sus palabras.

—Mi sobrino era un cobarde. No lo mataron: él mismo se quitó la vida.

—¿Cómo lo sabe? —exclamé incrédulo.

La explicación significó para él una tortura, porque lo obligaba a admitir lo que consideraba una mancha para la familia.

—Maxim vino a verme esta tarde. El pobre luchó con su conciencia desde que arrestaron a esa mujer, y nunca habría hablado si no hubiera temido que la declararan culpable condenándola a morir...

—¿Maxim encontró el cuerpo de Jorge aquella noche? —aventuré.

—Sí. Mi sobrino tenía el arma en la mano. Comprendió que su cobardía llenaría de vergüenza a la familia, y en consecuencia retiró el arma y la escondió en un lugar de la casa. A la mañana siguiente la enterró en el jardín.

Todo resultaba claro y simple. Un suicidio. Pero de pronto, sin causa aparente, tuve miedo. Un miedo horrible, incontrolable.

—¿Dejó Jorge algún mensaje? —pregunté—. Quizá el mayordomo lo destruyó...

—No dejó mensaje alguno.

Con esta información nada resultaba claro o simple. No obstante, no podía dar voz a mis dudas sin revelar la historia de Terence Blakely y su oportuna muerte; un suicidio, según Duncan Crail...

¡Increíble coincidencia! Los dos hombres que se casaron con Teresa Granling se habían suicidado. Ella nada tenía que ver con esas muertes, mas yo necesitaba saber. Mientras me despedía de Carlos Braggs, me retiraba y echaba a andar con paso vivo por la calle, un plan comenzaba a formarse en mi mente. Ni siquiera un plan. El proyecto de un ardid que podía dar resultados. Mas para llevarlo a cabo necesitaba la colaboración de Duncan Crail.

Tuve suerte: lo encontré en su cuarto del hotel. Había bebido, pero no tanto como para no comprender el significado de mis palabras.

—La policía dejó libre a Teresa esta noche. Ahora creen que Jorge se suicidó. Yo no.

Me miró con evidente incredulidad, mas su mente comenzaba a trabajar. Casi pude seguir la trayectoria de sus pensamientos: y advertí que también él establecía el paralelo entre el fin de Blakely y el de Jorge.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó.

—Eso depende de nosotros —dije. Pensé que secundaría mi plan por dos razones básicas: se vería libre de sospechas por parte de la policía si la justicia rechazaba el veredicto de suicidio (y yo me cuidaría de que ocurriera así) y tendría una magnífica ocasión de vengarse de Teresa, que había tratado de complicarlo en ese feo asunto.

Le expuse mi idea. Me escuchó en silencio y luego asintió.

—Será fácil y dará resultados —dijo—.

CON PUBLICIDAD

Para realizar su sueño



... debe MEJORAR su PREPARACION, señorita! ¿Por qué no se decide a estudiar una carrera comercial? ¡Pero que sea en las Academias Pitman! Sus cursos —en clase o por correo— la prepararán MEJOR en MENOR tiempo. Llene y envíe AHORA el cupón y recibirá a vuelta de correo El Libro del Exito.

CURSOS PITMAN

fáciles y rápidos, que usted puede aprender en clases o por correspondencia:

DACTILOGRAFIA - TAQUIGRAFIA - TENEDURIA de LIBROS - CONTABILIDAD SUPERIOR - CORRESPONSAL - SECRETARIADO - EMPLEADO de BANCO - CAJERO - VENTAS - ARITMETICA - ORTOGRAFIA - GRAMATICA - CALIGRAFIA - INGLES - FRANCES - DIBUJO - ETC. ETC.

Academias





Yo, como usted, no creo que haya habido suicidio. Ella lo mató: le convenía. Como le interesó antes eliminar a Terence Blakely. Pero éste era un pobre diablo, y un Braggs es un potentado.

Bajamos juntos y en el teléfono del hotel me comuniqué con Riordan. Le dije lo suficiente para asegurarme su colaboración.

Nos volvimos a reunir en mi oficina. Dejé a Crail con uno de los muchachos, mientras exponía mi plan a Riordan y Pembrooke.

—¡Stevens, es arriesgado depositar tanta confianza en ese individuo! —protestó Pembrooke—. Cualquiera de los dos, él o la mujer, puede ser el culpable... ¿Y quién nos asegura que no la prevenga si son cómplices, o que decida no colaborar y no saquemos nada en limpio de todo esto?

Tenía razón, desde luego. Crail era poco digno de confianza, mas si en efecto había un criminal, sólo nos quedaba este recurso extremo para descubrirlo. Finalmente logré convencerlos de que la cooperación de Crail era imprescindible.

TERESA me esperaba. Me invitó a acompañarla a la biblioteca. Al mirarla me pregunté si su esplendente belleza reflejaba serenidad o una arrogante confianza en su propio destino.

Era libre, y poseía la riqueza y seguridad tan ansiadas. Un mundo brillante le abría los brazos y parecía quererme a mí en él. Habló de Capri, de St. Moritz, de París, de Roma, de la Costa Azul, de los lugares donde pululaba la gente de su mundo. Cosa singular. Nada me impedía ahora ceder a su magia, y no obstante cuando más se acrecentaba su sugestión con tanta más frecuencia se mezclaba Jean en mis pensamientos.

Se abrió la puerta y Duncan Crail apareció en la biblioteca. Nuestro plan estaba en marcha.

La sangre fría de Teresa me admiró. Su rostro perfecto permaneció impasible; sólo su mirada cambió, tornándose cautelosa. Conocía a Crail, y debía saber que su presencia inesperada allí representaba un peligro.

—¡Duncan, qué sorpresa! —exclamó.

El hombre era un consumado actor. Me saludó con una inclinación de cabeza; luego su actitud volvióse perentoria al decir:

—¿Nos excusa unos minutos, Stevens? Necesito conversar con Teresa... a solas. —Era casi una orden.

A ella no le gustó.

—Nada tenemos que decirnos en privado tú y yo.

Pero él estaba acostumbrado a dominarla.

—Te conviene escucharme a solas. Es muy importante. Ven, vayamos a la salita.

Ella vaciló aún, sabiendo demasiado bien que él estaba allí para pedir, para exigir. No se atrevió, empero, a rehusarse.

—Vuelvo en seguida, Enrique.

Cuando la pareja salió, conocí un momento de depresión. ¿Cómo reaccionaría ella cuando Crail le mostrara las dos páginas que faltaban del diario de Jorge, en el cual éste la acusaba de haberlo querido matar tres veces? Las hojas preparadas por mí no se parecían mucho a las originales, mas Crail no le permitiría que las examinase de cerca. Era un chantajista profesional y estaba acostumbrado a esas cosas.

Pasaron los minutos. Me mordí las uñas de impaciencia esperando que ocurriera algo. Nada pasó. Por fin se abrió la puerta del corredor y apareció Pembrooke como una sombra.

—Stevens, no acierto a comprenderlo —dijo en voz baja—. Lo escuchábamos todo con claridad por el micrófono. Crail la acusó de haber matado a Braggs, y ella no lo negó. Después comenzó a leerle las páginas del diario; ella lo interrumpió preguntándole si no quería beber una copa. El asintió. Y después ya no le entendimos nada. Hablaba como si tuviese la lengua trabada... ¡Stevens! —exclamó bruscamente—. ¿Ese saloncito tiene otra puerta? ¡Tal como me lo temía ese individuo nos jugó sucio!

Corrimos al pequeño saloncito. Las puertas-ventanas estaban abiertas de par en par, y la pareja había desaparecido. En el mismo momento oímos un motor en el camino. Salimos a la avenida a tiempo para ver las luces traseras que desaparecían a la distancia.

—¡Pronto, el coche! —grité a Pembrooke. Yo no creía que Crail nos hubiera traicionado. Esa bebida que Teresa le ofreció y él aceptó debió de contener un narcótico. Nos lanzamos en persecución del automóvil fugitivo. A la luz de la luna la escena tenía mucho de irreal. No tardamos en acortar distancias y vimos a Teresa que había abierto la portezuela y sacaba casi medio cuerpo fuera del coche. De pronto debió de hacer un viraje porque el vehículo se apartó del camino. Y en ese instante su propósito se nos apareció claro como la luz del día.

En el fondo de la pendiente se levantaba una altísima pared de piedra, y hacia ella enfiló, disponiéndose a saltar en el punto preciso. No lo logró. Crail debió de recobrarse en ese momento, aferrándola de un brazo. El choque fué tremendo y las llamas surgieron instantáneas.

Qué había ocurrido entre los dos, nunca lo sabríamos.

Pembrooke y yo corrimos al lugar del siniestro, pero nada pudimos hacer. Nadie hubiera conseguido nada.

—Casi, casi le dió resultado —comentó Pembrooke secándose la frente—. Lo hizo subir al coche y lo llevó a dar un paseíto. Si todo hubiese marchado bien estaría en estos momentos de regreso en la casa, y colgada de su cuello, Stevens, gemiría culpándose de esa muerte por haber permitido que el hombre guiara en estado de ebriedad.

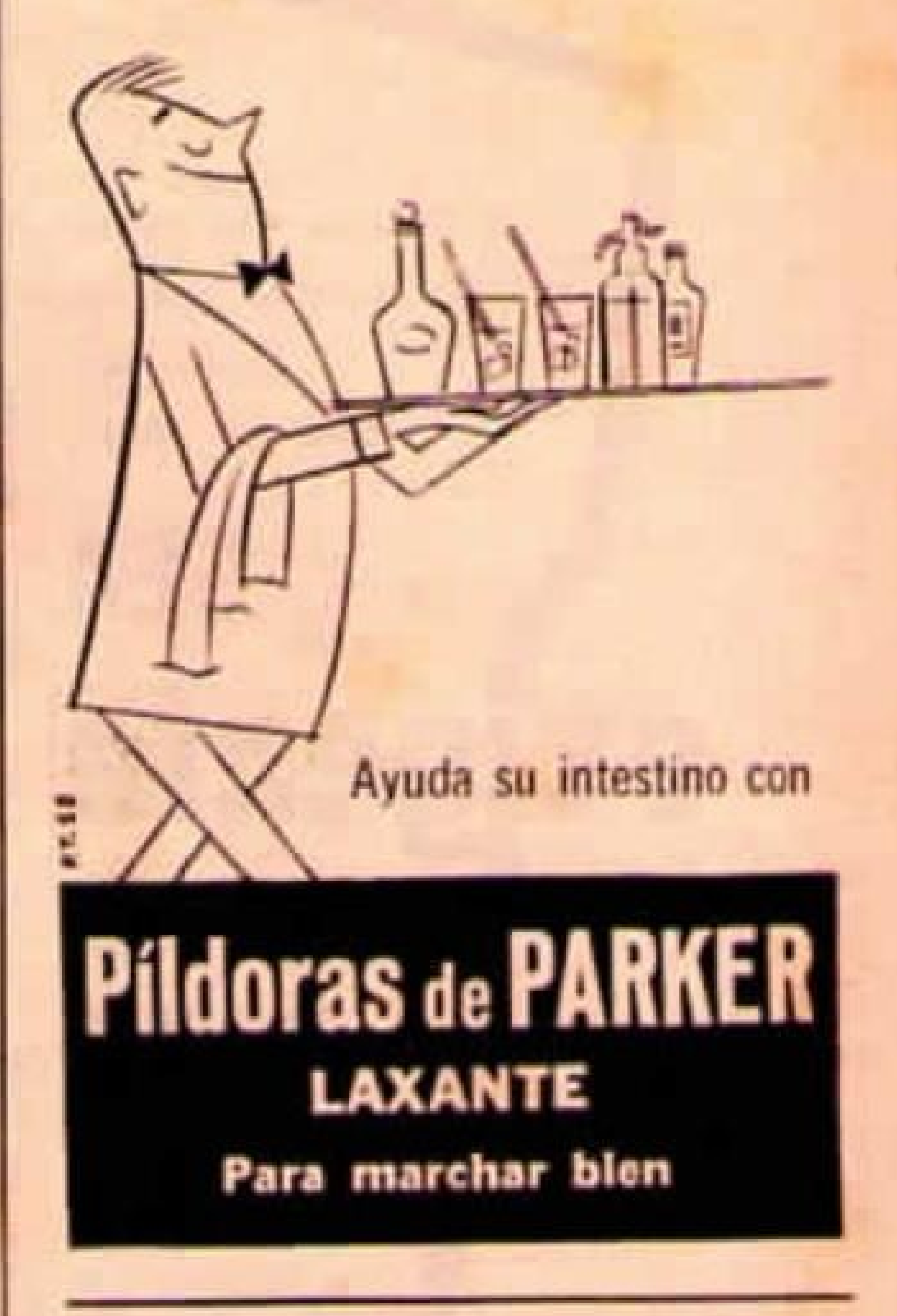
Volvimos al automóvil patrullero y esperé hasta que Pembrooke se hubiese comunicado con Riordan y los demás por el radioteléfono. Cuando concluyó dijo:

—No creo que desee volver a esa casa, Stevens. ¿Adónde lo llevo?

—A lo de los Remington —dije automáticamente.

Ahora siempre estaría Jean en mi vida, pero si Crail no me hubiera hablado del "suicidio" de Blakely, si no me hubiera dado por sospechar de la segunda muerte, si Teresa y yo hubiéramos concertado... ¿Cómo se habría librado de mí, me pregunto, al encontrar a otro que le interesara más? Como especulación resultaba de lo más interesante. ▮

En el próximo número: LA PUERTA DEL HAREN
por María del Carmen de Toledo





Ya que una cocina
no se cambia,
así no más,
todos los años...

SEA
exigente
ELIJA UNA
ORBIS
DE
GALA



ORBIS

Roberto Mertig

CALLAO 53 • BUENOS AIRES • T. E. 40-7061

PUBLICIDAD C-V



PARA EL MENU

por Petrona C. de Gandulfo

RECETAS FACILES Y ECONOMICAS

PAN SIN HUEVOS NI MANTECA

Trescientos gr. de harina, cien de azúcar, media taza de leche más tres cucharadas, tres cucharadas de miel, una de canela, media cucharadita de bicarbonato de soda, una de polvo de hornear, media de nueces picadas, una de pasas de uva y dos cáscaras de naranja abrillantada picadas.

Mezclar todos los ingredientes y ponerlos en un molde alargado, enharinado y enmantecado; introducir en horno suave una horas más o menos.

PAN DE MANZANA

Seis manzanas, una taza de azúcar, media de agua, media cucharadita de colorante rojo, una cucharada de vinagre y una de canela.

Masa: Doscientos cincuenta gr. de harina, cien de manteca, dos cucharaditas de polvo de hornear, media de sal, cuatro cucharadas de azúcar y leche como para formar una masa.

Cortar las manzanas en redondeles, sacándoles la semilla y colocarlos en una fuente de horno enmantecada.

Mezclar el agua, azúcar, colorante, canela y vinagre y verter sobre las manzanas.

Preparar una masa con los ingredientes arriba indicados, estirarla, cortar con ella medallones, cubrir las manzanas, pintar con huevo batido, y cocer en horno a temperatura regular.

FALSAS COSTILLITAS

Medio litro de salsa blanca bien espesa. Dos cucharadas de perejil picado, una cucharadita de mostaza, sal fina, cuatro huevos duros picados, cien gr. de jamón cocido picado y nuez moscada.

Mezclar todo con la salsa blanca y enfriar bien; cortar en porciones, darle forma de costillitas, pasarlas por huevo batido y pan rallado, freírlas en aceite a fuego regular; escurrirlas y ponerles un pedacito de fideo imitando el huesito.

Acompañar con arvejas y zanahorias cocidas y salteadas en manteca.

PAPAS CON QUESO

Ocho o diez papas cocidas con su cáscara, cien gr. de manteca, doscientos de queso fresco, dos huevos, cuatrocientos gr. de leche tibia, sal y pimienta.

Pelar las papas y cortarlas en tajadas finas.

Enmantecar una fuente de horno, echar la mitad de las papas, sobre ello la mitad del queso cortado, añadirle un poco de manteca, colocar lo restante de papas, el queso y la manteca. Batir los huevos, agregarle la leche, sal y pimienta, cubriendo con ello la preparación.

Se introduce en horno a temperatura regular hasta que estén doraditas.

Las clases de *Laura Real* experta en economía doméstica, de Royal.



HOY PREPARAMOS

Masitas "Lili"



Tamizar juntos, 2 tazas de harina, 1 cucharadita de Polvo Royal, 1 cucharadita de canela, 1/4 de cucharadita de clavo de olor y 3/4 de taza de azúcar.



Agregar 150 gs. de manteca bien fría, deshaciendo con tenedor hasta que quede como arenilla.



Añadir 3 yemas mezcladas con 3 cucharadas de leche y unir hasta formar una pasta lisa.



Estirar a 1/2 cm. de espesor y cortar con cortapastas de formas variadas.



Cocinar las masitas en horno moderado, durante 12 minutos.



Ya frías, adornarlas con un copete de azucarado y grageas o nueces picadas.



Masitas deliciosas como éstas las puede preparar usted en su casa, segura de que le saldrán ¡a la perfección! Polvo Royal se encarga de hacer crocantes los bizcochos, esponjosos los bizcochuelos y más rica y liviana ¡toda la repostería! Polvo Royal levanta la masa pareja y permite una cocción mucho más uniforme.

Sintonice "Mundo Hogareño Royal" todos los lunes, miércoles y viernes a las 17.03 por L R 1 Radio El Mundo. ¡Podrá ganar uno de los juegos de vajilla para horno de vidrio marca Pyrex que Royal obsequia!

POLVO ROYAL

¡nunca falla!

Y siempre es ¡más económico!



¿QUE ES LA PINTURA?

(De la página 43)

delo, y darse cuenta de que el mundo no está compuesto de una serie de resultados espectaculares, sino de una verdad misteriosa que instante a instante proclama sus trajines en la maravilla de un paisaje, en el prodigio de un cuerpo humano o en la modestia de una cosa pueril. El milagro del mundo crea sin parar la sorpresa fabulosa de la vida. Hacer arte, y en este caso pintura, es suscribir un compromiso que pocos seres humanos alcanzan: comprometerse al logro de otro milagro con leyes, propiedades y valores en sí.

Pintar, por lo tanto, tarea que no puede realizarse bajo ningún pretexto sin el conocimiento suficiente del oficio, no es una cosa de técnicos sino de creadores. La naturaleza concretamente no está ahí delante de nuestra vista para que con paciencia y conocimiento de los problemas técnicos nos aprovechemos de ella, sino para inspirarnos con su lección. El hombre que registra momentos de acaecer universal o testimonia la apariencia viva de una criatura humana puede ser un magnífico "artesano", pero no un "artista". El espíritu, por el contrario, que maravillado de un resultado natural o de la dignidad misteriosa de la persona viva se aprovecha de sus conocimientos técnicos y levanta un mundo formal estremecido por esa temperatura superior a la que nos referimos en nuestra primera nota, pretende ordenar en lo eterno lo que la vida realiza en lo temporal. Un cuadro, como consecuencia, no puede valorarse por los recursos técnicos gracias a los cuales se consigue, ni mucho menos por lo que representa o significa. El milagro de la vida palpita de manera constante en ese tejido asombroso al que llamamos naturaleza, y la naturaleza artística, la obra que un artista crea, tiene que ser un tejido plástico de inspiración múltiple, cuyos valores estén determinados en función del orden, dinamismo, intensidad y ritmo plásticos nada más. Se dice en algunos volúmenes técnicos que el valor es el grado de mayor o menor intensidad luminosa de un tono. Y aunque esto en el plano del oficio resulte incontrovertible, debemos considerar como valor artístico a la carga misteriosa por la que un cuadro logrado nos instala en lo superior.

Los motivos, resumiendo un poco lo dicho, no son sino puntos de arranque para la labor creadora. La naturaleza, por otra parte, no es un modelo temporal reproducible por quienes dominan los recursos técnicos básicos, sino un ejemplario permanente de algo supremo y misterioso que el artista trata de eternizar. Cuando cierto amigo nuestro, preocupado por esta clase de problemas, respira satisfecho y asegura: "no hay arte realista ni arte abstracto, sino arte", dice algo muy vago, pero bastante encaminado si inmediatamente piensa que lo artístico no es un virtuosismo técnico planteado a imagen y semejanza de la piel del mundo, ni una segunda versión de lo que la vida realiza milagrosamente, sino un tejido expresivo colmado de valores plásticos capaz por su categoría de actuar sobre el hombre como un milagro elevador. Milagro desde el momento que por su inefabilidad nos pone en contacto con un mundo ajeno a lo mediocre. Elevador, porque sólo el verdadero arte sirve al hombre para elevarlo y mejorarlo, cuando haciéndole disfrutar de su riqueza constitutiva lo pone en contacto automáticamente con ese misterio intemporal eternizado por las formas en lo que llamamos expresión.

LOS PARCOS ESCOCESES

CUANDO estaba cosiendo mi vestido de novia ayudada por mi abuelita, una encantadora escocesa, le dije un día:

—Cuéntame de tu vestido de novia, abuelita. ¿Lo hiciste tú misma?

—¡Seguro que sí! —contestó ella—. Era de tafetán azul, con miriñaque y escote bajo.

—¡Qué lindo! —exclamé—. Tan menudita como eres y con tu cabello rubio debes de haberte visto divina vestida de azul.

—Pues no hubo tal, hija —fué su sorprendente respuesta—: El día de mi boda llovió y tuve que ponerme mi vestido escocés viejo de cuadros verdes y rojos.

JUVENTUD

OTRA fórmula —¿cuántas van?— para mantener la juventud eterna. Desde la fuente de Juvencia a Bogomoletz, pasando por Metchnikoff y Voronoff, los métodos son incontables. Ahora nos sale la profesora rumana Aslan, que anunció en un congreso el hallazgo de un sistema de rejuvenecimiento a base de novocaína. La juventud, lectora, está en una misma. Se la lleva adentro. A veces se la prolonga en los hijos. Porque ellos, con su alegría, su optimismo y salud, contagian a la madre parte de la juventud de que disfrutan.

amorosa tibieza...



Tiernas manos han hecho
las camitas con las frazadas
que tienen su misma tibieza.
Y los regalones duermen:
tranquilos, felices, abrigaditos
con sus Frazadas CAMPOMAR,
las frazadas con "calor maternal".



• elija
en sus 16 encantadores tipos y colores,
pero exija la etiqueta
Campomar





Tradición
en la Industria
Textil Argentina

POLUX

UD. MISMA TIENE LA SOLUCION

CUALQUIERA SEA EL LUGAR EN QUE VIVA

Está en sus propias manos, señora, concretar sus aspiraciones domésticas:

- **la redecoración de su casa**
- **la adquisición de una heladera más moderna**
- **los muebles para la habitación de los chicos**
- **Un tapado de piel**
- **Vacaciones mejores y más prolongadas**

★ SI, SEÑORA

Todo eso y otras muchas cosas más podrá asegurarse si, gracias a su dulce y maravilloso influjo, logra persuadir a su esposo a dedicar unas horas diarias a la producción de

SEGUROS DE VIDA,

profesión cómoda y extraordinariamente compensatoria...

★

En nuestro cuerpo de productores se han incorporado escribanos, maestros, asesores de réditos, visitadores médicos, empleados y vendedores de comercio, etc., de todo el país, que dedican al seguro, provechosamente, las horas libres que les dejan sus ocupaciones habituales.

Dígale a su esposo que nos visite, o que nos escriba. Ya verá cuán acertado resultará su consejo

SUD AMERICA

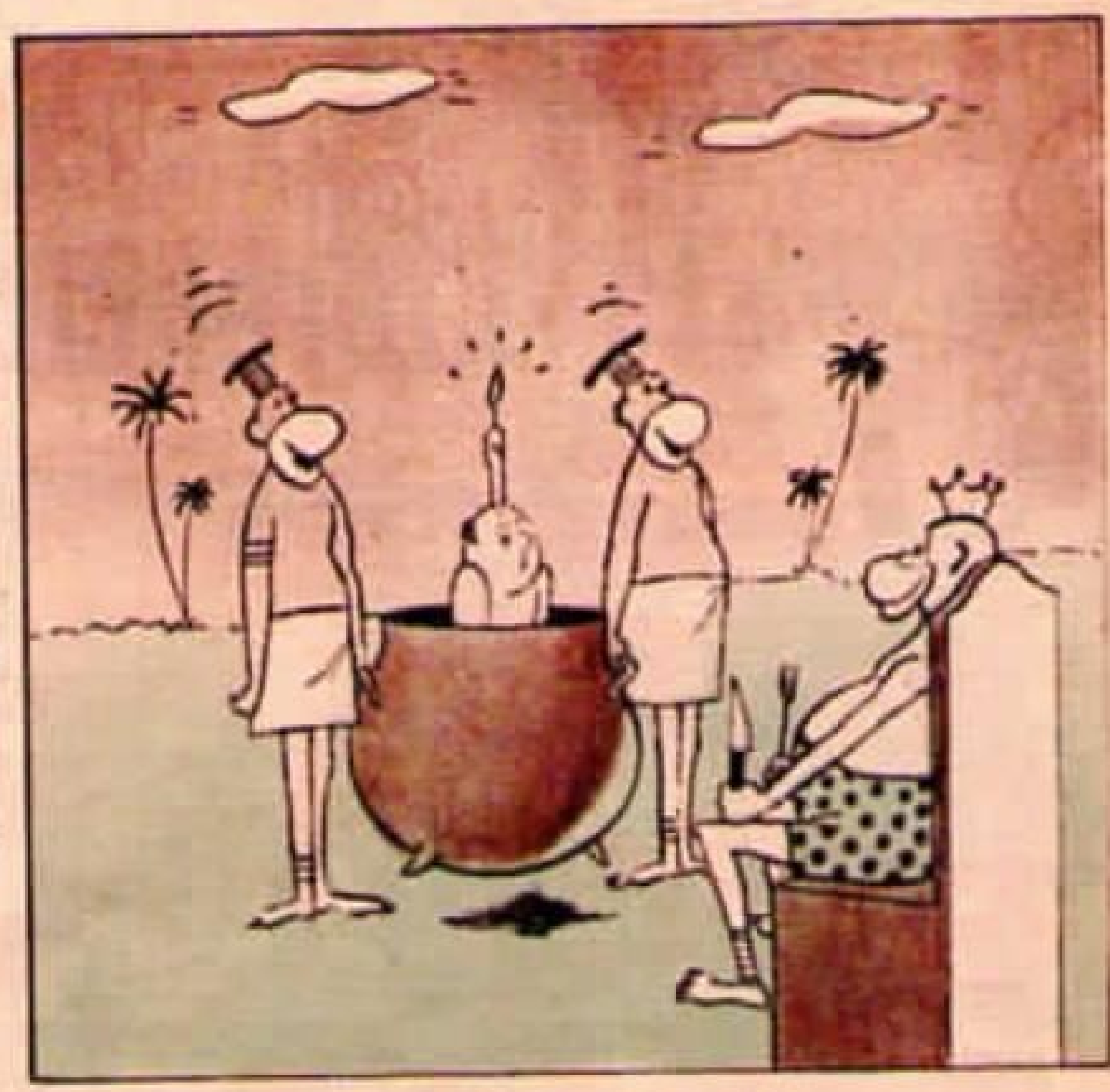
COMPAÑIA DE SEGUROS DE VIDA

La más poderosa institución de Seguros de Vida en la Argentina, con organizaciones en todo el territorio del país.

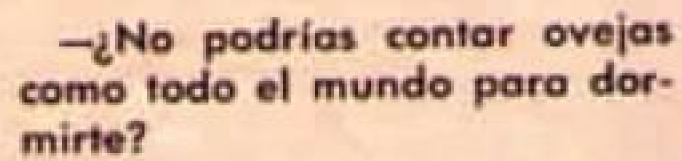
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 530
BUENOS AIRES

LA NOTA COMICA

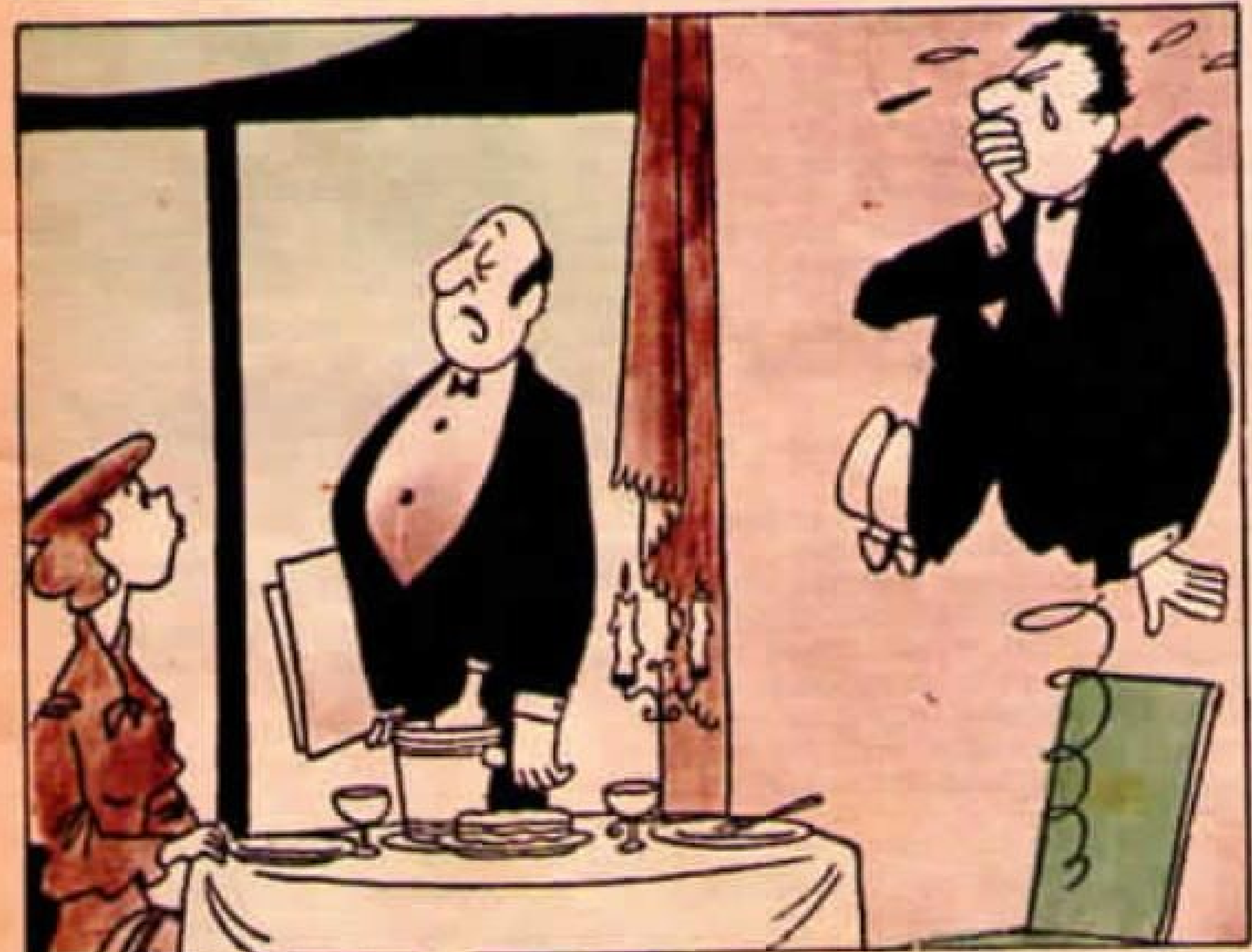
—Elige uno más corto si quieres, pero después no vengas a quejarte de que tienes frío en los pies.



—Feliz cumpleaños, jefe...



—¿No podrías contar ovejas como todo el mundo para dormirte?



—¿El señor no sabía que nuestras almóndigas turcas eran un poquito fuertes?

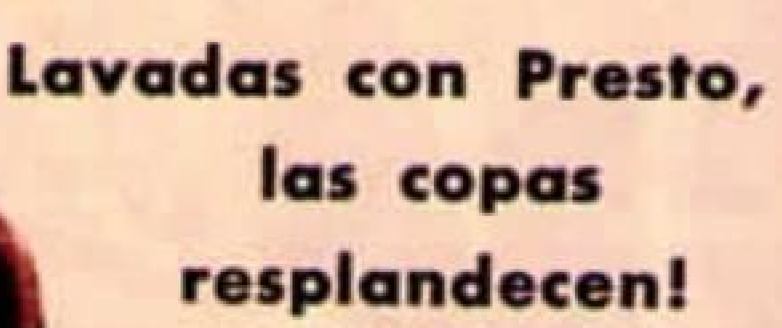


—¿Te acuerdas del día en que nos casamos? Había ravioles, pavo, lechón, champán...

En un mes se aprende a leer con UPA!

con Presto se ve la diferencia!







Vaya a lo seguro! Fíjese que diga "Presto" en la etiqueta!

Presto supera todo porque es...

EFICAZ! Limpia perfectamente copas, platos, cubiertos...

RAPIDO! En un momento hace desaparecer toda la grasitud!

COMODO! Desengrasa los platos sin trabajo! Y se secan solos!

SUAVE! No afecta las manos!

ECONOMICO! Es tan concentrado que con una cucharada se lavan los platos de una comida de toda la familia!

NADA LAVA SU VAJILLA MEJOR QUE PRESTO!



GUERRA AL RUIDO

Médicos y científicos que vencieron las enfermedades infecciosas tratan ahora a las que provienen del ruido.

por Odette Chevrier

París, junio de 1958.

DOCTOR, mi matrimonio y mi felicidad están amenazados. No sé lo que pasa con mi marido. Tenemos dos hijos y nuestro hogar está a punto de derrumbarse. De noche, cuando llega mi esposo, sin motivo aparente discutimos y reñimos. Me doy cuenta de que él está nervioso y yo también. Cumplo largas jornadas de labor en la oficina y no siempre al regresar me siento dispuesta a la tolerancia.

Con estas palabras una mujer explicó al doctor Tremolieres el drama de su vida. Este, sin vacilar, diagnosticó el mal: el ruido.

El profesor Tremolieres, de la Academia de Medicina de París, es el hombre que acaba de señalar con mucha gravedad esta plaga de la sociedad moderna. Lo hizo al tiempo que anunciaba la creación de la Liga Francesa contra el Ruido.

UN PELIGRO SOCIAL

Ahora que gracias a los grandes progresos de la técnica las enfermedades infecciosas han sido prácticamente vencidas, una plaga hasta hace poco considerada como inofensiva está causando estragos. Es el ruido, o mejor dicho, las enfermedades —que lo son— provocadas por el ruido. Aquí, en Francia, como en otros países, ya se comenzó a reaccionar.

Pero veamos cómo vive el hombre moderno, en especial el de las grandes ciudades. Es cierto que el campesino se encoge de hombros cuando le hablan de los trastornos físicos y mentales que puede acarrear el ruido. Los médicos que actúan en los centros urbanos no piensan del mismo modo. Saben en qué infierno de las más variadas cacofonías está sumido el hombre que trabaja, tanto en el taller como en la oficina. Esta víctima no escapa a ninguna de las celadas que el ruido le tiende despiadadamente en cada esquina, en cada rincón de la ciudad; la ensordecedora "sinfonía del tránsito" con el rugido de los escapes, el zumbido de los motores, el chirriar de los frenos, los gritos de los vendedores ambulantes, el golpear de las puertas que se cierran. Ya en la oficina, sin interrupción se hunde en el llamado telefónico, en el tableteo de las máquinas de escribir, en las órdenes dadas a voz en cuello por encima de las conversaciones particulares...

Todo esto es una jornada "de trabajo" de un hombre »







de una mujer. ¿Los efectos? Dejemos aquí hablar a los especialistas.

DE LA SORDERA A LA ARTERIOSCLEROSIS

Desde luego, el oído se cuenta como la primera víctima de este estado de cosas. Es conocida la sordera parcial que sufrían antaño los herreros. Hoy no sólo éstos la padecen, sino también el obrero que trabaja en medio del rugir de las máquinas; al principio se atenúa en él la acuidad auditiva, después la sordera progresa para tornarse total.

La actividad intelectual también se resiente debido a las vibraciones sonoras. En una clase demasiado ruidosa aun los mejores alumnos no consiguen concentrar su atención. Recientemente un conocido catedrático francés confesó que salía fatigadísimo de dar un curso mientras tableteaban afuera los trépanos callejeros.

Existen comprobaciones físicas de estos disturbios. Un médico italiano comprobó, mientras trepanaba un cerebro, que al menor ruido se producía en el campo operatorio un marcado aflujo sanguíneo. No es de extrañar, por lo tanto, que una persona naturalmente irritable se torne agresiva dentro de un ambiente ruidoso. Tampoco lo es que el tratamiento del silencio forme parte de las prescripciones de la psiquiatría.

EL RUIDO, ESE GUSANO...

Veamos ahora cómo opera el ruido. Desde los centros nerviosos las vibraciones sonoras se extienden a todos los órganos a través del sistema neurovegetativo. Las alteraciones auditivas van acompañadas de adelgazamiento, anemia, náuseas, irregularidades cardíacas. El ruido provoca también disturbios endocrinos, puede demorar una convalecencia y aun agravar una enfermedad. Por último, estos transtornos funcionales engendran a veces lesiones orgánicas, arteriosclerosis, ulceraciones pilóricas o duodenales, así como el mal llamado de Basedow. Durante la guerra, en Londres, a causa de los grandes bombardeos aéreos, los médicos diagnosticaron un número impresionante de úlceras del estómago en individuos generalmente poco propensos al miedo, pero que, según sus propias palabras, se sobresaltaban al menor ruido.

UN POCO MAS DE SORDINA

Disminuir la intensidad de los discordantes sonidos que debemos a la civilización es el paso previo a cualquier terapéutica. En París, al quedar prohibido el uso de la bocina se notó en un importante Banco que el porcentaje de errores se había vuelto ínfimo. En los establecimientos industriales más destacados de Francia por medio de la telemecánica pudo detectarse una considerable mejora en el rendimiento dentro de los talleres construidos a prueba de ruidos. Algunas estadísticas norteamericanas prueban también el hecho. Así, en una compañía de seguros con oficinas "insonorizadas" los errores de cálculo disminuyeron en un 52 %, los dactilógrafos en un 29 % y el estado de salud del personal mejoró en un 37 %.

Ese es el primer camino. En el seno de la sociedad, en su organización está la primera defensa contra el ruido generalizado. En cuanto al individuo, debe respetar al prójimo, "practicando el silencio". Lo demás, si ocurre, queda en manos de la medicina y constituirá en el peor de los casos un terreno patológico de porcentajes normales.



PALMOLIVE

el fijador que más se vende en la Argentina... y el mejor del mundo... mantiene el cabello de su hijito bien peinado y perfumado todo el día!

Fijador Palmolive no pegotea ni engrasa el cabello. Está hecho en una fórmula secreta, con un ingrediente exclusivo y un finísimo perfume. Peine a su hijo únicamente con Palmolive, el fijador formidable, más económico y rendidor que ninguno, para que se presente siempre bien peinado.

Siempre en sus 3 colores: VERDE, ÁMBAR y ROSADO



...y también
FIJADOR PALMOLIVE DE LUJO, el aristócrata de los fijadores, con Hialinol 20. Transparente como el cristal. Invisible en el cabello. De consistencia más suave.

BIEN PEINADO TODO EL DÍA CON EL MEJOR FIJADOR DEL MUNDO

INFORMACIONES

LOS SALMONES deben llevarse a la fábrica en seguida que se retiran del agua, pues si se demora se perjudicaría la calidad del producto.

DE GOETHE: "En una gran separación hay un germen de ilusión, mas uno debe guardarse de tramarla intencionadamente y de fomentarla entregándose a ella con solicitud".

LA GOMA LACA se produce en las ramas de algunos árboles de la India, en los lugares que han sido picados por un insecto pequeñísimo llamado *coccus lacca*.

EXISTEN muchos animales que pueden vivir hasta más de un siglo. Entre los más conocidos figuran el loro, el elefante, el águila y la tortuga.

LA LECHE es buena para los dientes, pero no evita las caries.

ALBA, que es nombre de origen latino, significa "blanca, luciente como la aurora".

LA CALLE Anchorena denomínase así en memoria de Tomás Manuel de Anchorena, que entre otros gestos tuvo el de proveer de recursos al ejército revolucionario en Jujuy y Potosí. Fué congresista en Tucumán y descolló especialmente por su carácter enérgico.

EL REFRAN: La avaricia es pobreza en quien codicia.

UNA MEJOR nutrición no significa mayor cantidad de alimentos sino que debe tratar de compensarse en los mismos las vitaminas y minerales necesarios.

LA PECTINA, sustancia que se halla en las frutas, facilita mucho la preparación de una buena mermelada. Abunda en las naranjas, limones, membrillos, pomelos, grosellas, melones y manzanas.

EL MANTEL bordado conviene plancharlo cuando está húmedo y del revés.

SE HA COMPROBADO que el planeta Júpiter tiene doce lunas. Galileo fué quien descubrió las cuatro primeras en 1610, motivo por el cual se les ha dado el nombre de "lunas de Galileo".

DE LOZA es la vajilla, y losa es una piedra lisa y de poco espesor.

EL APRETON de manos se usaba ya hace seis mil años entre los cretenses y egipcios. Se daba con la mano derecha, pero no era un simple saludo, ni practicado por la generalidad; significaba reconocimiento de cofradía o asociación.

LA ENERGIA depende muy poco de la fuerza física, pero mucho del impulso emocional.

EN MONTE PALOMAR, California, se halla el telescopio Hale, considerado como el más grande del mundo. Su inmenso espejo tiene cinco metros de diámetro y pesa catorce toneladas y media.

DEL GRIEGO, "stoma" significa boca, y no estómago, como algunos suponen. Estomalgia, dolor de boca; estomatología, enfermedades de la boca; estomatitis, inflamación de la mucosa bucal, etcétera.

LAS PRIMERAS placas de vacuna fueron introducidas en el país por el médico catalán doctor Cosme Argerich, por mandato especial del rey de España, Carlos III, en el año 1800.

EL VERDADERO católico no deja leer a sus hijos pequeños más que libros que los dignifiquen; jamás lecturas morbosas o groseras.

LOS DATILES y los higos secos deben figurar en la alimentación de los tiempos fríos, pues son muy abundantes en azúcares que proveen de calorías al organismo. 100 gramos de los primeros producen 310 calorías, y 100 de los segundos 315.

YA EN EL ANTIGUO Egipto se usaba el petróleo para engrasar los ejes de las ruedas de los carros.

LAS SEMILLAS de plantas terrestres se deben conservar secas cuando se quiere prolongar su poder germinativo.

CALENDARIO ESCOLAR: 20, Día de la Bandera; 26, nacimiento de Bartolomé Mitre (1821); 27, fallece en 1929 Paul Groussac.

EN ESTADOS UNIDOS, además de libros, muchas bibliotecas públicas prestan discos de música para llevar a casa.

SEGUN UN DICHO chino, el país donde el precio de las flores sea tan alto que las convierta en artículo de lujo es porque aún no ha aprendido los principios fundamentales de la civilización.

ALGUNOS ALIMENTOS crudos, como frutas y ensaladas, son provechosos en todo régimen alimentario, pero los cocidos son por lo común de más fácil digestión.

EN EL AÑO 1000 los islandeses adoptaron la religión cristiana, después de discutirla y compararla con el paganismo en la reunión anual del parlamento en presencia de casi todos los habitantes de la isla.

LA LECHUGA es rica en vitamina A, pero ésta disminuye considerablemente cuando se la conserva más tiempo del conveniente en la heladera.

A MEDIADOS del siglo XVI nació en Candia, isla de Creta, Domingo Theotocópuli, el Greco, de quien se ha dicho que "fué el meteoro más extraordinario que ha cruzado el mundo del arte universal".

EL RIO DE LA PLATA debe al Perú sus rebaños de ovejas. Ellas vinieron en forma casual, como obsequio de un comisionado de ese país a varios esforzados capitanes que surcaban nuestro estuario.

SANTORAL de la semana: Hoy, martes 17, San Manuel; miércoles 18, San Marcos; jueves 19, Santa Juliana Falconieri; viernes 20, San Silverio; sábado 21, San Luis Gonzaga; domingo 22, San Paulino; lunes 23, Santa Agripina.

EL SEÑOR Juan Aznar se encarga de la distribución de nuestra revista en Jesús María, provincia de Córdoba, y tiene sus oficinas en la calle Colón 56.



Interesantes para usted y sus hijos

LLEVE A SU CASA LIBROS QUE TODOS PUEDEN LEER

HEROES DE LA CIENCIA
VIDA DE SANTA TERESITA
VIDA DE SAN FRANCISCO
VIDA DE PASTEUR
CUENTOS DE TOLSTOI
VIDA DE GRANDES PINTORES

MADRES DE GRANDES HOMBRES
VIDA DE MARIA CURIE
VIDA DE MARIA ESTUARDO
VIDA DE GRANDES MUSICOS
VIDA DE SANTA TERESA
GRANDES FIGURAS DE GRECIA

GRANDES FIGURAS DE ROMA
VIDA DE MARIA ANTONIETA
VIDA DE ALEJANDRO MAGNO
VIDA DE GRANDES INVENTORES
VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Precio de cada ejemplar: $ 16.50

SON EDICIONES ESPECIALES PARA EL HOGAR

En venta en todas las librerías de América y en LIBRERIA ATLANTIDA FLORIDA 643 BUENOS AIRES *Pedidos del interior se despachan en el día. Acompañar el importe.*

CORREO ARGENTINO Central (B) — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 31 — TARIFA REDUCIDA CONCESION 149

PARA TI, fundado por Constancio C. Vigil el 16 de mayo de 1922, es publicado en Buenos Aires, Rep. Argentina, por la Editorial Atlántida, S. A. Dirección General y Talleres, 579 Azopardo R. 91, T. E. 33-4391. APARECE LOS MARTES. Precio de venta del ejemplar en todo el país: $ 4.— m/n. Sólo se aceptan suscripciones para el Exterior. En los países comprendidos en la Unión Postal de las Américas y España: 1 año, $ 208.— m/n. En los países comprendidos en la Unión Postal Universal, con tarifa postal reducida para impresos: 1 año, $ 242.— m/n. En los demás países: 1 año, $ 272.— m/n. Reg. Nac. de la Prop. Intelec. Nº 578.945. Representantes generales para publicidad. En Gran Bretaña, Atlantic-Pacific. Representations, 69 Fleet Street, London, E. C. 4. Revista adherida al Instituto Verificador de Circulaciones. Printed in Argentina. Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial Atlántida, S. A., Buenos Aires, República Argentina.



SABANAS
Grafa
La marca está en el orillo


Mil Delicias
de
TERRABUSI
Mil Delicias de TERRABUSI
Todo momento feliz,
tiene una felicidad. más,
con la sabrosa colaboración de las MIL DELICIAS,
galletitas que tienen por nombre una gran verdad.
¡Porque, ciertamente, su nombre lo dice todo...!
Tenga siempre en la despensa esta sabrosa y fácil colaboradora...
Se venden en todo el país
¡Son de TERRABUSI!